Semanas de siete martes



Dona Ter

Dicen, se habla, se comenta que las novelas románticas son muy previsibles, que desde el inicio se sabe cómo van a terminar. La boda suele ser el recurso utilizado en el noventa por ciento de los casos y esta no va a ser la excepción. Pero ¿para qué esperar?

Por eso he pensado que lo mejor será que te cuente mi historia mientras nos tomamos una copa de champán (o las que surjan) y damos buena cuenta de la tarta nupcial. Querid@ lector@, ponte guap@ porque nos vamos de boda ya desde el prólogo.

Tres días en un *cottage* de los Cotswolds para asistir a una boda.

¿Qué puede salir mal? Mejor ni pensarlo.

¿Qué puede salir bien? Todo… y algo más.

Dona Ter

Semanas de siete martes

Título original: *Semanas de siete martes*
Dona Ter, 2020
Diseño de cubierta: Dona Ter

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)



Por la naturaleza de la red, puede que algunos de los vínculos a páginas web en el libro ya no sean accesibles.

Índice de contenido

Semanas de siete martes
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Notas

Semanas de siete martes

Dona Ter

La manera de comenzar es dejar de hablar
y empezar a actuar.
Walt Disney

Solo imagina lo precioso que puede
ser arriesgarse y que todo salga bien.
Mario Benedetti.

En Spotify encontrarás una lista de reproducción
(Semanas de siete martes)
con las canciones que se citan en el libro.

Prólogo

Diciembre

Los novios bailan en medio de la pista mientras familiares y amigos los rodean haciendo de coro, pero ellos se hallan aislados del mundo por una neblina de esencia de flores y notas musicales enredadas en melodías que danzan en el aire, mezcladas con las risas y las voces. Sus pies se mueven por inercia, sin seguir ningún patrón, solo se balancean, abrazados.

El novio es incapaz de dejar de mirar a su mujer mientras juguetea enroscando un mechón del cabello en su dedo. Siempre le ha gustado sentir la suavidad y el olor que desprende. Sonríe al pensar que esa fragancia va a estar impregnada para siempre en su almohada.

Ella cierra los ojos, necesita concentrarse un minuto para poder asimilar todo lo que siente. Como la mano de su reciente marido en la espalda, donde esta casi pierde su nombre, ciñe aún más sus cuerpos o su cálido aliento haciéndole cosquillas en la frente. Es tal la felicidad que la embriaga que siente que se expande por toda su piel y que esta brilla en contacto con los últimos rayos de sol que se filtran por la cúpula de cristal. Es la boda perfecta, la que todas las niñas sueñan tener.

—Hace justo siete meses te pedí que memorizaras un momento, ¿lo recuerdas?

Ella asiente y alza la cabeza, sabe exactamente a lo que se refiere. Sonríe expectante, por fin va a poder conocer la respuesta.

El novio mira a la novia y en su retina veo mi reflejo, porque yo soy la novia.

Y esta es nuestra historia.

1

Mayo

Como lo que pretendo contar es una comedia romántica, lo más normal sería que, siguiendo el patrón de la mayoría de todas esas pelis que hemos mirado cincuenta mil veces —y de las que algunas nos enorgullecemos de sabernos hasta su guion—, empezara relatando cómo el sol se va alzando y se refleja en los rascacielos de la ciudad de Nueva York, todo ello desde una vista de pájaro —o de dron— y suena una canción que activa todas tus neuronas sensibleras. Son las primeras horas del día en el que la vida de la protagonista cambiará para siempre.

Pero la verdad es que estaba en Londres, eran las cuatro de la tarde, el cielo se había mantenido todo el día de un gris plomizo y el aire olía a humedad. Para banda sonora tenía al vecino de al lado. Creo que es dominicano porque cada tarde me deleitaba con sus bachatas a toda voz mientras se duchaba y acicalaba para otra noche movidita. Es triste confesar que por aquel entonces mi cama tenía movimiento gracias a la suya, y no me malentendáis, es que las paredes son como papel de fumar. Se oye todo y con la fuerza que empujaba el *machoman* vibraba hasta mi colchón. Siempre me he preguntado cómo será porque reconozco que me pica la curiosidad, pero luego prefiero quedarme con la incógnita y seguir creyendo que es un treintañero profesor de baile en una conocida discoteca y no…, bueno, a ese que ya te estás imaginando con camiseta de tirantes blanca y bigotillo.

Vale, esta soy yo la que presenta antes a su vecino que a ella misma, pero ese es uno de mis defectos, si puedo escaquearme, lo hago. Odio ser la protagonista de nada, pero esta es mi historia y no tengo alternativa. Soy Winter, sí mis padres son así de originales, que naces en junio o abril como mis hermanas, te ponen June o April, que vienes al mundo el veintiuno de diciembre con el cambio de estación, pues así te inscriben en el registro. Tengo veintisiete años y no te sorprenderá que confiese que me gustan las pelis románticas, adoro una buena historia de amor (da igual si termina o no con final feliz) y soy adicta al chocolate. Me encanta el otoño y la nieve. Soy perfeccionista, me gusta el orden y el control. Y los niños, puede que por eso en lugar de hacerme contable, acabé estudiando para profesora —para sorpresa de mi familia que hasta hizo apuestas sobre el tiempo que aguantaría— y desde entonces trabajo en la escuela primaria con alumnos de seis años.

Y estaba soltera. Situación que empezaba a preocuparme sobre todo porque mi abuela me lo recordaba cada dos días —que me llamaba para saber si seguía viva en la ciudad—. Otra razón era porque mis dos hermanas mayores se habían casado con veintisiete años y sentía esa presión por seguir con la «tradición». Era la primera que tenía ganas de encontrar pareja, estaba deseando tener los niveles de dopamina por las nubes por estar enamorada, colocada por la serotonina y segregando sobredosis de oxitocina con cada orgasmo… (*Oh my god*, ya hablo como él… Pero como estoy segura de que va a leer esto y se reirá, no lo borro).

Hay momentos que llegas a sentirte menos mujer por no estar casada ni tener hijos. Solo hace falta mirar a la gente a la cara cuando les dices que no tienes pareja. Algunos parece que estén a punto de darte hasta el pésame.

Mucho feminismo, pero hoy en día a nosotras mismas nos cuesta quitarnos estos clichés. Dicen, se habla, se comenta que Disney ha hecho mucho daño con su visión de las mujeres. Yo añadiría que Bridget Jones tampoco ha ayudado mucho. Nos la vendieron como una perdedora por estar soltera a los treinta y dos (a pesar de tener

un trabajo a tiempo completo y tener su pisito en la zona Uno de Londres). Pero lo resaltable de ella era que no tenía pareja y que era una patosa que solo encontraba consuelo atiborrándose de helado.

Claro que la Bradshaw, su compi neoyorquina, y su vida glamurosa tampoco es muy representativa. Al menos a mí no. Ni en las comidas con las amigas en sitios glamurosos, nosotras somos felices con una pinta en la mano en cualquier *pub* —de cuyo nombre no puedo acordarme—, ni en compensar la falta de amor comprando *Manolos*.

Al fin y al cabo, todas y cada una de ellas, entre helados y tacones, deseaban enamorarse y ser correspondidas. Yo había terminado siendo una mezcla de las dos, no llevaba un diario ni tampoco era escritora. Vivía sola, sin gato ni pez. Mi armario no se caracterizaba por zapatos de tacón ni Ben & Jerry's dominaban mi congelador. Era una simple mujer con sus manías, sus fobias e ilusiones.

Nada en mí es reseñable, soy del montón. Tengo el rostro redondo, la nariz algo achatada, ojos de un banal marrón y siempre he creído que tengo la boca demasiado grande. Cuando ocurrió todo esto hacía poco que me había cortado el pelo y lucía una media melena a nivel de la mandíbula, con reflejos más claros que daban luz a mi cabello castaño. O eso es lo que declaraba mi estilista. Aún no me había acostumbrado a verme con tan poco pelo y a veces seguía haciendo el gesto de apartarlo hacia atrás. Con mis genes británicos mido un metro setenta y con curvas donde hay que tenerlas. Con el cambio de *look* hay quienes decían que me parecía a la actriz Lily James, y como que desde su interpretación en *Mamma mía 2* ya me ganó, pues estaba encantada con la comparación. Por no hablar del papel que hizo en *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata* en la que acababa enamorada del criador de cerdos; pero hasta yo me enamoré de él. Ains… Michiel… qué hombre…

Bueno, volvamos a la historia, como te decía serían las cuatro de la tarde cuando llegué a casa. El apartamento era… singular y muy estrecho. Nada más entrar encontrabas una escalera que te llevaba al salón, subiendo otros cinco escalones estabas en la cocina y una puerta daba acceso al baño y subiendo otro tramo similar llegabas a la habitación. Era peculiar, con la cocina anticuada, igual que los electrodomésticos, pero tenía cierto encanto y en cuanto lo vi supe que sería mi *batcueva*, como la bautizó mi cuñado Harry. Había pintado las paredes en amarillo para dar más luz y dado color con las alfombras que escondían una vieja moqueta que en su momento glorioso debía ser de un tono burdeos. La habitación tenía en las paredes un papel floreado que de tan viejo volvía a estar a la moda y una claraboya sobre la cama que me encantaba, sobre todo en verano. En invierno, cuando hacía condensación por la diferencia térmica y se formaban gotas que terminaban cayéndome en la cara, perdía todo su encanto.

Dejé sobre la mesa las llaves y las cartas que había recogido del buzón. Me quité las botas y la *trench*, de un tono rosa grisáceo, que estrenaba aquel jueves y que había pedido por internet tres días antes. Aprovecho ahora, que como mínimo tú me lees, para hacer un llamamiento: las noches de insomnio deberían cortar el wifi, o como mínimo capar el acceso a los servidores de las tiendas de ropa. Y ya puestos también a los de decoración. Era mi vicio. Lo sigue siendo.

Después de tomarme una ducha calentita para desentumecer los huesos de la humedad de la calle, me preparé un té y me dispuse a terminar de leer la novela mientras de fondo sonaba *Kiss somebody* de Morgan Evans. Delante del sofá de tres piezas tenía una mesa baja, la única en toda la casa. Solía comer en la cocina, en la mesa batiente que mi padre y mi cuñado Luke habían instalado bajo la ventana. Por eso la que había en la sala terminaba por ser el centro de la casa. Todo lo amontonaba allí: mi portátil, velas, los libros

empezados… y entre aquel caos de cachivaches, eso sí bien organizado, el correo. Entre publicidad, facturas de luz y teléfono, un sobre color crema sobresalía entre el montón y me llamó la atención. Con el ceño fruncido lo cogí, la respiración se me detuvo y el latido se aceleró cuando vi el matasellos de Kingham. Mi pueblo natal. Las manos empezaron a temblarme, no podía ser lo que imaginaba. Cuando saqué la invitación, solté un grito que oyeron a las dos orillas del Támesis hasta su desembocadura. Era peor. No era la boda de él, era la boda de mis padres.

O mejor dicho…, ¿reboda?

Estos dos iban a matarme de un día a otro.

Se casaron, tuvieron tres hijas, yo soy la más pequeña; se separaron poco antes de la boda de mi hermana mayor, June, y a la que acudieron con sus «nueva pareja». De eso hacía cinco años. Se liaron en la boda de mi hermana mediana, April. De eso hacía dos años. Y ahora recibía una invitación informándome de que se volvían a casar.

Miré la fecha —tres veces— y me mordí el labio para no volver a gritar y asustar a los vecinos tanto como para que llamaran a la policía. Era jueves día 23 de mayo y se casaban el domingo 26 de mayo. En tres días.

2

Busqué mi teléfono y los llamé al móvil. Que mi padre no respondiera ni me sorprendió; nunca sabía donde lo dejaba porque no era muy amigo de las tecnologías, pero que no lo hiciera mi madre, que siempre lo llevaba en el bolsillo, me dio mala espina. Me puse aún más nerviosa porque, puede que ellos fueran los progenitores, pero todos nos conocíamos muy pero que muy bien y si no me respondió fue porque sabía que acababa de abrir el sobre y estaba histérica. Su ignorancia no era más que una treta para darme tiempo para serenarme y asimilar la noticia. Y eso aún me cabreó más.

Abrí el chat que tenía con mis hermanas.

Winter: SE CASAN?

June: Yo sigo en *shock*.

April: Estábamos a punto de llamarte. Yo me enteré al mediodía. June hace un rato. Temíamos que no la hubieras recibido.

Winter: Llegué y me duché. Ni siquiera había mirado el correo hasta ahora que he visto el sobre.

June: Cómo volváis a decir que soy la alocada de la familia, os recordaré esto. Y a ellos.

April: No hay quien los entienda.

Winter: Habéis hablado con ellos? A mí ni me cogen el teléfono.

June: A mí tampoco. Es mamá. Creo que lo hace adrede.

Winter: Pienso igual.

April: Ni os molestéis. Yo hablé con mamá y solo me ha dicho que los dos son felices. Que nos alegremos por ellos. Y que cuando lleguemos ya nos lo contarán todo.

Winter: A qué viene tanta prisa?

June: Yo creo que está embarazada.

Winter: Eh?

April: Tiene la menopausia! Deja de decir tonterías.

June: No es imposible, leí en algún sitio que una mujer se quedó siendo menopáusica.

April: No entro en detalles sobre qué lees ni dónde. Ni su origen. Pero NO es el caso de mamá.

Winter: Solo faltaría eso. Os imagináis?

April: Ahora les toca ser abuelos.

June: Yo hasta que no le vea la barriga, no descarto mi hipótesis.

April: Familia de locos.

Lancé el teléfono sobre el sofá y me tapé la cara. Los pensamientos se me agolpaban en la cabeza y más allá, como si también me taponaran el pecho impidiéndome respirar con normalidad. Miré a mi alrededor y me sentí sola… Allí, tirada en el

sofá, en pijama, lamentándome… A lo mejor sí me parecía más a Bridget… Antes de alcanzar el punto, aquel de no retorno en la autocompasión y ponerme a cantar *All by myself* con la invitación en la mano a modo de micrófono, cogí el móvil y llamé a aquel número que había apuntado como urgencia extrema. Sonaron dos tonos antes de oír su voz:

—Hola.

—Soy Winter, me dijiste que te llamara cuando fuera… necesito… —Supongo que mi voz delató lo que yo no sabía explicar.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Vale, estoy a unos cinco minutos, voy para allá. Mientras, quiero que cojas una bolsa y hagas los ejercicios de respiración que te enseñé. No pienso colgar, estaré aquí.

—Hablas raro, respiras raro.

Oí una risita que se distorsionó con el ruido ambiente de la calle. Mientras, fui a la cocina y vacié en un plato el par de peras que había comprado en la frutería de la esquina de camino a casa y me quedé con la bolsa de papel.

—Me pillas corriendo.

—Lo siento —me excusé después de inhalar y expulsar el aire lentamente.

—No te disculpes. Otra vez, inspira profundamente y lo sueltas despacio, contando.

Y solo con oír su voz, con ese acento rasgado que tienen los franceses, me sentí un poco mejor.

—Unooooo, dossss, tres…

—Perfecto Winter, sigue así.

3

Abrí la puerta aún con la bolsa en una mano y en la otra el teléfono. Jean Pierre me sonrió y lo dejé pasar. Era mi terapeuta desde hacía poco más de un año.

—Gracias por venir.

—Para eso estoy. ¿Qué ha pasado?

Me retiré para dejarlo pasar y cerrar tras él. Una vez en el salón, me senté en el sofá y escondí la cara entre las manos.

—Mis padres se casan —dije en un hilo de voz cuando noté que el sofá cedía un poco bajo su peso—. Otra vez.

Sabía cómo era una sesión con él, te dejaba tu tiempo para que empezaras a hablar, interrumpía lo mínimo y, sin presionar, conseguía llegar al fondo del asunto sin siquiera despeinarse. Él no, pero yo solía salir de allí con los ojos rojos e hinchados, sonándome la nariz por haber llorado a moco tendido y con la sensación de haber sido arrollada por un camión. Cada vez sentía que me vaciaba por dentro.

Jean era el psicólogo de la escuela donde trabajaba. Hacía terapia de familia y echaba una mano a los profesores. Fue así como le conocí; soy demasiado empática y acabo haciendo míos los problemas de los alumnos. Pero son niños tan pequeños que dan ganas de protegerlos de todo. Él nos daba pautas para saber cómo tratarlos y ayudarlos. Empezamos así y terminé acudiendo a su consulta privada por todo el peso que arrastraba con mi huida de casa.

—Oh.

—El domingo. —Especifiqué, mirándolo.

—¿Este? —continuó y su expresión cambió al alzar un poco las cejas.

—Sí —asentí alzando la vista al techo.

—Caramba.

—Me han mandado una invitación, así en plan formal, para una boda en tres días. Están fatal y soy yo la que voy al psicólogo.

—Vas a terapia porque eres una valiente que afronta las cosas. ¿Has hablado con ellos?

Siempre me había maravillado su capacidad para que su voz sonara con el mismo timbre melifluo, contaras lo que le contaras.

—Imposible, no me cogen el teléfono.

—¿Y por qué crees que lo hacen?

—¿Que no me cojan el teléfono? De mi padre no me extraña, es un despistado que nunca lo lleva encima, pero mi madre lo hace adrede porque sabe que le gritaría que es una completa locura. Y no me digas que puede que no hayan oído el teléfono o estén ocupados. La conozco y sé que me está evitando.

—Me refería a volver a casarse.

—Oh, vale. Según June porque está embarazada, pero ni caso. Yo creo que es porque simplemente están locos. —Como no intervino sabía que quería que argumentara más mi respuesta, pero aún tardé unos instantes en ordenar aquel bullicio de pensamientos—. No me parece nada normal. Nada en su historia lo es. Se divorcian después de treinta años casados y tres hijas. En la boda de June fueron con sus nuevas parejas. En la de April, dos años después, con «otros» que no les importó dejarlos sentados en la mesa mientras ellos, MIS PADRES, se liaban en el cuarto de baño y eran pillados por el reverendo Joe. Después de esa «reconciliación» mamá volvió a casa y ahora dicen que se vuelven a casar.

—Pero en el fondo es lo mejor, ¿no? Siempre dices que ahora los ves bien, que están felices.

—De ahí a volver a casarse… Es que no lo entiendo. —Jugaba con la bolsa que acabó siendo una bola de papel en la que volqué toda aquella energía negativa.

—Hay parejas que se casan muy jóvenes y cuando los hijos se hacen mayores y se van de casa sienten que se han perdido parte de la diversión. La rutina y hacerse mayores les pasa factura. Ellos se separaron, vivieron y después se dieron cuenta que se seguían queriendo, por suerte el otro sentía lo mismo. Todo el mundo puede equivocarse.

—¿De verdad te parece normal? —pregunté ladeando la cabeza hacia él.

—Si ellos son felices. —Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa.

Admiro la gente capaz de relativizar todo y convertirlo en simple. A los que son capaces de ver el lado bueno de las cosas, buscar lo positivo… Yo soy la de los matices, la que siempre tiene un pero…

—¿Y lo de casarse con tanta prisa?

—Supongo que cuando hables con ellos obtendrás la respuesta. Quieren estar juntos y volver a renovar sus votos es una manera romántica de hacerlo. Venga, tú eres la experta en eso.

Claro que quería que fueran felices. Solo me había sorprendido la forma de hacerlo. Con una invitación por correo, algo así de frío. Hubiera estado mejor cara a cara, una mañana de domingo, en pijama mientras desayunamos todos juntos en la cocina. Hubiera sido una sorpresa igualmente, pero mucho más familiar. Más nosotros.

Y la situación se volvió incómoda porque los dos sabíamos que era el momento de la verdad. Él aguardaba mientras a mí me tocaba la parte más difícil.

Cogí el cojín que tenía en la espalda y lo abracé, bueno mejor dicho lo estrujé contra mi pecho.

—Pensaba que era la de él —admití al cabo de unos minutos.

—Comprendo. —Asintió con ese gesto tan de él de cuando por fin me abría y confesaba lo que de verdad me carcomía.

—Pensaba que la próxima boda en la familia sería la mía. —Desvié la mirada hacia la mesa, avergonzada por ser tan egoísta.

Me jodía que no fuera mi boda. Pero eso estaba lejos porque no había nadie dispuesto a vestirse de pingüino para la ocasión.

—Que no haya llegado tu momento no quiere decir que no llegue.

—Lo sé, pero es cómo me siento.

Odiaba las pataletas, comportarme como una jodida niña caprichosa y celosa de la felicidad de sus padres, pero era la verdad. Y si había alguien con quien tenía la suficiente confianza como para mostrarme sin vergüenza ni reservas era él, mi terapeuta.

—Puedo entenderlo.

De nuevo el silencio se instaló entre nosotros durante unos instantes.

—No puedo ir —susurré cuando imaginé cómo sería el día—. No puedo afrontar otra boda en esta familia de locos.

—Si tus padres se parecen un poco a los míos, dudo que tengas alternativa.

—Iguales —refunfuñé—, pero yo… no puedo. En serio, no puedo.

Empecé a contar de nuevo cuando sentí que volvía la opresión en el pecho. Uno… Dos…

—Eres capaz de esto y de más. Estás por encima de esa inquietud. Tienes que ir, puede que ahora no lo veas claro, pero no puedes hacerles esto a tus padres. En un futuro puede que te arrepientas.

Tresssss… Cuatroooo…

—No me veo capaz.

Cinco…

—¿Y por qué no buscas a alguien que te acompañe?

Ladeé la cabeza hacia él, sorprendida por su propuesta.

—No voy a pagar a un gigoló como en aquella peli.

Me refería a *El día de la boda*. Hacía tiempo que no la veía y se me antojó ponerla y preparar un gran bol de palomitas. Y de M&M's.

—No sé de qué peli hablas, pero vale. Yo me refería a un amigo.

—Es un *finde* de tres días, todo el mundo tendrá planes y tampoco se me ocurre a nadie a quién pedírselo.

Nos quedamos de nuevo en silencio y entonces hizo algo inesperado, me cogió de la mano y me quitó el cojín.

—Es un gesto que habla de la necesidad que sientes de ser abrazada y estoy más que dispuesto a hacerlo si no te importa que esté todo sudado.

Fue en aquel momento que me di cuenta de su indumentaria. Llevaba unos *shorts* negros y una camiseta de manga corta gris.

Y aunque no me importaba en absoluto, temí que si sentía sus brazos rodeándome me echaría a llorar y no le soltaría en toda la noche. Negué y carraspeé antes de hablar.

—Gracias, estoy bien. Perdona, no te he ofrecido nada, ni un poco de agua. Soy pésima.

—Eh, no pasa nada, había prioridades; pero si puedes darme un poco de agua, sería perfecto.

Me levanté y fui a la cocina.

—¿Estás mejor? —me preguntó cuando le di el vaso.

—Como dices, no me queda más remedio que ir y alegrarme por ellos. Gracias por venir, me ha ido bien hablar contigo.

—Pues, en ese caso, me voy. Y no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

Asentí y bajé para abrir la puerta.

Vi en su forma de mirarme que estaba a punto de decirme algo, pero negó con la cabeza de forma sutil y se despidió alzando la mano. Cuando cerré tras él, me apoyé en la puerta.

Solo entonces me percaté de mis pintas. De mi pelo recogido en dos moñitos laterales como Leia, porque había descubierto que si me peinaba así con el pelo mojado y lo dejaba hasta que se secara cogía una bonita ondulación. De mi pijama de patitos amarillos y uno negro estampado en grande en el pecho. De mis calcetines Solmate, de algodón reciclado multicolor y que eran mi prenda fetiche del invierno.

De nuevo me identifiqué con mi paisana Bridget, no solo por las pintas, es que además estaba muerta de hambre. Al abrir el congelador, hacerme un trío con la tarrina Ben & Jerry's de crema de caramelo y *brownie* se me antojó el mejor plan de la noche, pero luego recordé que era una mujer fuerte capaz de hacer frente a los problemas sin darme un colocón de azúcar. Así que me decanté por sacar el táper con la lasaña que hacía mi abuela. Algo más decente para cenar, pero tampoco sin pasarse.

4

Me sentía mejor.

No tenía ni idea de si iría a casa para la boda, y en el caso de ir, cómo haría para enfrentarme a lo que allí encontraría, pero hablar con Jean me había ayudado a enderezar un poco las ideas.

Acababa de meter la lasaña en el horno y bailoteaba por la cocina al ritmo de *All the pretty girls* de Kenny Chesney cuando oí el timbre de la puerta. Puede que sea el momento de confesar mi gusto por la música *country* a la que me enganché cuando hubo aquel *boom* y todo el mundo se compraba un sombrero y botas con puntera e iba a clases de *country*. Entre ellas June y mi madre, que durante semanas en lugar de andar se desplazaban siguiendo los pasos del madison, y yo me acoplaba a ellas siempre que tenía la ocasión. Cogí el trapo y me sequé las manos bajando los escalones de dos en dos antes de abrir sin preguntar ni quién era.

—Eh… hola —balbuceé al abrir la puerta y verlo de nuevo.

—Ha empezado a llover con fuerza y me preguntaba si… —Jean no terminó la frase, solo señaló el interior de mi casa.

—Oh, sí claro, pasa.

—Gracias —dijo pasándose la mano por el pelo mojado. Algunas gotas salieron disparadas y una me tocó la nariz.

—Estás empapado —dije al llegar al salón. Era una obviedad, pero la verbalicé igualmente. Aparte de las gotas que le resbalaban por el cuerpo, la camiseta gris se le pegaba al pecho, igual que los *shorts*.

—No llevo encima ni una libra para coger un taxi y se me ha ocurrido volver. Espero no molestarte.

—No, en ningún momento. Estaba con la música alta y ni me he dado cuenta de que llovía.

—No tiene pinta de terminar pronto y las opciones eran esperar bajo el cobijo de un portal o volver.

—Te traeré una toalla y prepararé algo caliente.

—Gracias, suena perfecto.

Me di la vuelta hacia la cocina, había dado dos pasos cuando se me ocurrió algo y no me di tiempo ni a pensarlo.

—O… ya que estás aquí… podrías, no sé… y si te apetece, claro… quedarte a cenar. Podrías darte una ducha, tengo ropa de mi padre de cuando se escapan y vienen a pasar unos días… Puedes poner la tuya a lavar y tengo secadora. Solo si te apetece. Si no te doy dinero para un taxi, claro. No hay problema.

De repente me estaba poniendo nerviosa y empezaba a hablar y a lanzar posibilidades sin dejar que él respondiera. Otro de mis defectos. No quería estar sola, no me apetecía cenar acompañada solo de mis pensamientos. Verlo de nuevo había hecho que me lanzara a invitarlo como una mujer desesperada en busca de compañía, pero aunque sonara triste era la pura verdad.

—Ducha y cena suena fantástico. Además, huele muy bien… ¿a queso fundido?

Asentí y sonrió.

—Lasaña.

—Ahora sí que me has convencido. ¿Tienes vino?

—Creo que es hora de confesar que aún tengo la botella que me regalaste por Navidad.

—Un tinto de Cahors, perfecto.

Se agachó para quitarse las zapatillas y entonces reaccioné. Me di la vuelta para subir hasta mi cuarto y buscar en la caja que tenía bajo la cama, rezando para que hubiera algo decente que dejarle entre la ropa de mi padre. Escogí una camisa negra de vestir, puede que demasiado, y unos vaqueros. La volví a dejar en su sitio y fue

entonces cuando vi mi reflejo en el espejo de la cómoda, me deshice rápido los dos moños a lo Leia y pensé en cambiarme de ropa… pero me pareció que sería demasiado y no merecía la pena arreglarse para ello. Por eso, antes de salir, volví sobre mis pasos y saqué también el pijama de mi padre. Que él escogiera lo que le apetecía. Bajé corriendo y desde los escalones le pedí que me acompañara hasta el baño. Le indiqué cómo funcionaba la lavadora-secadora y cerré la puerta.

5

Bajé un poco el volumen, sonaba *Have A Little Faith In Me*, y de forma automática me dispuse a despejar la mesa y a poner los platos, las copas… Unas que jamás había utilizado y que compré en una de esas noches de insomnio. No acababa de entender cómo había pasado de imaginarme haciendo un trío con un helado a terminar la noche encendiendo una vela para decorar la mesa para una cena a dos. Estaba planteándome si era un detalle demasiado romántico cuando la melodía de mi móvil empezó a sonar. En la pantalla vi el nombre de mi madre.

—¿En serio os volvéis a casar? —Ni un «hola» ni un «¿qué tal estáis?», fui directa.

—Me lo pidió y dije que sí —rio como si fuera lo más normal del mundo.

—Suele ser lo normal, pero… —No terminé ni la frase porque me interrumpió, como si no quisiera oír nada sobre su historial.

—Me apetecía una boda sin lluvia y con mis hijas presentes.

—¿Y por qué tan rápido? Pero si no da tiempo a preparar nada. —Puse los ojos en blanco cuando me di cuenta de que había sido una ilusa al pensar que si hablaba con ellos entendería mejor a qué venían las prisas.

También entendí que el problema de fondo no era que volvieran a casarse, ni tan siquiera asistir a la boda, era otro. Uno mucho más viejo, mi talón de Aquiles. Mi error, aquel al que aún no me había enfrentado y por eso llevaba dos años persiguiéndome.

—Hace meses que lo preparamos, además para pedir al reverendo Joe que nos case de nuevo tampoco necesitamos una *wedding planner*. Solo seremos la familia. Queríamos que fuera una sorpresa.

Chasqueé la lengua y solté un profundo suspiro. Con la mirada busqué la bola que había hecho con la bolsa, cuando recordé que ya la había tirado a la basura.

«No la necesitas», me repetí.

—Pues lo habéis conseguido, vaya que sí.

«Lo tienes controlado».

—El domingo es perfecto porque con el puente todos veníais a casa y queríamos aprovecharlo. Es el hombre de mi vida.

«Sigue así».

—¿Y por qué habéis esperado a decirlo a estas alturas?

Volví a la cocina a mirar cómo estaba la lasaña; al ver que estaba al punto la puse a gratinar. Jean tenía razón, olía de maravilla.

—Yo os lo hubiera dicho cara a cara, así en plan fuga a las Vegas sin salir de casa, pero tu padre insistió en decíroslo para que vengáis vestidos bien, y la verdad es que tenía razón porque no me gustaría que acudierais en vaqueros y sudadera. Que os conozco.

Cuando estábamos en casa la moda se resumía en vaqueros, camisetas viejas y pijama, cuanto más hortera mejor. No recordaba cómo había empezado todo, pero entre las tres hermanas la competición era cada vez más feroz. Y horrenda. Aún recordaba el mono con gorro incluido de elfo de mi hermana April había estrenado para las navidades pasadas. Además, le había comprado a Luke uno de reno que le iba pequeño y demasiado ceñido. Esa vez ganaron el premio solo para que pudiera quitárselo, aunque al final se lo puso cada día para bajar a desayunar.

—Una buena idea de papá.

—¿Y vas a venir acompañada?

—¿Qué? —gruñí.

—Ya me has entendido. ¿Seguro que no tienes a nadie por ahí escondido? No puedo creer que los londinenses sean tan tontos

como para no pelearse por ti. No entiendo a los hombres.

—Mamá no hay nadie, y te doy la razón, yo tampoco entiendo por qué sigo soltera.

Tuve que subirme a una silla para coger la botella de vino que Jean me había regalado. Según él era un pequeño detalle navideño que había tenido con todos sus pacientes. En casa somos todos de cerveza por eso la botella estaba bien escondida al fondo del armario y cubierta por una fina capa de polvo.

¿Crees en el karma? ¿En el destino? Yo tenía mis dudas, pero después de lo que pasó a continuación, me he hecho devota total.

—Winter, ¿dónde tienes las toallas?

La voz de Jean me pilló tan desprevenida que la botella se me cayó de las manos y se hizo añicos manchando de burdeos el suelo blanco. Por suerte, solo se rompió de un lado y el vertido no había salido disparado.

—¿Quién es ese?, ¿hay un hombre en tu casa? —exclamó mi madre tan fuerte que me aparté el teléfono de la oreja.

—Tengo que colgar. —Reaccioné antes de darle al botón rojo y me di la vuelta hacia el baño, la puerta estaba solo abierta un palmo y la cara de Jean sobresalía por ese mínimo espacio.

No podía ser verdad. ¿Cómo iba a decirle a mi madre que solo era mi terapeuta? Que había acudido a mi llamada de urgencia, que se había puesto a llover y que lo había invitado a cenar para dejar de pensar en esa idea descabellada de alquilar un hombre para que me acompañara a la boda, porque a cada vuelta que le daba, la opción dejaba de ser «mala» para convertirse en una «gran idea».

—Mierda, joder. Mierda… —grité de forma repetitiva sin ser consciente de lo que estaba haciendo. Estaba tan nerviosa que empecé a desenrollar el papel de cocina y a echarlo sobre el suelo para que empapara, olvidándome de las toallas.

—¿Qué ha pasado? —Jean apareció con los pantalones del pijama de mi padre, sin camiseta y el pelo chorreando.

—Estaba al teléfono con mi madre, te ha oído.

—Oh, lo siento. —Se agachó para ayudarme, pero iba descalzo y le dije que me dejara a mí. Al menos tenía algo que hacer en lugar de estar dando vueltas por la casa como un hámster subido a una ruleta.

—Las toallas están en el armario de mi habitación, al lado izquierdo —señalé las escaleras.

—Gracias.

El teléfono volvió a sonar, y me negué a cogerlo. Dios… no tenía ni una mísera idea de qué decirle, se me daba fatal mentir y encima, conociéndola, aunque le contara la verdad no me creería.

—¿No vas a cogerlo?

—Ni loca —grité, tirando la botella rota en el cubo del vidrio.

No dije nada más, solo negaba con la cabeza hasta que oí la voz de mi madre de nuevo:

—Winter Rose Clark, ¿quién demonios es ese hombre?

Y por un momento dudé de que fuera mi mente, pero no, era real. Jean había descolgado y puesto el manos libres. Lo miré con todo el odio que de repente me había invadido.

—Buenas tardes, señora Clark, soy Jean… eh… la pareja de Winter. Un placer conocerla, siento que la primera vez que hablemos no sea cara a cara.

—Pero qué dices, ¿estás loco? —Corrí hacia él e intenté quitarle el teléfono. Me rodeó con un brazo para ceñirme a él mientras con el otro lo alzaba para alejarlo de mi alcance. Hasta ese instante no me había percatado de lo alto que era, le llegaba a la altura del pecho y de repente el olor de mi jabón me abofeteó robándome el aliento. Era mi jabón de glicerina pero en su piel había tomado cierto matiz a masculinidad. Cerré los ojos y aspiré. Quise enroscarme como un gatito y dormirme allí mismo.

—Lo siento, *chérie*, ya sé que querías darle la noticia en persona, pero dadas las circunstancias…

—¿Pero no me acabas de decir que no había nadie en tu vida? —chilló mi madre, feliz—. Me alegro tanto por ti que voy a ignorar que no nos lo contaras.

Me quedé quieta y me olvidé del móvil que sujetaba sobre nuestras cabezas.

—Mamá… yo… —No sabía qué decir porque lo de mentir se me daba fatal, pero tampoco hizo falta porque ella siguió sin prestarme ni la mínima atención.

—Espera que lo sepa la abuela, reza cada día para que no le dé un infarto antes de verte casada.

—Mamá… —repetí, pero de nuevo me detuve, esa vez porque en su voz se notaba que estaba contenta y callé, sentenciándome sin ser del todo consciente de todo lo que suponía.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Jean Pierre, señora.

—¿Eres francés? —exclamó alzando la voz—. ¿Te has enamorado de un francés? Estoy deseando que tu padre lo conozca. —Rio como Cruella y se me erizaron los pelos de la nuca—. Nos vemos mañana, os esperamos para la cena.

—Mamá, espera… él no…

—Ni se te ocurra. No voy a aceptar un no por respuesta. Jean Pierre, espero que tengas un traje, si no ya puedes ir mañana en busca de uno porque no voy a permitir que no acudas a la boda.

6

—Pero ¿qué has hecho? —mascullé cuando oímos que mi madre colgaba.

Era incapaz de asumir lo que acababa de ocurrir.

—Darte una solución. —Solo cuando noté su aliento en mi frente me di cuenta de que seguíamos muy, pero que muy, cerca—. Irás a casa acompañada, tendrás pareja para la boda y así de un tiro silencias las malas lenguas.

—Es una locura —dije, separándome de él; y no voy a negar que inmediatamente eché de menos el calor de su cuerpo.

¿Cuánto hacía que no estaba tan cerca de un hombre? Mucho.

Y ya no hablemos de un torso desnudo… Demasiado.

—Es una gran idea y no vas a tener que pagarme. Son todo ventajas.

—Pero ¿por qué? —Seguí limpiando el suelo, buscando que la tarea física me despajase un poco la mente.

—¿Porqué qué? Porque me apetece ayudarte. Pasar el puente en un *cottage*[1] de los Cotswolds me parece un planazo. Además, me has contado tantas cosas de ellos y de ti que puedo pasar por tu novio perfectamente.

Negué con la cabeza, no lo veía nada claro.

—Eso era bajo secreto de confesión, o mejor dicho de terapia.

—Solo digo que antes de alquilar un desconocido, puedo hacerlo yo.

Terminé de recoger. Ahora la cocina olía como un restaurante italiano, a vino y queso.

—¿Pero no tienes planes? —le pregunté, afrontándolo por primera vez.

El lunes era festivo por el *bank holiday* y es uno de esos puentes que todo el mundo aprovecha para hacer una escapadita de tres días.

—El lunes es la Vitality 10 km y pensaba correrla, pero no me importa, salgo ganando con el cambio.

Me apoyé en la encimera y cerré los ojos imaginando por un momento que aceptaba su plan. Llegar a casa, presentación, cena… mis hermanas, las bromas de mis cuñados. La abuela… La boda… y sus invitados…

—No creo que sea buena idea —susurré con la voz tomada por la presión que se agolpaba en la garganta.

—¿Tan mal me ves como para ser tu novio? —bromeó, dando una vuelta sobre sí mismo.

Puse los ojos en blanco, negando con la cabeza, sin prestarle la mínima atención.

—No es eso.

—Además, puedo ayudarte en las crisis. Te llevas a tu terapeuta, soy el mejor seguro —continuó, dando un paso hacia mí.

—Eso no tiene gracia.

—No lo pretendía. —Y lo dijo tan serio que dio la impresión contraria.

Me di la vuelta cuando oí el temporizador del horno, contenta de tener algo que hacer, me puse los guantes y saqué la bandeja que deposité sobre unos salvamanteles de bambú.

En el suelo aún se veían los refregones de vino sobre el gres blanco, parecía el escenario de un crimen mal limpiado. La noche iba de desastre en desastre. Ahora, de repente, tenía novio. De repente, Jean sería mi pareja para asistir a la boda de mis padres.

No iba a salir bien, era imposible.

—Winter… —Lo ignoré y ni me giré, repitió mi nombre un par de veces antes no le hice caso—. Lo siento, creo que te he metido en

un lío. Solo pretendía ayudarte. Si quieres puedo llamarlos y contarles la verdad.

Negué con la cabeza antes de contestarle:

—Déjalo. —Me di la vuelta para tenerlo delante—. No sé qué es más humillante: si inventarme un novio o llamar ahora y decir que todo ha sido un invento de mi terapeuta; que a decir verdad eso no habla muy bien de ti y de tu cordura.

No lo pretendía, pero le hizo sonreír; tenía una bonita sonrisa, de esas pegadizas. Fue la primera vez que me fijé en ella.

—Entonces, ¿preparo la maleta?

Solté el aire en un resoplido.

—No tienes más remedio.

—Venga, lo pasaremos bien. —Me animó.

—Tú no conoces a mi familia…

—Por cierto, ¿algún problema con que sea francés?

Entonces fui yo la que soltó una risita muy Cruella de Vil.

—Esto… para mi padre seguís siendo el enemigo.

—Me gustan los desafíos —su respuesta consiguió hacerme reír y sentir que podía funcionar.

Suspiré de nuevo, esperanzada.

—¿En serio harías eso por mí?

—Sí, me apetece.

—No sé cómo va a salir esto, pero gracias.

—Seguro que lo pasamos bien. —Nos miramos hasta que se echó a reír por la situación y acabé copiándolo—. Ahora será mejor que termine de vestirme.

—Perdona, eh… Siento lo de las toallas. Antes me duché y las dejé en el tendedero. —Señalé la ventana de la cocina.

Rio de nuevo pasándose la mano por el pelo. No fue hasta que cerró la puerta del baño tras él que me di cuenta de que había desperdiciado la oportunidad de recrearme con la visión de ver a un tipo vestido únicamente con unos livianos pantalones de pijama pasearse por mi casa.

Tanta tensión me estaba atontando. Seguía lamentándome y dando vueltas a aquel macabro plan cuando Jean volvió a salir. Sacudí la cabeza con la esperanza de que mi mente se despejara.

—Creo que es el momento perfecto para estrenar el regalo de mi padre para mi cumpleaños.

—¿*Whisky*? —preguntó sonriendo, al ver que cogía una botella del estante al lado de la ventana.

—Un Laphroaig, el favorito de mi padre.

—No me suena.

—Es de Islay, todas las destilerías de esa isla tienen la peculiaridad de que su *whisky* tiene un toque a humo de turba. ¿Coges los vasos? Están en el armario encima del fregadero.

Cuando me los tendió, serví un dedo en cada uno.

—Por la locura donde nos vamos a meter. —Brindé, haciendo chocar el cristal.

—*Pour toi, chérie*.

Y su forma de hablar en francés me provocó un delicioso cosquilleo.

7

Entré en la sala de profesores y fui directa a la zona denominada «cocina» aunque solo constara de una pequeña nevera, un hervidor y diferentes cajitas con té, galletas y café soluble. Ya que había amanecido con un día radiante debería haberlo aprovechado para ir andando, pero no sé cómo el tiempo había volado y salí escopeteada de casa con el tiempo justo para coger el bus. Eché agua al hervidor y cogí mi taza. Cada profesor tenía la suya, la mía era un recuerdo de mi tierra que compré el mismo día que cogí el tren para hacer la entrevista de trabajo. Era de cerámica gris, de forma redondeada y con la palabra Cotswolds escrita en letras antiguas.

—*Bonjour, chérie* —susurró una voz y enseguida noté un cuerpo detrás de mí.

Cerré los ojos y suspiré.

—No lo soñé, ¿verdad?

Algo intuí cuando esa mañana me desperté en el sofá.

Cuando al incorporarme la cabeza me dio vueltas y empezaron los martillazos.

Cuando en la ducha, *flashes* de la noche pasada fueron desfilando uno tras otro, algunos más definidos y claros como la invitación. La llamada. Jean. Mi madre. Pero ahí se desvanecían. Recordaba a Jean y el olor de mi casa en su pecho… Lo veía vestido con el pijama de mi padre. Recordaba haber cenado, beber *whisky* los dos en el sofá… pero nada más.

—¿Tan mal beber tienes? —preguntó, apoyándose en la encimera.

—*Hmm*… ¿té? —respondí, cambiando de tema sin mirarlo. De repente me invadió un ataque de vergüenza.

—Gracias. —Alargó el brazo sobre mi cabeza para coger su taza, verde. Sobria. Banal.

—¿Leche, azúcar?

—Solo. Me gusta vuestro té por las mañanas, pero aprecio los cafés de después de comer. Deberías recordarlo.

—Entonces, ¿vas a venir? ¿No has cambiado de opinión? —Mi voz sonó como la de una gallina estrangulada.

Solo entonces me permití mirarlo, vestía un simple jersey fino negro a conjunto con los vaqueros. Ese color le favorecía haciendo que sus ojos azules brillaran con más fuerza. ¿O siempre habían brillado así y ni me había dado cuenta?

—¿En serio no recuerdas nada de lo que hablamos anoche? —preguntó, alzando una ceja.

—No grites —le pedí, encogiéndome de hombros, como si el gesto tapara mis oídos.

—Hola, chicos, los viernes antes de puente son el mal —se quejó la profesora de los más pequeños entrando en la sala.

—Adele, echa agua para mí por favor —le pidió Albin, el director desde la puerta.

Cogí la mano de Jean y lo arrastré hasta la ventana para poder hablar con un poco de privacidad.

—No lo recuerdo, solo tengo *flashes* de la cena, pero nada de lo que pasó después.

—Te perdiste lo mejor, entonces. —Me dio un apretón y entonces fue cuando reaccioné de que aún estábamos cogidos de la mano; me solté de golpe y di un sorbo a mi taza para calmar los nervios.

Una idea explotó en mi mente y casi me atraganto:

—¿Dime que no hicimos nada de lo que arrepentirme? O peor, que sea tan bueno que sea pecado olvidarlo…

«Solo me faltaba eso, que me acostara con un hombre después de meses y no me acordara».

Prometí no volver a beber en la vida.

—Nada, espero que si nos acostamos sea tan memorable que ni una botella de *whisky* pueda hacerlo olvidar. —No era una forma de hablar, la botella vacía seguía sobre la mesa cuando me desperté.

—*Hmm* sí… ya… eh… —Aquella mañana tenía el cerebro funcionando a su mínima expresión.

—Solo hablamos, planteamos la estrategia a seguir.

—Comprendo —dije, intentando hacer memoria… Negué con la cabeza y noté cómo me subía un calor desde el cuello hasta las mejillas.

O no.

Comprendía sin comprender.

Todo el asunto me parecía algo tan surrealista que era incapaz de entender cómo me había metido en ese gran lío.

La estrategia… sonaba a preparación de una batalla… y solo íbamos a la reboda de mis padres fingiendo ser pareja… Y presentándome en casa con un francés… Quizás sí tenía toda la pinta de ser algo parecido a ir a la guerra.

—Dijiste que me recogerías a las tres.

—Vale, *hmm* a las tres.

—Te apuntaste mi dirección.

Aunque estuve a punto de sacar el móvil y comprobarlo, aguanté como una campeona y asentí, sacudí la cabeza tan enérgicamente que parecía que fuera un fan de ACDC en medio de un concierto. Duró poco, el *whisky* que aún tenía en mi cuerpo me dijo que él, a diferencia de los martinis de James Bond, prefería no ser ni mezclado ni agitado.

—Será mejor que te tomes un par de analgésicos.

—Fue lo primero que hice esta mañana —confesé. Y entonces lo miré y me di cuenta de que tenía buen aspecto—. Oye, ¿y tú no tienes resaca?

—Nos quedamos dormidos en el sofá, me marché a las seis de la mañana y fui hasta casa trotando para sudar un poco, al llegar me di una ducha, tomé un par de pastillas, desayuné tres cafés y dos *croissants*… y como nuevo.

—¿En serio?

—Solo te estaba mostrando que sé fingir muy bien —rio.

Miré sus ojos azules y no supe descifrar cuándo me había dicho la verdad.

El timbre de la sala de profesores sonó avisándonos de que teníamos quince minutos para ir a nuestras aulas antes de que empezaran las clases.

—Tranquila, saldrá bien.

—Es bueno que al menos uno de los dos confíe en esta locura, y tiene gracia que sea el loquero.

—Odio esa palabra. Solo ayudo a la gente que por una razón u otra han perdido la capacidad de lidiar con sus emociones.

—¿Winter? —Me di la vuelta al oír a Adele que me esperaba, como siempre, para ir hasta nuestras aulas.

—Voy —le contesté, antes de volverme hacia él—. Tengo que irme, te recojo en tu casa, entonces.

—Perfecto. —Me cogió la taza vacía—. Yo me encargo, que aún tengo tiempo; no empiezo hasta dentro de media hora. Y tranquila, tenemos todo el viaje para repasar la estrategia. Como tu terapeuta te pido que intentes no darle muchas vueltas, ¿de acuerdo? Lo pasaremos bien.

No supe qué contestar, solo sonreí. En el fondo me gustó verlo tan entregado a la causa. Tenía que preguntarle cómo se le había ocurrido la idea de hacerse pasar por mi novio. ¿Por qué quería ayudarme? ¿Qué íbamos a contarles? No recordaba ni una puñetera frase de lo que se suponía habíamos hablado la noche anterior.

Además, no dejaba de imaginar las situaciones en las que nos podíamos encontrar durante los próximos días. Tres para ser exactos…

Madre mía…

—Winter, que dejes de pensar. —Vocalizó mi nombre de forma lenta y suave mientras apoyaba su dedo índice entre mis ojos, justo donde dice el misticismo que tenemos el tercero y es el que nos

ofrece una percepción que va más allá de lo que vemos a simple vista.

8

Estaba entrando en el aula cuando el móvil empezó a sonar con la entrada de mensajes. Sin ni siquiera cogerlo y mirar la pantalla sabía quién era, o quienes: mis hermanas. La chivata de mi madre había corrido a contarles la llamada de ayer. Después de dejar mis cosas sobre la mesa y preparar el libro para cuando fuera la hora, me senté.

Solté una carcajada al oír a mi hermana mayor cantar aquella cancioncita infantil con la que solíamos burlarnos de ella por ser la primera en tener novio. June era la divertida de las tres, la más alocada y escuchándola recordé por qué nunca queríamos acompañarla a los karaokes. Una y no más. Papá solía bromear diciendo que era peor que un aprendiz de violinista.

June: Ha enviado un audio.

Winter y Jean sentados en un árbol. *B.e.s.á.n.d.o.s.e!* Primero viene el amor. Después viene la bodaaaaa. Luego viene el bebé en el cochecito, chupándose el pulgar, mojando el pañal. ¡Bailando el hula, el hula!

April: Es cierto?

June: Espera… No será una broma de mamá? Últimamente está más loca de lo normal.

April: No digas tonterías. Nos ha llamado con la abuela.

June: Es verdad. La pobre, está tan feliz… Por fin podrá dejar de rezarle a Santo Tomás.

April: Es a Judas, el patrón de los imposibles.

June: Pues a ese. Tanto da un apóstol que otro. Ya sabes qué vas a ponerte?

April: Me pasé buena parte de la tarde de ayer frente al armario, al final me llevo dos vestidos. El de Nochevieja y uno que compré en las rebajas de color coral, ese tan de moda. Ya veré. Y tú?

June: El que llevé el año pasado para la boda de los amigos de Harry en Liverpool.

April: La que era de ambientación Beatles?

No puedes ir con un vestido sesentero!!!

June: Es un vestido amarillo, sí, pero sin los complementos es perfecto para la ocasión. Además se vuelve a llevar ese estilo.

Winter: Clase.

April: Mentirosa, faltan 10 minutos. Quiero fotos del francéssss!!!!

June: Pobre papá… Su hija favorita durmiendo con el enemigo. OMGGG.

Winter: Te estás pasando.

June: Tú crees?

April: Qué papelazo hizo la Roberts en esa peli[2] y qué mal rollo daba ese hombre.

Winter: A mí me recordaba a Freddy, el marido de Clarise.

June: Clarise? La beata?

Winter: Tiene los ojos igual. Azules y saltones…

April: Pero si Freddy solo se preocupa de sus ovejas.

Winter: Pues yo cada vez que me cruzo con él, me acuerdo de la peli y me da yuyu.

June: No recuerdo cómo son. Ahora estoy deseando verlo para poder fijarme.

Eran mis hermanas y las adoraba pero estaban locas de remate. Las dos juntas eran capaces de hablar de la paz en el mundo y del nuevo juguete sexual que se habían comprado en la misma conversación con un minuto de diferencia y a las puñeteras se les daba tan bien que hasta parecía tener sentido. Y no era un ejemplo al azar, había ocurrido unos meses atrás. Empezaron hablando de Trump y de una posible tercera guerra mundial y terminaron haciéndolo del succionador de clítoris que June se había comprado y que, una vez probado y alucinado con el aparato, había sido una hermana guay y nos había enviado uno a cada una, a modo regalo.

Mis alumnos empezaron a entrar corriendo entre gritos y risas, siempre admiraba la energía que desprendían desde tan temprano. Fui lanzando «buenos días, tal» «hola, cual» como respuesta a sus saludos.

Mientras se quitaban las chaquetas y colocaban sus bártulos seguí con la conversación.

Winter: Basta. Están entrando.

June: Pon un examen sorpresa. Dios, como los odiaba!

Winter: Tienen 6 años.

April: Pues unas fichas.

Winter: Y qué crees que hacen?

April: Por qué no nos lo habías contado?

Winter: Porque es reciente.

June: Queremos saberlo TODO. Cómo? Cuándo?

Winter: Esta noche.

April: Y FOTOOOOOOSSSSSSSSSSS.

Winter: Esta noche.

Salí del chat y silencié el móvil antes de guardarlo en el bolso. La excusa de la clase y de que ya hablaríamos por la noche era más que nada porque no tenía ni idea de qué contestar. No recordaba nada sobre «la estrategia» o qué inventaríamos como nuestra historia. Cada minuto que pasaba era más consciente del lío en el que me había metido. Pero como soy de matices, este también lo tenía y preocuparme por nuestra farsa consumía casi todo mis energías dejando en cuarentena el motivo por el que odiaba ir a casa. No pensaba en ello porque no tenía tiempo para hacerlo.

O eso me decía.

Eso me funcionaba.

9

Tenía más que comprobado que con la llegada de mayo la concentración de los niños casi se esfumaba, era como si olieran las vacaciones cerca y ya solo pensaran en todo lo que harían. Aquella mañana de viernes fue un claro ejemplo, pero la diferencia era que yo tampoco estaba mucho por la labor; puede que por eso cuando sonó el timbre anunciando la hora del recreo todos salimos en masa, yo me abstuve de hacerlo gritando aunque no pude evitar hacerlo con paso acelerado. Saqué el móvil y solté un suspiro al ver que mis hermanas habían respetado, al menos de momento, el requerimiento de que esperaran hasta la noche. Iba a guardarlo cuando tuve una idea. Busqué el nombre de Jean y le mandé un mensaje.

Winter: Cuando tengas un momento, llámame.

No había dado ni tres pasos en dirección a la sala de profesores, ese día no me tocaba vigilar a los peques en el recreo, cuando me empezó a vibrar el teléfono que aún llevaba en la mano. Era él.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, sí. ¿Estás ocupado?

—No, acabo de terminar mi última sesión. Recogía y ya me iba a casa.

—Genial. ¿Puedes esperarme en la entrada?

—Claro.

—Voy para allá.

No sé qué fue, pero lo noté algo raro y en cuanto llegué a la entrada de la escuela y lo vi esperándome la sensación se agudizó. Tenía mala cara, el ceño fruncido… temí que hubiera cambiado de opinión.

—¿Estás bien? —pregunté con miedo a su respuesta.

Había sido la primera en no ver bien el plan, pero a medida que se acercaba la hora de ir a casa y de presentarlo como mi novio, ya no me parecía tan descabellado. Pasar por aquella situación con él de apoyo me parecía surrealista pero terriblemente reconfortante.

—Eh… sí. —Dudó, como si no estuviera seguro de contármelo. Mientras él se mordía el labio inferior y se sacudía el pelo con la mano, despeinándose, yo tenía los dedos cruzados en la espalda—. Es solo que mi trabajo, a veces, resulta muy duro. Es complicado no empatizar con ellos, ya sabes —dijo señalando hacia el patio donde los alumnos jugaban.

Lo sabía bien. Había sido el motivo por el que había acudido a su consulta. Paso ocho horas diarias con los alumnos, los veo llegar, interactuar entre ellos, participar o no en clase… Me resulta imposible no encariñarme y hacerlos un poco míos durante el curso y a veces traspaso la frontera y sus problemas acaban siendo míos. Jean me había enseñado que la empatía podía estar bien para entenderlos pero que era necesario marcar una frontera. No solo con mis alumnos, aquel era uno de mis defectos.

—¿Puedo hacer algo? —continué sin saber muy bien qué decirle.

—No, tranquila. ¿Qué querías?

Me pareció hasta ridículo que después de lo que me había contado y verlo tan preocupado yo le fuera con mis tonterías. Pero sonrió dándome pie a que hablara.

—El chat que tengo con mis hermanas saca humo… De momento he capeado el ciclón con un «esta noche» —contesté soltando un profundo suspiro—. Pero quieren saberlo todo.

—Imagino. —Hizo un amago de sonrisa, y yo lo imité.

—Además me han pedido fotos…, y he pensado que… bueno, si te parece… si no da igual, podemos hacerlo en otro momento… —Podría contar con una sola mano las veces que había tartamudeado en mi vida, pero parecía que delante de él, empezaba a ser algo habitual.

—Claro. ¿*Show must go on*[3]? —Sonrió de nuevo, esta vez con más ganas.

—Eh… sí.

Empezaba el *show*, la pantomima, una que no tenía ni idea de cómo íbamos a conseguirlo, ni el resultado; pero no quise preocuparme por el después, era de suma importancia centrarse en el inicio. En aquella estrategia que seguía sin recordar.

Nos apartamos un poco escondiéndonos para no ser vistos ni desde el patio ni desde la entrada de la escuela, era mejor que lleváramos todo el asunto con la mayor discreción.

Saqué el móvil y empecé a mover el brazo buscando el mejor ángulo para el *selfie*. Odiaba hacerlos, nunca me salían bien porque o era todo nariz o parecía María Antonieta decapitada… Sin nombrar las veces en las que, menos yo, salía todo lo demás… Después de refunfuñar, yo, y de un par de risitas, él, me cogió el teléfono.

—Déjame probar que tengo el brazo más largo.

—Vale.

—Esto… se supone que estamos enamorados. —Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba a su lado como una estatua de cera—. Acércate un poco… Más… —Al final, tomó la iniciativa y me pasó el brazo por la cintura pegándome a él, su olor me rodeó con tanta fuerza que tuve que cerrar los ojos.

Clic.

Alcé la vista hacia él.

Clic.

—A mí no, a la cámara —rio.

Clic.

—Otra más. Sonríe.

Clic.

Mostré los dientes.

Clic.

Me arrepentí y solo alcé las comisuras hacia arriba.

Clic.

—Sé natural. —Me hizo cosquillas, descubriendo así mi punto más débil. Me removí riendo.

Clic.

—Perfecto. —Me dio un beso en el pelo mientras yo seguía recuperándome de su ataque.

Clic.

—Eh… creo que es suficiente —dije antes de quitarle el móvil, pero él alargó el brazo, impidiéndomelo.

Clic.

—¡Quiero verlas! —Me puse de puntillas, pero me abrazó con más fuerza y mi nariz acabó atrapada en su cuello. Inspiré con fuerza percibiendo aquella fragancia masculina.

Clic.

Me dieron ganas de darle un mordisco. De calmarlo después con la lengua. Noté palpitaciones y no en el corazón exactamente.

Se apartó de golpe dejando casi un palmo de distancia entre nuestros cuerpos como si se hubiera espantado por mis pensamientos. Muerta de vergüenza, cogí el móvil que me tendía y me puse a ver las fotos. Me sorprendí porque habían quedado bastante bonitas.

—¿Me las mandas? —Carraspeó un par de veces y aun así cuando me lo pidió la voz era más ronca de lo normal.

No fue hasta tiempo después que al recordar la escena entendería que aquel acercamiento no solo me había afectado a mí.

—¿Las quieres?

—Claro. Además, seguro que en tu familia hay alguno de esos que su fetiche es mirar las fotos de inicio de los teléfonos ajenos.

—No lo harán.

—¿Hacemos una apuesta?

—Hecho, ¿veinte libras?

—Pensaba que apostarías algo más jugoso…

—¿Cómo qué? —pedí alzando la vista de la pantalla y dejando la tarea a medias.

—Una cena, un viaje, un tatuaje…

Se echó a reír al ver mi cara.

—Mejor dejamos el tema apuestas —dije, bajando la vista de nuevo—. Enviando.

—Winter —me llamó y no tuve más remedio que levantar la cabeza hacia él.

Clic.

Clic.

Clic.

—Basta —dije, riendo y tapándome la cara con el brazo.

Clic.

—Por cierto, quería tener un detalle con tus padres, ¿qué me sugieres? No sé qué les regaláis vosotras, pero quería llevarles algo o participar en el vuestro.

—Joder —exclamé.

—¿Qué?

—¡No hemos hablado de ningún regalo! —grité y me puse nerviosa de repente. Tenía que llamar a mis hermanas con urgencia.

—¿Se casan vuestros padres y no les ofrecéis nada?

Le dediqué una mirada recelosa por hacerme sentir la peor hija del mundo.

—Hace menos de veinticuatro horas que lo sé.

No me había dado tiempo a nada… bueno, solo a inventarme un novio.

—Eh, tranquila, seguro que algo se os ocurrirá.

Eché un vistazo al reloj, aún me quedaban unos minutos de recreo para llamarlas y pensar en algo.

—Nos vemos después —se despidió antes de darme un beso en la mejilla.

—Jean —lo llamé cuando ya había dado unos pasos y se dio la vuelta—, gracias.

—Un placer. —Me guiñó un ojo y se alejó.

10

Sin tiempo que perder, abrí el chat y mandé un mensaje de voz:

> **Winter**: Eh… ¡¡¡¡¡No hemos pensado en ningún regalo!!!!! Dadle al coco. Y aquí van un par de fotos para satisfacer vuestra curiosidad.
> Foto adjunta enviada.
> Foto adjunta enviada.

El resultado de nuestro primer *shooting* era bastante bueno. Y creíble. A pesar de ser del todo imprevisto y con mi poca naturalidad, al menos al principio. Me quedé ensimismada mirándolas una por una. Me gustaba la que salía besándome el pelo con los ojos casi cerrados y yo con pinta de boba (que aparte de nosotros dos nadie sabía que no era boba de amor). Y también una de las que me hacía cosquillas, yo contoneada evitando sus dedos, con el pelo que me tapaba media cara, pero no la sonrisa, y él riendo y mordiéndose el labio inferior. Pero mi favorita era la que estábamos abrazados, en un ángulo algo torcido en el que yo salía de espaldas, en aquel momento que tenía la nariz enterrada en su cuello, y él con la cabeza agachada. No se nos veía las caras. La retoqué, la puse en blanco y negro y amplié hasta que solo salía su cuello y nuestras cabezas. El juego de sombras era perfecto. Me gustaba tanto que me la puse de imagen de inicio. Por si acaso.

April: Ohhhhhhh. Me encanta.

June: ¡Pero mira qué monossss!

Winter: Gracias ;)

June: Es guapo. ¿Por qué lo escondías?

El comentario de mi hermana mayor me hizo volver a ver las fotos, con otro ojo que no fuera el de paciente-terapeuta. Fue entonces cuando me fijé en detalle en su pelo, moreno oscuro y muy cortito. En los ojos azules aunque alrededor del iris se tornaran casi grisáceos o en que tenía un rostro rectangular y una barba de un par de días. Jean era guapo. Y era mi «novio».

April: Dios, ¿cómo he podido olvidar el regalo?

Winter: A mí me lo ha recordado Jean.

April: Somos las peores hijas del mundo.

June: No empieces a dramatizar. Frena. Pensemos. Algo se nos ocurrirá.
Pd: 12 puntos para Jean.

April: Es un chat. No existen los posdata.

June: Deja de corregirme. Lencería *sexy* para la noche de bodas?

April: Dios, June Cómo se te ocurre?

June: Tienes razón, conociéndola seguro que ella ya se compró un picardías para la ocasión ;)

Winter: Descartado. Un viaje?

April: Esta idea sí me gusta. Podríamos pillar uno de esos *packs* de «noches de encanto» o algo.

Winter: Genial. Así van cuándo y dónde quieran.

June: Me parece bien, y si no que avisaran con más tiempo.

April: ¿Dónde se compran?

June: Nosotros estamos a punto de embarcar. Puedo mirar cuando lleguemos, en el aeropuerto.

June vivía en Leeds con su marido Harry y *Chewie*, un *beagle* tricolor que habían adoptado hacía unos dos años y que en los primeros meses nos saturaron el teléfono con sus fotos. Fue un regalo de mi hermana cuando su marido cumplió los treinta. Un perro que bautizó con el nombre de uno de los personajes de Star Wars, como friki que era. Mi hermana trabajaba como enfermera de ambulancias y su marido era contable en una empresa de transporte nacional.

Entonces empezó un baile de horarios, planes… June y Harry estaban a punto de coger el avión. April y Luke vivían en Chipping Norton, un pueblo seis veces más grande que el nuestro y que quedaba a un cuarto de hora. Él era chef en un restaurante del centro mientras que mi hermana hacía poco que había vuelto a encontrar trabajo como recepcionista en el hotel donde había hecho las prácticas de Hostelería y turismo. De las tres es la única que desde siempre tuvo claro que quería quedarse con el negocio familiar. Todos sabíamos que sería quien mantendría el *cottage* a todo funcionamiento. Pero mientras nuestros padres siguieran dando guerra y capaces de llevar las riendas tenía muy claro que prefería vivir por su cuenta. Aprovechar para conocer otras ciudades y lo había hecho. Desde Londres a Dublín, pasando por Inverness, donde conoció a Luke. Ellos no irían a casa hasta el sábado por la tarde, cuando el chef terminara el turno de mediodía. Yo acababa a las dos, con el tiempo para ir a casa a por la maleta, coger el coche y pasar a recoger a Jean.

«Dijo que se iba a casa… a lo mejor podía pedírselo».

Salí del chat y volví a llamarlo, en pocas horas era el teléfono que más veces había marcado. Empezábamos bien… Cuando le pregunté si podía ir él a recoger el regalo me contestó que ningún problema,

que iría «ahora mismo». Parecía hasta contento de participar de algún modo. Me gustó su predisposición, la mayoría de los hombres que conozco hubieran escurrido el bulto porque la misión implicaba ir al centro a comprar y escoger entre unas cien opciones distintas.

Winter: Solucionado. Va Jean.

April: ¡Genial!

June: Mira que yerno más servicial.

Winter: No te burles.

April: Dale las gracias de nuestra parte.

June: Ella sabe cómo darle las gracias, ¿verdad, hermanita?

Winter: Cambio y corto. Buen viaje a todos.

11

—A ver, recapitulemos. Te llamas Jean Pierre Martel, nacido el 1 de agosto del ochenta y cinco. Tienes dos hermanas menores y gemelas, Anne y Marie. El nombre de tu madre. Tú llevas el de tus abuelos, tu padre es Philip. Viven todos en Bourges, en el centro de Francia. Tu madre tiene una tienda de lencería y tu padre un negocio de jardinería. Tus hermanas han abierto hace poco una cafetería vegana-sin gluten que funciona bastante bien. Llevas aquí unos catorce años, viniste con veinte a estudiar un máster y te quedaste. Te gusta Neil Young y los libros de ciencia ficción. No te gustan las bebidas con gas, pero sí la cerveza, aunque si puedes siempre pedirás vino. Da igual si tinto o blanco. ¿Qué más…? Ah, sí… que te encanta el queso y que odias la coliflor y el mango… Prefieres el frío que el calor. Que los sitios oscuros y pequeños te crean claustrofobia…

Llevábamos como una media hora de camino y desde que había ido a recogerlo a su casa había empezado a hablar y a contarme cosas sobre él y su familia. Aparte de conducir, me alegré de tener algo con lo que ocupar la mente, tenía que retener toda aquella avalancha de información y almacenarla. Era un buen método para «silenciar» aquella histeria, que a medida que las millas nos alejaban de Londres y nos acercaban a casa, aumentaba de forma exponencial.

—Vale, creo que eso lo tenemos listo.

Entonces empezó a enumerar las cosas que sabía de mí, como a qué se dedicaban mis padres o hermanas y que hacía casi dos años

que me había mudado a Londres. Que era una romántica y que mi libro favorito era *El jinete de bronce* de Paullina Simons, que era poco amiga de la carne pero amante de la pasta. Que mi gusto musical era del todo ecléctico y que iba por temporadas, en aquella escuchaba a menudo a The Script.

—Pasemos a nosotros.

—Nosotros… —Vocalicé la palabra despacio—. ¿Qué acordamos ayer por la noche?

—Que nos ceñiríamos lo más posible a la verdad. Que nos conocimos en la escuela y que hace poco más de un mes coincidimos una tarde de lluvia muy cerca de tu casa. Me invitaste a subir y el resto…

—Vale, bueno, puede servir. ¿Cuándo fue exactamente? Me refiero a la fecha.

—Eh… no concretamos nada. —Sacó el móvil y abrió el calendario—. ¿Qué te parece el 4 abril? 4 del 4, será fácil de recordar. Era jueves.

—Vale, 4 del 4.

—Lo que no recuerdo es si llovía… Bueno, tanto da, es Londres y aquí llueve siempre.

Se rio, como si fuera una broma interna y aunque estuve a punto de ponerme a hablar del tiempo, lo dejé pasar.

«Prioridades, Win, prioridades».

—De acuerdo; te invito a casa, una cosa lleva a la otra, nos liamos y empezamos a salir.

—¿Te hubieras acostado conmigo aquella misma noche? —su pregunta me pilló del todo desprevenida.

—Eh… yo… No sé. ¿Esto lo hablamos ayer?

—No. La verdad es que no profundizamos mucho, pero creo que estaría bien que nos preparemos algunas citas, por si te preguntan…

Con el paso del día mis neuronas habían empezado a trabajar, aunque solo a media velocidad, pero aquella conversación estaba dando una vuelta de tuerca para la cual no me veía preparada.

—¿Crees que mis padres me van a preguntar si nos liamos la primera noche?

—Ellos no creo, tus hermanas sí.

Asentí, parecía que las conocía. Luego recordé que él también tenía dos, que seguro que eran igual de curiosas.

—Ellas seguro que sí. Hasta me preguntarán por el color de tus gayumbos.

—Bóxer, siempre negro.

Noté como me subía un calor desde el cuello hasta las mejillas.

—Vale.

—¿Y la tuya? —siguió y su voz denotaba un deje divertido que me contagió.

—Eh… mi cajón de la ropa interior es un arcoíris, pero eso sí, siempre voy conjuntada.

—¿Eres de algodón o más bien de seda, encajes, ligas…?

Despegué los ojos de la carretera un segundo para mirarlo y me obsequió con su sonrisa traviesa y cómplice.

—¡Dudo que nadie te pregunte eso! —Reí, nerviosa.

—Es solo curiosidad.

—Algo de todo —respondí enigmática.

—Buena respuesta. ¿Entonces aquel jueves por la tarde…?

Abrí la boca dos veces para intentar dar una respuesta, pero fui incapaz, al final me salí por la tangente mandando la pelota a su tejado.

—Dímelo tú. Yo te invité a casa, así que ya di el primer paso.

Chasqueó la lengua y cruzó los brazos, pensativo.

—Podemos continuar con la media verdad. Que me cediste tu baño para que tomara una ducha para entrar en calor mientras preparabas té, que abrí un poco la puerta para pedirte una toalla… que te acercaste… ¿que te besé?

Carraspeé cuando la escena se dibujó en mi mente con todo lujo de detalles. Mira, para eso tenía las neuronas más que dispuestas.

—Que me fui corriendo a la cocina. Que preparé algo de cena, que nos pasamos con el vino mientras fuera seguía lloviendo.

—¿Solo te acostarías conmigo borracha?

—Yo no he dicho eso, pero es verdad que si voy algo achispada estoy más desinhibida y actúo sin pensar tanto, como es mi costumbre. ¿Y todo ocurrió así de la noche a la mañana o ya te gustaba?

—Me gustaste desde el primer instante en que te vi en la sala de profesores. Pero no me gusta mezclar el trabajo con la vida privada.

—¿Es cierto eso? —Yo me refería a la última parte de la frase pero la forma en que me respondió, o cómo me miraba cuando lo hizo, me arrancó una vibración cálida bajo la piel.

—Sí. —Se ladeó un poco hacia mí antes de continuar—: ¿Y yo a ti?

—Siempre me has parecido un hombre interesante. —Era la verdad, ¿por qué añadí aquella coletilla? Ni idea, a lo mejor fue porque aún seguía con la imagen de él solo vestido con unos bóxers negros—. Y guapo.

Sonrió, y de nuevo me quedé prendada de su sonrisa de lado. Aquella curva era un peligro.

—¿Dónde fuimos para nuestra primera cita? —continué.

Era una conversación de lo más surrealista, pero tenía algo, y es que a pesar de los nervios que me atenazaban, me estaba divirtiendo.

—¿Qué te parece en La Fromagerie? Está en Marylebone, cerca de Regent's park. La gente cree por el nombre que es francés, pero la verdad es que me encanta ir; he descubierto gran variedad de quesos británicos como el Yark, envuelto en hojas de ortiga, o el Stilton que casi me gusta más que el roquefort. Aparte del pequeño restaurante, tiene una parte de tienda con buenos productos como una gran variedad de pan y una extensa carta de vinos.

—Nunca he ido, pero suena muy bien. ¿Qué más?

—Estoy deseando dar un paseo en barco por el Támesis, de noche, podríamos ir después de cenar.

—Suena fantástico, apuntado.

—De acuerdo, fuimos a cenar y luego el barco. El resto de la noche que cada uno imagine lo que le apetezca. ¿Qué más, algo para el fin de semana?

Durante un par de minutos sopesé diferentes ideas.

—¿Te acuerdas que en una de las sesiones hablamos del templo hindú?

—Primero, estaría bien que no nombraras las sesiones, llámalas citas. ¿Hablas del Neasden Temple?

Asentí.

En el año dos mil fue nombrado el templo más grande fuera de la India, además se construyó utilizando únicamente materiales y métodos tradicionales gracias a miles de voluntarios. Me encantaba la paz y espiritualidad que se respiraba en aquel rincón situado al noroeste de Londres.

—Sí. He pensado que como los dos hemos ido, podría ser un buen sitio para aquel primer domingo.

—Me gusta el plan, además compartimos las ganas de descubrir todos los rincones que esconde la ciudad.

Llevábamos casi una hora de viaje que se me había pasado volando. El cielo cada vez estaba más encapotado, pero ni me di cuenta hasta mucho más tarde.

—Vale, ahora necesitamos una canción.

Se echó a reír, ¿qué había dicho que fuera tan gracioso?, todas las parejas tenían una canción… ¿o ya no?

¿Había sonado como una quinceañera?

12

Encendió la radio.

—La próxima será la nuestra.

Fue cambiando de emisoras, pero en todas o daban noticias o charlaban. Volvió a darle al buscador.

Todo lo que escuchamos es Radio Ga Ga
Radio Go Go
Radio Ga Ga
Todo lo que escuchamos es Radio Ga Ga

—Queen, un clásico.

Los dos nos pusimos a cantar el estribillo.

—Habla de la historia de la radio, idónea para el momento, pero no como canción de pareja.

—Vale, pues démosle otra vuelta.

No le presté atención, estaba siguiendo las indicaciones de un panel informativo. Acabábamos de pasar el aeropuerto de Oxford cuando nos desviaron por carreteras secundarias por un accidente en la A-44.

—Bájalo.

Sí, soy de esas personas que si necesitan concentrase en el coche, tienen que estar en silencio; no me pidas que aparque con la música puesta.

—¿Qué pasa?

—Hay un accidente, nos desvían.

—¿Quieres que ponga el GPS?

—Vale, de momento sigo las indicaciones.

El tráfico era denso y lento, suspiré porque odiaba hacer cola. Tampoco era muy amiga de los imprevistos, me gustaba tener el control.

—Parece que nos hacen pasar por el pueblo de Glympton, de ahí a una secundaria. Solo tardaremos diez minutos más.

Dudaba, seguro que serían mucho más. Al pasar a una sola vía íbamos mucho más lentos, yo iba concentrada en la carretera y Jean observaba todo desde la ventana. Alargué la mano y subí el volumen de nuevo. Estaban dando el tiempo, parecía que para ese puente el sol reinaría en la parte sur del país.

—Se alaba mucho la campiña francesa, pero a mí la vuestra me tiene totalmente enamorado. Está todo tan cuidado.

—En la mayoría de los pueblos son los mismos vecinos quienes se encargan de cuidarlo y mantener los jardines y parques.

—Es una buena manera de educar y sensibilizar, si tú lo cuidas, tú lo respetas.

—Exacto. Me gusta el pueblo por esa sensación de comunidad, de ayudarnos unos a los otros. June es todo lo contrario, prefiere vivir en la ciudad.

—Yo soy de los que cree que hay épocas para todo. Londres me gusta, pero tampoco me veo viviendo en ella eternamente.

—Te entiendo.

—Estas carreteras tan estrechas y la vegetación tan alta y frondosa me recuerda siempre a una historia de fantasía. Como si pasara por un túnel y fuera a aparecer algún ser mitológico.

Sonreí. Mi padre era un gran amante de la mitología, los cuentos que nos narraba de pequeñas siempre iban sobre hadas, elfos… Llenos de encantamientos y la batalla eterna entre magia blanca y la oscura.

—¿No conduces?

—Muy poco. Tampoco es que haya tenido necesidad, entre el bus y el tren de momento no lo he echado en falta.

—A mí es que me encanta conducir. Tengo el coche en el aparcamiento de un amigo de la familia. Él y su mujer son unos clientes habituales del *cottage*. Es un amante de los clásicos y tiene un taller cerca de Lammas Park. Me deja tener el coche allí a cambio de un alquiler irrisorio. A mí me viene estupendamente ya que de paso él se encarga del mantenimiento y esas cosas para las que soy una negada.

Era un Chrysler Pt 2005 de color azul noche. Cuando me mudé a Londres pensé en dejarlo en el pueblo, o hasta venderlo, pero le tenía tanto cariño que no fui capaz.

De repente oímos un ruido extraño.

—Mierda, mierda… —Empecé a maldecir.

—Creo que hemos pinchado —dijo a la vez, señalando la rueda delantera de su lado.

Puse los cuatro intermitentes y a unos quinientos metros más adelante me desvié hacia un camino que discurría paralelo a un río.

Empecé a ponerme nerviosa, odiaba los contratiempos y más si eran mecánicos. Era como si Murphy me hubiera oído decir que era una negada para ese tipo de cosas. Salimos del coche, la humedad se respiraba en aquella tarde de primavera. Abrí el maletero y empezamos a sacar las maletas para poder coger la rueda y las herramientas para cambiarla.

—Odio la mecánica y creo que está a punto de llover. Debería llamar a casa para avisar de que vamos a llegar tarde… —Empecé a agobiarme, cogía aire y lo expulsaba resoplando cuando vi todo aquel jaleo a nuestro alrededor.

—Eh, mírame —me pidió con suavidad, cogiéndome del antebrazo, no siguió hablando hasta que mis ojos se encontraron con los suyos—. Voy a contarte un secreto: cuando te caes lo primero que hay que hacer es reírse porque así el resto es más sencillo. A las soluciones les gusta la gente positiva.

—No me apetece reír —gruñí entre dientes.

—¿Y bailar? —Abrí los ojos cuando entendí la pregunta y vi que me ofrecía la mano.

—¿Quieres que nos pongamos a bailar, aquí? —Fruncí el ceño.

—Mira a tu alrededor, el verde de la hierba y las florecitas amarillas, el río, el puente medieval de piedra… es un entorno de lo más bucólico. Además, querías una canción —dijo señalando el coche y fue entonces cuando me percaté de que se oía música—, ¿qué mejor que Elvis?

—¡No lo dices en serio!

Luke era un auténtico fan y en su boda con April subió al escenario y le cantó un par de canciones dejándonos a todos con la boca abierta.

—Venga, creemos un recuerdo que sea real y vivido. —Y no me dejó añadir nada más porque dio un par de pasos hacia mí y me rodeó la cintura con los brazos.

Y entre la voz del rey del *rock* y su fragancia me olvidé de todo. Me perdí en su dulce vaivén, en la forma cómo me susurraba la letra de *Can't Help Falling In Love* cerca de mi oído, en como mis brazos se movían por iniciativa propia hasta terminar en su nuca, donde su pelo corto me hacía cosquillas en la yema de los dedos.

—¿Está lloviendo? —murmuró apartándose un poco. Tardé unos segundos en abrir los ojos y volver a la realidad.

—Está lloviendo —afirmé, pero fui incapaz de moverme. Se estaba demasiado bien.

Jean me puso un dedo bajo la barbilla y me incitó a alzar la cabeza para mirarlo.

—¿Tenemos canción?

—Tenemos canción. —Sonreí y me perdí en la forma en que sus ojos azules estaban fijos en mis labios.

El momento era perfecto y sin planearlo.

—¿Sabes que más tienen todas las buenas historias de amor? —Le dio énfasis aguardando unos segundos antes de continuar—: Un beso bajo la lluvia.

—Besarnos.

—Puede que tengamos que fingir y creo que lo mejor sería que estemos solos para nuestro primer beso. Practicar un poco no nos

vendrá mal —argumentó acariciándome la mejilla con la punta de los dedos de forma sutil, pero con grandes resultados.

—¿Quieres besarme?

—Desde ayer que no pienso en otra cosa.

Como invitación me puse de puntillas y nuestras bocas terminaron por acortar la distancia que nos separaba haciendo más real aquella farsa que empezaba a resultarme demasiado bonita, demasiado tentadora. Y ni siquiera había empezado, solo estábamos en el prólogo de lo que sería el fin de semana, en los créditos.

Tenía unos labios suaves, cálidos. Fue un beso casto, solo un roce. Al que le siguieron otros dos algo más largos, hasta que dejamos que fuera el turno de que nuestras lenguas se conocieran. Ahogué una exclamación y mi cuerpo se arqueó hacia él, oí su gemido retenido en la garganta… Las gotas de lluvia seguían cayendo y resbalaban por nuestros rostros para terminar mezcladas en el beso. Su sabor mezclado con la lluvia… quise que aquel momento durara para siempre.

—¿Bien? —preguntó cuando nos apartamos, aunque seguíamos abrazados.

—Perfecto —confesé, porque nunca imaginé que un primer beso pudiera ser así.

Respirábamos con algo de dificultad mientras salíamos de aquel trance, yo sentía hasta el corazón agitado.

Tuvimos uno de esos momentos tan románticos y novelescos, ese en el que los dos se miran y el tiempo pierde todo su significado. Pero es que es tal cual, la sensación era que el mundo se detuvo solo para nosotros.

—Creo que será mejor que nos pongamos con la rueda —dijo, rompiendo el instante.

Jean se quitó el jersey fino azul noche que llevaba y se quedó en camiseta básica, negra. Yo me arremangué las mangas de la camisa vaquera.

No me había arreglado mucho, unos vaqueros tobilleros color coral, bailarinas negras y la camisa vaquera, entallada que me

marcaba un bonito pecho. Me había maquillado un poco: delineador, máscara de pestañas y pintalabios color melocotón.

—Deja, no hace falta que nos ensuciemos ni que nos mojemos los dos, métete en el coche.

Pero no le hice caso y mientras él llevaba la rueda de repuesto hacia la parte delantera yo cogí las herramientas y el paraguas y me puse a su lado, como esas azafatas de las carreras de GP sosteniendo el paraguas mientras él trabajaba y yo rememoraba el beso.

13

—Estás muy callada de repente. ¿Te ha molestado el beso? ¿O es que te has dado cuenta de que tu novio de puente besa fatal?

Sonreí porque no estaba dispuesta a revelarle que me había quedado embobada viendo como se contraían sus músculos en cada movimiento que hacía, a pesar de llevar la camiseta puesta.

Ya había sacado la rueda pinchada y estaba atornillando la de recambio. No habían pasado ni cinco minutos. Lo había hecho de tal modo que parecía sencillo; yo la última vez que lo intenté tuve que acabar llamando a la grúa porque no había forma de desatornillar uno de ellos. Luego resultó que era un tornillo de seguridad… Me exasperaba ver la facilidad con la que alguien hacía las cosas que a mí se me resistían. Era como todos esos videos de maquillaje, ni con los mismos productos llegaba a tener semejante aspecto. Y por no hablar de las recetas de cocina… Había llegado un punto en el que había entendido que era una negada para todo lo que implicara un paso a paso. Ya fuera montar un mueble o una salsa inglesa.

—Para ser un primer beso creo que no ha estado mal —mentí, riendo y porque, por su forma de mirarme tan descarada y *sexy*, sé que lo sabía.

¡Pero si en los labios aún persistía su roce!

Se puso en pie limpiándose las manos con el paño en el que estaban envueltas las herramientas; sin apartar la vista de mis ojos dio un paso hacia mí, ocupando todo mi espacio vital.

—¿Eso es una invitación a repetirlo?

Alargó la mano para acariciarme la mejilla con el pulgar y el resto lo escondió entre mi pelo bajo la oreja… Sus dedos estaban fríos de la lluvia, pero debo confesar que el temblor que sentí era más bien de calor que por frío.

—No te atreverás.

—Eso me alienta aún más. —Dio un paso más dejando entre nuestros cuerpos solo el espacio suficiente para aumentar las ganas.

—Eso es porque crees que puedes mejorarlo.

—Estoy seguro de ello.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Estás dando muchas vueltas para decir que deseas que vuelva a besarte. —Jugueteó con un mechón de mi pelo. Sentía su aliento tan cerca que en cada respiración me lo llevaba conmigo.

—Soy una mujer moderna de las que no pedimos, cogemos directamente. —Lo provoqué, en aquel momento era lo único que quería.

—Yo no tengo problema con eso, te pido que me beses y hagas conmigo lo que quieras.

Con decisión lo atraje hacia mí, agarrándolo de la camiseta. Su cuerpo chocó con el mío y se movieron a la par para encajar. Si aquella farsa consistía en sentir aquella marea de sensaciones, tres días me parecían un instante. Aquel calor, aquellas ganas, la felicidad que sentía… deseé que fuera permanente.

—Me pregunto como un beso ficticio puede haberme gustado más que muchos de verdad —confesé, notando el zumbido de los latidos acelerados en los oídos.

—No te confundas, puede que interpretemos un papel, pero si te beso es absolutamente real y verdadero.

Y su boca se encontró con la mía y saltándose los preliminares, atacó sin piedad mis labios en un beso cargado de intensidad y deseo. Sus manos se encargaron de expandir las sensaciones acariciándome desde el pelo hasta notar sus dedos clavados en las caderas. Me olvidé del paraguas para tener las manos libres y poder

tocarlo también. Mis piernas ya ni me sostenían, me faltaba el aire… Eso era una fantasía vestida de la más bonita realidad.

¿Cómo era posible que hasta entonces no me hubiera dado cuenta de lo guapo que era?

¿Que no me hubiera fijado en aquella sonrisa magnética ni en la profundidad con la que me miraba?

¿Cómo había podido pasarme un año encerrada en una habitación con semejante hombre contándole mis penas en lugar de contar orgasmos?

¿Por qué ahora sí lo veía?

Qué ciegos solemos estar con la gente que nos rodea. Encasillamos, ponemos un adjetivo: el profesor, el terapeuta, un compañero… Alguien que en otras circunstancias como por ejemplo un viernes por la noche en un *pub*… (en la época en que salía y no ahora que prefiero «sofá y libro») si hubiera pasado por mi lado lo hubiera mirado esperando que me viera y me invitara a una copa para terminar descubriendo la fragancia del suavizante de sus sábanas.

Jean era guapo, pero sin ser perfecto. Sus ojos llamaban la atención, pero no por su color sino por la fuerza de su mirada. Su cuerpo no era una masa de músculo ni tampoco un tirillas… todo estaba en su justa medida. Tenía su propia belleza, fuera de cánones y estereotipos. Era fascinante.

14

—¿Estás nerviosa? —me preguntó cuando al ver el cartel de bienvenida de Kingham solté un bufido. En el *Stop* puso su mano sobre la mía que apretaba con fuerza el volante hasta emblanquecer los nudillos.

Después del beso que se alargó hasta que nos olvidamos del tiempo, recogimos las cosas y reanudamos el viaje. A pesar de lo surrealista que era la situación, y habernos besado dos veces, continuamos hablando de todo, sobre todo de nuestra infancia, con una confianza que resultaba reconfortante.

—Es la primera vez que voy acompañada. Nunca les he presentado a nadie como mi novio, y cuando lo hago es fruto de una mentira que me he inventado para no acudir sola a la boda de mis padres. Nerviosa se queda corto…

—¿Quieres que te bese de nuevo para aligerar la presión?

—¿Es un nuevo método?

—No. Es una respuesta «acción reacción», suelen dar excelentes resultados. A veces un beso puede ser la cura de todos los males.

—La abuela diría que la cura de todos los males es leche caliente con un buen chorrito de *whisky*. —Reí.

—La mía todo lo soluciona con un plato de caldo de gallina vieja.

—Pero usted, doctor —enfaticé la palabra, pero sin poder obviar el tono burlón—, no hablaba de sopas ni *whiskys*. Hablaba de besos como el mejor tratamiento a la histeria.

—Los beneficios de un orgasmo son conocidos por la humanidad desde el principio de los tiempos. Hay estudios que…

—Frena, de lo último que tengo ganas es de llegar a la puerta del *cottage* hablando de sexo… —Mi frase se vio interrumpida por su risa y no me importó. Me uní a ella y así fue como llegamos a casa.

Creo que en el fondo solo quería romper el momento de tensión y el señor terapeuta lo hacía de maravilla. Al final lo de llevarse el psicólogo como pareja, en un fin de semana que sabía de antemano que sería… difícil de soportar, era la mejor decisión que había tomado.

En cuanto pisamos el sendero privado de grava, el *cottage* apareció delante de nosotros. Era majestuoso con sus dos plantas, el tejado de pizarra y su fachada de ladrillo con la glicinia ocupando una gran parte de ella. Siempre que llegaba tenía la misma sensación al verla y era que aquel mismo paisaje lo habían visto mis antepasados. La casa había pertenecido desde siempre a la familia de mi padre. Aquella misma grava que había dejado marca, por correr sobre ella, en mis rodillas o en la de mis hermanas, también había dejado su cicatriz en las de mi padre. Aquellos rosales que la abuela seguía regando con mimo y que antes que ella había hecho su madre.

No había ni detenido el coche cuando se abrió la puerta principal y salieron mis padres y la abuela a recibirnos.

—¡*Oh my goshh*! —chillé mordiéndome el labio inferior.

—*Mon dieu*, tengo la sensación de estar ahora mismo en un episodio de *Downtown Abbey*. Qué recibimiento.

—Que no te suban los humos, soy la pequeña y la favorita, siempre hacen lo mismo.

—¿Y entonces por qué has gritado sorprendida?

—Porque pensaba que al venir tú sabrían comportarse.

—A mí me parece un gesto bonito.

Pero ya no pude responder porque mi padre me abría la puerta y tiraba de mí aun cuando no me había ni soltado del cinturón. Una vez liberada caí en su abrazo de oso y entonces sí me sentí en casa.

Mi padre, Malcolm, era mi persona favorita del mundo, había algo que nos ataba de manera especial. Era más alto que yo, y muy

corpulento; con la cara llena de pecas que le daban un aire más juvenil y menos serio de lo que era en realidad.

Reconozco que me olvidé unos segundos de mi acompañante, cuando reaccioné me aparté de mi padre y me giré hacia él. Hacia Jean. Hacia mi novio. Postizo pero al que ya había besado dos veces. Y besaba muy bien. Y yo llevaba demasiado tiempo sola. Sin besos ni caricias… Mi mente dejó de pensar en un nuevo beso cuando lo vi abrazando y riendo con mi abuela Fiona. Mi madre, Uma, también estaba con ellos, cuando nuestras miradas se encontraron me guiñó un ojo como dándome su beneplácito ¡y eso que acababa de conocerlo! El terapeuta se había ganado a las dos en un parpadeo, pero sabía que mi progenitor no se lo pondría tan fácil.

Jean se acercó a nosotros y me pasó el brazo sobre los hombros. Por un momento se me pasó por la cabeza que no era un acto fingido, ni para darme su apoyo, más bien me dio la sensación de que era él quien buscaba mi cuerpo como base de socorro.

—Papá, te presento a Jean Pierre…

—Jean… ¿eres francés? —me interrumpió.

«Mi novio» me miró a mí y yo a mi madre.

—No se lo conté, lo siento —dijo ella, escabulléndose hacia la parte trasera del coche, abrió el maletero y empezó a sacar las maletas.

—Encantado de conocerlo, señor. —Alargó la mano y se la estrecharon con fuerza, como valorando sus fuerzas—. Espero que mi nacionalidad no sea una frontera.

—Tendré que confiar en el buen gusto de mi hija.

—Será mejor que vayamos entrando. —Di una palmada al aire como si estuviera en el aula y quisiera que todos mis alumnos me prestaran atención.

Mi abuela se acercó y cuando la saludé me acarició la mejilla, casi rozando la oreja.

—Tenías algo negro y tu ropa parece húmeda.

—¡Oh! —Me limpié la zona imaginando que debía ser grasa de cuando Jean me había cogido para el segundo beso—. Es que

hemos pinchado una rueda y luego se puso a llover… —dije como si tuviera que justificarme.

Oí la risa de mi madre a lo lejos y como papá carraspeó antes de que la abuela interviniera:

—Pasad, pasad y cambiaros de ropa antes de que cojáis una pulmonía.

No sé si era por la edad, pero cada vez más tendía a exagerar cualquier malestar, un dolor de cabeza ya era síntoma para acudir al hospital. Cuando se juntaba con sus amigas solo hablaban de la muerte y de achaques, como si fuera un cuestionario de la *Cosmopolitan* y el resultado final te diera el pase VIP para correr a urgencias.

15

El *cottage* estaba compuesto por dos viviendas, aunque por fuera no lo pareciera. Una parte, la mayor, era la dedicada al hospedaje y la otra era nuestra casa. Las dos compartían entrada y *hall*.

Mamá, que iba delante, abrió la puerta de casa y subió las escaleras de madera. Eran algo estrechas y las paredes estaban decoradas con fotos de la familia. Cada escalón era cómo ir subiendo sobre la historia de nuestra propia vida. Desde abajo con papá de pequeño, pasando por su juventud, su noviazgo, la boda, los nacimientos de las tres, nuestra infancia…

—¿En qué habitación habéis pensado instalarlo? —dije, una vez llegamos al pasillo principal, donde estaban las habitaciones y el único baño de toda la casa.

El cuarto de mis padres estaba en la buhardilla, aunque muy pocas veces dormían en él, solían hacerlo en el *cottage*, en la habitación que había al lado de la recepción. La abuela hacía un par de años (cuando su cadera dijo que basta de tantas escaleras) que también se había «mudado» a la planta baja, en lo que antes había sido la biblioteca.

—En la tuya.

—¿Aquí… conmigo? —exclamé, sorprendida, era lo último que me esperaba. Mis cuñados durmieron en el sofá de la biblioteca hasta que se casaron con mis hermanas.

—Win, estamos en el siglo XXI —dijo mamá.

—Pero la cama es… pequeña para dos —continué, pero ella arqueó un poco la cabeza hacia un lado y puso los ojos en blanco.

Lo que me faltaba, mi madre lanzándome indirectas sexuales.

Ella era así. Como June, directas, divertidas. Vivían la vida evitando los problemas, a todo sabían cómo darle la vuelta para sobrellevarlo lo mejor posible, las envidiaba por eso. Todas habíamos heredado de ella sus ojos marrones y un cuerpo curvilíneo, aunque ninguna tuviera sobrepeso. Llevaba su atuendo habitual: vaqueros, una camiseta de tirantes, una rebequita fina de lana y un pañuelo en la cabeza a modo de diadema.

—Además —siguió mi padre—, ya hemos comprobado su buen gusto al prendarse de ti, ahora demostrará que también tiene buenos modales y sabrá guardar su encanto francés y no lo sacará a airear mientras esté en tierra hostil. —Antes de bajar, le dio una palmada en el hombro de Jean que resonó en la escalera.

Mamá se encogió de hombros y aunque la sonrisa se le escapaba por el brillo de sus ojos, lo siguió. Los vi alejarse, oí sus voces en un sutil cuchicheo… pero aún tardé unos minutos en ser capaz de girarme y mirarlo, cuando lo hice comprobé que había captado la indirecta de mi padre y en lugar de tener ganas de huir parecía de lo más cómodo.

—Lo siento.

—No lo hagas. Toda niña merece tener un padre así. Y no lo digo en plan «que ella no sepa cuidarse sola» pero creo que el vínculo padre-hija es especial y vosotros lo tenéis.

16

—Tú primero —dijo señalando la puerta.

Abrí y suspiré al encontrarme en mi habitación. Era la más pequeña de todas, con el techo siguiendo la estructura de dos aguas del tejado y lleno de cantos forrados de madera. La ventana saliente daba al patio trasero, y aunque tenía las peores vistas de la casa porque no tenía la belleza del jardín delantero, a mí me encantaba. De pequeña decía que era una habitación de cuento.

Las paredes estaban pintadas de un tono ocre muy claro, que contrastaba con la madera oscura del techo y parqué. La cama de cuerpo y medio presidía la estancia, era alta, para poder tener el inferior lleno de cajones. Nunca había querido tener un escritorio, hacía los deberes sobre la alfombra o la cama. Al lado de la ventana había colocado uno de los sillones que había rescatado de la antigua biblioteca antes de convertirse en el cuarto de la abuela.

—Siento que tengamos que compartirla. —Señalé la habitación con el dedo y de refilón la cama.

—¿Qué es lo peor que podría pasar?

Me puse roja, pero roja de faltarme el aire porque la imagen de los dos sudorosos, él debajo de mí, cabalgándolo como una amazona y gritando al llegar al límite fue demasiado vívida.

Carraspeé y sacudí la cabeza para ahuyentar esas imágenes, aunque fue en vano. Mis ojos buscaron los suyos y lo vi de brazos cruzados en el pecho, mirándome fijamente, no me atreví a decir nada, esperé y esperé a que fuera él, pero antes de hablar soltó una carcajada.

—¿Eso sería lo peor? Si es así deberíamos trabajar en ello, digo a modo de terapia. —«Lo que necesito es una buena sesión de sexo»—. Aunque mi teoría en esos casos se basa sobre todo en la práctica.

—¿Otra vez hablando de sexo? —susurré por miedo a que las paredes oyesen.

—No soy yo el que nos ha imaginado… ¿explícame cómo exactamente? ¿Dónde era, en la cama o contra la pared? ¿Tú encima o yo detrás?

Me atraganté con mi propia saliva y de repente me sobró toda la ropa.

Su voz, ese acento francés al que hasta la tarde anterior no había ni prestado atención y ahora era lo más erótico que había oído en mi vida. El muy carcamal estaba jugando conmigo y se le daba tan bien que no supe cómo defenderme.

—Esto… será mejor que coloquemos la ropa y bajemos… —dije después de inspirar profundamente para recuperar algo de cordura.

Cogí la maleta y la dejé sobre la cama mientras mi mente buscaba dispersar aquellos pensamientos y lo hizo pensando en que era una suerte que tuviéramos aquella costumbre de los pijamas, porque necesitaría alguno que se pareciera a una camisa de fuerza si tenía que dormir con él en aquella cama que, a medida que sacaba el vestido que llevaría para la ceremonia, me parecía haber encogido como un jersey de cachemir en la secadora.

—Winter… —No me giré al oírlo, solo cerré los ojos y seguí colgando el vestido para la boda en la puerta del armario—. Oye —dijo acercándose a mí hasta detenerse a mi espalda—. Solo intentaba…

—Lo sé. Solo es…

Miré hacia la ventana que estaba abierta, de ella me llegó el trinar de los pájaros, el olor de primavera a flores y hierba mojada y como nota de fondo el agua turbia del lago.

—¿Te arrepientes de que haya venido? ¿Quieres que busque una excusa?

—No —contesté sin detenerme a pensar en esa opción—. No, es solo que esto es raro, no solo estar aquí contigo, es… —No supe cómo continuar—. Solo necesito algo de tiempo para acostumbrarme.

—Pues deberás hacerlo rápido porque tiempo es lo que no tenemos, como tardemos unos minutos más en bajar tu padre es capaz de subir con el rifle *matapatos, mataliebres* o lo que sea que se cace por aquí.

—Tienes razón —admití dándome la vuelta.

—¿Tiene un rifle?

—No, tonto. Nunca ha sido un cazador, pero estuvo en el ejército y suele presumir de conocer bastantes técnicas de tortura…

—Lo dices como si fuera mejor opción… —Sonreímos—. Pero tranquila, no me desalienta. Podemos con ello, prometo hacerlo lo mejor posible.

Alcé la vista y me di cuenta de que para él tampoco debía ser fácil, pero parecía controlar mucho más la situación, y eso que era él quien, en palabras de mi padre, estaba en «territorio hostil».

—Gracias.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia y se dio la vuelta para sacar su traje y dejarlo colgado al lado de mi vestido; allí, los dos juntos, formaban una bonita estampa.

Se quitó la camiseta húmeda y se puso una camisa gris ceniza con el cuello interior negro —igual que los puños— en el tiempo que yo asimilaba que se estaba cambiando delante de mí. De hecho, verlo desnudo de cintura para arriba empezaba a ser una costumbre. Quise darle un beso. Y otro. Y otro más… Desnudarlo lentamente. Contarle las pecas. Descubrir si tenía cosquillas… Quería sentir su boca por todo mi cuerpo y hacer con la mía lo mismo. Carraspeé y volví a la realidad. No sé si se dio cuenta o no de mi momento fantasía erótica, pero parecía estar más pendiente de sacar de la maleta el neceser y los zapatos para la ceremonia.

Yo fui más recatada y me cambié en el baño. Opté por una blusa de seda blanca que me había regalado April las últimas navidades.

—¡Qué guapa! —dijo al verme entrar de nuevo—. ¿Te quitaste el churrete de grasa?

—Oh, qué vergüenza —gruñí al recordar la burlona risa de mi madre.

—Qué va, nos ha quedado muy auténtico.

Y como una muerta de hambre volví a recordar el beso y la sensación de su cuerpo pegado al mío… Hacía unos días era hambre a secas, pero me estaba volviendo más sibarita por momentos y solo lo deseaba a él.

Su risa rasgada fue lo que tiró de mí y me devolvió al presente.

—¿Y eso? —pregunté al ver las bolsas sobre la cama.

—Es el regalo de tus padres. —Me lo tendió y después de darle el dinero, lo escondí bajo la cama—. Y esto son unos detalles para ellos por su hospitalidad.

No me dio tiempo a contestarle porque oímos a mi madre gritarnos, desde la escalera, que bajáramos a tomar un aperitivo.

17

Cuando bajamos encontramos a mi familia sentada en el salón, esperándonos. La sala era pequeñita, con las paredes de piedra y una gran chimenea que presidía la estancia. Delante de ella había un sofá de tres plazas de cuero marrón y cuatro sillones, dos a cada lado. En una esquina había un aparador de roble, una reliquia de las tantas que había en la casa, y encima había un jarrón en el que siempre he visto flores frescas, sin importar la época del año. En otra pared habíamos puesto las estanterías llenas de libros que antes había en la biblioteca.

Estaba nerviosa, sabía que íbamos a ser el centro de atención todo el fin de semana y que una vez nos acomodáramos en el sofá empezaría un baile de miradas y preguntas. Mis ojos se encontraron con los de la abuela y algo cálido me envolvió. También un sentimiento de culpa me estrujó las entrañas. Me pregunté si realmente valía la pena aquella mentira. Pero la mano firme con la que Jean me sostenía me dio fuerzas para afrontarlos y llevar a cabo aquella farsa. Habíamos llegado hasta allí, no tenía sentido echarse atrás.

Mi madre nos ofreció algo de beber y nos dijo que estábamos solos porque June y Harry habían ido a casa de él a saludar a sus padres y que llegarían para la cena. Una vez servidos Jean les dio los regalos, mentalmente le agradecí el detalle porque sin querer había aligerado el ambiente. La primera en abrirlo fue la abuela.

—Winter me dijo que le gustaban las biografías, esta acaba de salir y es sobre Coco Chanel, espero que le guste. Dejé el tique

regalo por si…

Le encantaban los libros de esa temática, solía decir que le gustaba ver qué había hecho la gente con su vida.

—No lo tengo —lo interrumpió cogiéndole la mano a modo de agradecimiento—, me encanta, muchísimas gracias, aunque no tenías…

—Solo me apetecía. —Esta vez fue él quien no la dejó terminar.

«¿Cuándo se lo conté?».

Ni lo recordaba, a lo mejor lo había hecho la noche anterior.

Cuando volví a la realidad, mi madre estaba abriendo el suyo que era una caja de Rituals.

—Eres muy amable, gracias a ti voy a oler de maravilla para la boda.

El siguiente, y último, fue mi padre; a él le había comprado una botella de *whisky* de su marca favorita, un Laphroaig, de veinte años.

Me pareció excesivo. Estábamos fingiendo ¡por el amor de Dios!, y se había gastado más de doscientas libras en aquellos regalos. Lo miré desconcertada, pero ni se dio cuenta porque estaba pendiente de las reacciones de mi padre.

—¿Intentas sobornarme? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Oh, deja al chico tranquilo —le reprochó mi madre—. Dale las gracias, que todos sabemos que te ha encantado y estás deseando probarlo.

—Más que un soborno es una ofrenda de gratitud por su hospitalidad y mi forma de decir a un padre que estoy enamorado de su hija pred… pequeña.

—Puedes decir predilecta —dijo June entrando en el salón en ese momento—, lo tenemos asumido y no nos causa ningún trauma. Así que no tendrás trabajo con nosotras.

Todos nos levantamos para saludarlos y le presenté a mi hermana mayor y su marido. Se saludaron con besos, apretones de mano y un «bienvenido a la familia». Cuando mi hermana se puso delante de mí dijo, sin bajar la voz, sabiendo que todos iban a oírla:

—¿Ha dicho enamorado?

—*Padawan*[4], parece que esté a punto de pedirle tu mano —continuó Harry dándome dos besos e igual que su mujer sin una gota de vergüenza.

Eran la sutileza hecha persona. Y aunque sabía que solo buscaban provocarme, porque disfrutaban de mi turbación, caí en la trampa poniéndome roja como la camisa de mi padre. Pero mi cuñado, que era el que tenía más cerca, no se libró de un manotazo en el brazo.

—Aquí los únicos que se casan somos nosotros —añadió mi padre, y luego se giró hacia mi cuñado con el dedo señalándolo—. Harry…

Aunque solo hacía unos ocho años que estaban juntos, era casi como un hermano para mí porque las dos familias éramos muy cercanas. John, el padre de Harry, y el mío eran amigos desde siempre.

—¿Y para nosotros no tienes nada, *Papá Noel*? —Le chinchó June, dirigiéndose a Jean.

—Eh… no. Lo pensé, pero luego me dije que invitaros a unas pintas una noche de estas, mientras me hacéis un tercer grado, será suficiente.

—Winter, ¡me gusta cómo piensa este chico! —contestó ella—. Mañana por la noche.

—¡No vais a salir para tener resaca el domingo! No lo permitiré —afirmó mi madre.

—Es solo una copa. Parece que no nos conozcas.

—O que lo hace demasiado —dije con la boca pequeña porque ya conocía lo que significaba ir hasta el pueblo a tomar una y al salir del *pub* tener que llamarlos para que nos vinieran a buscar porque éramos incapaces de caminar la media milla que había entre el pueblo y el *cottage*.

18

Iba mucho mejor de lo que esperaba o había podido imaginar. La cena transcurrió entre risas y anécdotas. A pesar de que cuando nos sentamos a la mesa para cenar papá hiciera la broma sobre los *frogeater* (comedores de ranas) como solían llamar los ingleses a los franceses.

—Me debes diez libras —cuchicheó Harry a su mujer, pero que todos pudimos oír perfectamente.

—Papá me has hecho perder, pensaba que lo dirías mucho antes.

—¿Hicisteis una apuesta? —pregunté, pero sin sorpresa, de esos dos ya nada podía hacerlo.

—¡Hay un francés cenando en esta casa! Pensé que nunca lo vería —siguió mi hermana.

—¿Corro peligro? —preguntó Jean a la abuela que tenía sentada a su lado. Y por su tono, se notó que le seguía el juego.

—Tranquilo, hijo, este es como un caniche, ladra mucho pero nada más.

Lo más curioso es que, de los dos, era Jean el que parecía más cómodo con la situación. Estaba pendiente de mí como lo haría una pareja; me tocaba la mano, me apartaba el mechón que se escapaba de mi oreja… detalles que hacía que fuéramos el centro de atención. Y yo, por el contrario, estaba tan sobrepasada por todo que me olvidaba de él. A ver, entiéndeme, no me olvidaba de que estaba allí, mi cuerpo cada vez era más consciente del suyo y de su olor… me refiero a que estaba tan nerviosa que me olvidaba que debía fingir. Que tocarlo no estaba prohibido, ni tampoco mirarlo. Y

te juro que en más de una ocasión me quedé embobada escuchándolo hablar sobre su familia o cómo decidió ser psicólogo.

Nos contó que su abuela materna se mudó a vivir con ellos cuando su madre se quedó embarazada de las gemelas. Fue un embarazo de riesgo y pasó meses tumbada en la cama mientras la abuela cuidaba de él. Después, cuando nacieron, necesitaron tantos cuidados que no fue capaz de marcharse y dejar a su hija sola; al final se habían habituado tanto a vivir juntos que se quedó con ellos.

—Si le preguntas a mi padre te dirá que al criarme rodeado de mujeres aprendes a escuchar y callar. Yo diría que me dedico a esto porque me apasiona el razonamiento de las personas, sus mentes.

—Pero los niños… —lamentó mi madre. Ella sabía de mi empatía con los alumnos, solía ser mi confesora en ese sentido.

—Tendemos a infravalorar sus problemas. Los minimizamos como si tuviera algo que ver con la edad. Su problema principal es que muchas veces ellos mismos no son conscientes ni saben entender o explicar cómo se sienten. Ahí también entra el trabajo de los profesores —dijo, cogiéndome de la mano.

—¿Pero no te vuelves loco al tener que escuchar todos esos problemas cada día? No me refiero a los niños, en concreto, hablo de tus pacientes en general —siguió June.

—Hay de todo, claro. Realmente el trabajo de un psicólogo no es resolver el problema, sino dar las pautas para que uno mismo lo resuelva. Muchas veces es un desequilibrio de emociones… Soy algo así como el chef que ayuda con las dosis para que la vida sepa lo mejor posible.

—Es una bonita forma de verlo —afirmó la abuela y levantó su jarra de cerveza brindando al aire antes de darle un sorbo.

La conversación dio un giro de ciento ochenta grados cuando mi padre, sin venir a cuento y a bocajarro, le preguntó si su intención era casarse conmigo solo por miedo al Brexit.

—Papáá… —refunfuñé, poniendo los ojos en blanco.

—MALCOLM DAVID CLARK —dijo la abuela señalándolo con el dedo—, ¡cuidadoooo!

—Es una pregunta muy normal. Es un tema que nos afecta a todos.

—Con quien me case es solo de mi incumbencia —repliqué a mi padre.

—Me refiero al Brexit —me aclaró él.

—A lo mejor se casan y se van a vivir a Francia —continuó June, con su don para liarla más.

—¿Te vas a llevar a mi niña al continente? ¿Vas a marcharte con él? —exclamó mi padre dando un golpe sobre la mesa que estuvo a punto de romper toda la cristalería.

—Tema tabú —sentenció mamá poniéndose en pie y haciendo el gesto de tiempo muerto típico del baloncesto—. No quiero oír hablar de esto durante este fin de semana.

—No me importa, de verdad —dijo Jean, del todo cómodo. Se limpió con la servilleta y miró directamente a mi padre—. Solo hace un mes que estamos juntos, y no sé dónde nos llevará esto —dijo tomando mi mano y dejando un beso en la punta de los dedos sin dejar de mirarme—, lo único que sé es que no tiene nada que ver con papeles. Ni tengo pensado volver a Francia. Entiendo que los británicos quieran largarse de Europa, siempre habéis sido diferentes.

—¡Ves, un sensato! —exclamó mamá.

—Ahora ya no es tema tabú, ¿verdad? —le replicó mi padre—. Es galesa y está a favor de salir. Yo no, creo que nos interesa mantenernos dentro.

La discusión se volvió totalmente política y eso que intentamos evitarlo, pero el caso es que se fue torciendo y liando hasta terminamos hablando de la monarquía. A Jean, como francés y republicano, le costaba entender que en el siglo XXI aún se mantuvieran esos cargos. Estaba interesado en conocer la opinión de mi madre como galesa, y le preguntó si sentía la reina Isabel

como su monarca. Ella le contestó que sí (a pesar de no sentirse inglesa) y le contó una famosa leyenda:

—Cuando Gales fue conquistada por los ingleses, le pidieron al rey un príncipe que fuera nacido en Gales y que no hablara ni francés ni inglés. La jugada del rey fue poner a su hijo recién nacido, que por tanto no hablaba ningún idioma, como príncipe de Gales. Título que ahora ostenta el *orejudo*.

—Una jugada magistral. Me gusta eso de vosotros, tenéis esa sutileza hasta en el humor.

En los postres la conversación volvió a centrarse en Jean y su profesión. Mi padre había cocinado su famoso *crumble* de ciruelas, de cosecha propia. Hacía años que él llevaba la cocina del *cottage*, con dos ayudantes. La abuela solía estar por allí aunque cada vez menos. Los dos eran unos grandes cocineros que seguían siendo fieles a las recetas tradicionales que mi padre había aprendido de la abuela y ella de su madre y así generaciones. A ellos se les había unido Luke, quien cada vez que estaba de visita solía pasar los días encerrado en la cocina aprendiendo aquellas recetas familiares. Parecía que los tres disfrutaban de aquellos encuentros.

Harry era el que más interesado estaba en la profesión del terapeuta. Nunca le agradecí que aquella noche tuviera su nivel de curiosidad rozando las nubes porque hizo que la primera cena en familia se pasara en un suspiro.

—Una vez receté a un paciente que fuera al cementerio a llorar, es de los pocos sitios que puedes hacerlo y nadie te dirá nada. La gente ve las lágrimas como una debilidad, y a veces dejar que el cuerpo se vacíe a través de ellas es un gran alivio. Algunos reprimen esas ganas y aún es peor. Si necesitas llorar, hazlo. No te avergüences, no eres débil, simplemente intentas liberarte. Igual que chillar.

—¿Y a esos que les recomiendas?

—Una piscina —contestó serio a la pregunta que le había formulado mi padre.

—¿Perdón?

—Tírate a una piscina y grita bajo el agua. Es liberador.

—Si no te ahogas antes.

19

En cuanto cerré la puerta de mi habitación tras de mí, apoyé la espalda en ella y me dejé caer hasta que mi culo quedó aplastado contra la madera del suelo. Inspiré profundamente y antes de soltar el aire lo retuve unos instantes para que al soltarlo también lo hiciera aquella congoja.

Estaba agotada.

Mentalmente.

Físicamente.

Me dolían hasta las pestañas de la presión en la que llevaba viviendo todo el día.

—¿Quieres ir tú primera al baño? —Como no pude contestarle porque seguía expulsando el aire, se dio la vuelta y en cuanto me vio corrió y se agachó frente a mí—. Winter…

—Estoy bien, solo necesito un minuto.

—¿Quieres que te deje sola?

Lo pensé, pero la idea no me atrajo en absoluto. Jean tenía algo, su sola presencia era un bálsamo. Era mi propio ruido de lluvia. Una cucharada de mi helado favorito. Era la sensación del sol en la cara un cálido día de invierno.

Tenía la sensación de sentirme más fuerte a su lado, capaz de afrontarlo todo.

—No, quédate, por favor.

No lo vi, pero sentí una débil sonrisa formarse en sus labios antes de sentarse a mi lado, muy cerca, tanto que mi lado derecho entró en contacto con su izquierdo. Nuestros cuerpos se tocaban y lo

hacían con naturalidad, como si fueran los primeros en darse cuenta de que, al menos en ese sentido, no había ningún tipo de teatro.

—Gracias por lo de abajo. Ha ido tan bien que a veces olvidaba que todo es una mentira.

—No he hecho nada especial.

—Lo has hecho todo, y más. Te has pasado con los regalos, no debías gastarte tanto dinero. Me parece abusivo. Te meto en este jaleo y encima… me siento culpable.

—No deberías. Fui yo quien lo planeó. Cogí tu teléfono y contesté sin tu permiso lanzando una bola a tu madre que aún no sé muy bien cómo se me ocurrió o por qué lo hice.

—¿Te arrepientes? —Alcé la cabeza hacia él. Tardó un poco en contestar, sus ojos azules atraparon los míos y hasta casi me olvidé de la pregunta—. La verdad, por favor.

—No. —Buscó mi meñique con el suyo y se agarró—. Solo que me siento culpable por haberte metido en este lío, obligarte a embarcarte en esta farsa. Siento que como terapeuta me he equivocado…

—Parece que también hay un pero… —susurré.

—Lo hay. Pero como amigo me gusta estar a tu lado y ayudarte. Y tu familia me ha encantado, me he sentido a gusto, y eso que soy francés —rio.

—Te agradezco de corazón que estés aquí. —Apoyé la cabeza en su hombro y suspiré.

El silencio se apoderó de nosotros y nos envolvió dando al momento una cautivadora intimidad.

Estaba tan cómoda que solté un bostezo.

—Será mejor que nos acostemos…

—En la misma cama —dije entre dientes al tiempo que me ponía derecha.

Él se levantó y me tendió la mano para ayudarme.

—Dormir en pareja tiene grandes beneficios que seguro te van bien; por ejemplo reduce el estrés, combate la ansiedad y depresión, mejora el humor, ayuda a conciliar el sueño…

—Eso te lo acabas de inventar. No veo en que puede ayudar a conciliar el sueño oír los ronquidos de tu pareja…

Rio al tiempo que se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos.

—No me he inventado ni una palabra. Los estudios también afirman que fortalece la relación y que da confianza…

—Sí claro, confianza para echarte un pedo y que nadie se alarme…

Entonces la risa se convirtió en carcajada mientras sacaba de la maleta un pijama. Lo alzó en alto para que lo viera:

—¿Crees que está a la altura de vuestro eterno concurso?

Constaba de una camiseta gris de manga corta con dibujos de Marvel y el pantalón, largo y liviano, tenía un estampado multicolor y muy vistoso con todos sus superhéroes.

—Es perfecto; para ser tu primer intento —terminé en tono provocador.

—Lo compré hoy mismo cuando fui a buscar el resto.

Me pregunté de dónde demonios había salido un hombre así, tan atento en los detalles. Se había molestado en pensar unos regalos para mis padres y la abuela, con mucho acierto, la verdad. Y se compraba un pijama solo porque en algún momento le hablé de aquella tradición. No sabía cómo conocía todos aquellos detalles, luego caí en que lo más probable fuera que se lo contara la noche anterior.

—¿Quieres ir tú primera al baño?

—No, ve tú.

Cogió también el neceser y salió de la habitación sin hacer ruido. Me desnudé deprisa para ponerme mi pijama; era verde, tanto el pantalón pirata como la camiseta de manga larga que encima tenía una capucha y era lo que lo hacía especial porque era la cabeza de una rana. Me puse los pantalones y una camiseta básica blanca. Sabía por experiencia que era incomodísimo dormir con algo que tuviera capucha… o cola…

—¿De qué te ríes? —me preguntó cuando volvió. Y no fue hasta que lo mentó que me di cuenta de que estaba sonriendo.

Como respuesta me encogí de hombros, cogí mi neceser y pasé por su lado para ir al baño.

—O yo me he pasado con mi atuendo o tu pijama me resulta demasiado… soso como para ganar.

—Es que no lo has visto entero. Tendrás que esperar a mañana.

—Lo estoy deseando —murmuró cuando estaba cruzando la puerta, lo dijo tan flojito que me pareció que lo había soñado.

20

La cama no era pequeña. Era minúscula.

Él ya estaba metido cuando llegué del baño, estaba nerviosa y no sabía ni cómo actuar. Era mi habitación. En ella jugué a las casitas, dibujaba animales y cielos estrellados, soñé con días de verano en el río… Después crecí y ellos también se hicieron mayores y me pasaba las noches imaginándome con él… Aquella cama solo la había compartido con Winny, el osito que heredé de June. Al que le faltaba un ojo pero que nunca me importó porque no hay nada más achuchable en el mundo que aquel peluche. Mamá nos llamaba WinWin porque decía que pasé una época en la que iba a todas partes con él.

Miré hacia la estantería que tenía al lado de la puerta y lo observé, allí, acurrucado, medio de lado. Hacía años que no le prestaba atención, pero no parecía disgustado, al contrario, creí ver que sonreía. Vale, de acuerdo, aquella farsa estaba dejándome sin neuronas. O puede que estuvieran algo afectadas por la cantidad de cerveza que había bebido durante la cena.

Volví a mirar hacia la cama, hacia él y todo quedó olvidado y en mi mente solo hubo espacio para un nombre compuesto, Jean Pierre. Aunque solo fuera en mi mente llegaba a paladear su nombre, tenía toques a vino de barrica con una sutil esencia de algo prometedor. No entendía que me fuera tan fácil olvidar que lo que había entre nosotros era solo una farsa. Pero había algo en su forma de ser, en esa que estaba descubriendo a la velocidad de la luz, que me tenía hipnotizada.

—Deja de dar vueltas —dijo en tono burlón—. Solo es una cama y te prometo que no muerdo.

«Pues es una lástima» gritó una parte de mí que estaba despertando del coma.

Sí, lo mejor era correr, meterme en la cama, apagar la luz y rezar para que el sueño llegara pronto y con él un nuevo día. Dejé la ropa y el neceser sobre la silla y rodeé la cama. Me había dejado el lado más cerca de la ventana, apartó el nórdico como invitación. Me tumbé dándole la espalda y pegándome lo máximo posible al borde de la cama.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Winter.

Apagué la luz. Y en la oscuridad su presencia se hizo aún más grande. El silencio solo era interrumpido por el *frufru* del nórdico al movernos. La cama era minúscula y los dos éramos altos. Había demasiadas piernas y su olor… Mi madre era de las que gastaba medio bote de suavizante en cada lavado y al taparte con la sábana parecías hacerlo rodeado de Mimosín, pero aquella noche había un olor que lo eclipsaba. Uno masculino que tenía locas a mis hormonas.

Aunque intentábamos mantener la distancia, estábamos muy juntos.

También se oía nuestra respiración, la suya parecía más calmada que la mía e intenté seguirle el ritmo para apaciguarla. Bostezó. Lo imité porque ya se sabe que es casi imposible no hacerlo si el de al lado lo hace.

Suspiré por la nariz.

Un silencio largo.

Un par de bostezos más.

Me pregunté en qué estaría pensando.

—¿En qué piensas?

Reí.

—Me estaba haciendo la misma pregunta.

—Es raro.

—¿No estás cómodo? —Me giré para darme la vuelta y quedar hacia él.

Aunque estábamos sumidos en una semioscuridad, mis ojos se esforzaron para verlo. Intuirlo, mejor dicho. No logré más allá de saberlo panza arriba con la cabeza vuelta hacia mí.

—Al contrario, es eso lo raro. —Noté como se daba la vuelta para estar cara a cara. Movió las piernas y tocó mi pantorrilla—. Perdona.

—No pasa nada. De verdad, ponte cómodo.

—Lo estoy. —Hablaba en susurros y su voz sonaba aún más rasgada hasta el punto de erizarme toda mi feminidad.

Y me di cuenta de que yo también estaba cómoda. Que de alguna forma aquella intimidad, que habíamos compartido en el coche y que ahora habíamos llevado al extremo, era agradable. Y si estaba nerviosa, obviando que iba a encontrarme con el innombrable y que no sabía si estaba preparada para ello, era por las expectativas. Ansiedad por saber si volveríamos a besarnos…

—¿Qué planes hay para mañana? —me interrumpió antes de que empezara a ponerme a divagar soñando con el beso.

—Nada especial. Había pensado que por la mañana podríamos ir a dar una vuelta y enseñarte el pueblo, tengo que llevar el coche al taller por lo de la rueda. Supongo que por la tarde habrá más jaleo preparando las cosas para la ceremonia.

—Me encanta el plan —dijo antes de moverse y el espacio entre los dos aún quedó más reducido.

Casi sentía su aliento en mi cara.

Pensé que en aquel hueco cabía una mentira, como la que lo había traído hasta allí. Pero de repente en aquel minúsculo espacio cabíamos los dos dándonos el «sí, quiero», un par de niños parloteando un mix inglés-afrancesado y hasta un perro. Tenía su propia esencia, olía a veranos en la playa y mañanas de crepes de chocolate. Vislumbré un paseo por París, un beso en lo alto de una noria. Cabían noches de peli y chino; y mañanas de lluvia entre sábanas bordadas.

Solté un suspiro.

—Intenta dormir —musitó acercándose lo suficiente para darme un beso en la frente.

—Que descanses —dije sin abrir los ojos, degustando la sensación de sus labios sobre mi piel y la paz que me habían provocado aquellas imágenes a las que seguí dando vueltas hasta dormirme.

21

Estaba tan cómoda que, aunque desperté no abrí los ojos, me quedé en aquel duermevela disfrutando de la sensación tan cálida que me rodeaba. Hasta que mi cerebro se fue desperezando y fui consciente de que esa calidez provenía de un cuerpo. Tenía la cara pegada a un pecho, masculino para más señas, mis piernas estaban mezcladas con dos más, una mano me cubría el pelo y otra la cintura.

«Dios…».

Alcé los párpados y unos pelos suaves me hicieron cosquillas en la cara.

¿Cuándo se había quitado la camiseta?

¿Cómo diablos habíamos acabado durmiendo abrazados?

No recordaba la última vez que había dormido tanto, ni tan bien.

Joder, qué bien se estaba.

Cada vez era más consciente de su cuerpo rodeando el mío o del calor de su piel que había conseguido reducir a nada mi pijama.

No me moví, seguí saboreando aquella sensación.

Jean dormía plácidamente, me quedé hipnotizada escuchando su respiración y el latido de su corazón pegado a mi oído.

Podría acostumbrarme a ello.

Un ruido me desconcertó hasta que vi la puerta abrirse y una sombra entrar con dos tazas en la mano. Me incorporé de golpe al tiempo que soltaba un grito:

—¡Papáá!

—*Oh my god*, me había olvidado de que él estaba aquí.

Él, Jean, se había despertado con mi grito y se había sentado de golpe mirándonos sin acabar de entender qué pasaba.

Mi padre siempre había tenido la costumbre de venir por las mañanas a mi habitación, sabía que solía madrugar pero que también prefería quedarme en la cama leyendo en lugar de bajar a desayunar. Solía decir que era nuestro ratito. Años atrás lo hacía con un té para él y un chocolate para mí. Luego se volvieron dos tazas de té, pero seguía acudiendo cada mañana. Se tumbaba a mi lado y hablábamos de cualquier cosa.

—Lo siento, será mejor que me vaya. Ya hablaremos más tarde.

Lo vi darse la vuelta, dubitativo.

—¿Querías algo en especial? —le pregunté.

—Sí, pedirte…, pediros un favor.

—Sabes que haré lo que quieras.

Me miró y con un gesto le di permiso para aproximarse, cerró la puerta antes de acercarse a la cama.

—Esto… Espero que te guste el té —dijo tendiéndonos una taza a cada uno.

—Claro que le gusta. Gracias, papá.

Los dos le dimos un sorbo; ni siquiera era capaz de mirar a Jean a la cara. Me daba vergüenza que supiera que habíamos dormido abrazados… En el caso que no se hubiera dado cuenta, que lo dudaba porque cuando me había incorporado tan deprisa me había apoyado en él.

Saber qué quería mi padre solo fue una mera estrategia para alargar el momento de «la mañana siguiente» que, si ya solía ser normalmente incómodo, aquel rozaba el súmmum.

Mi padre carraspeó un par de veces y luego se sentó a los pies de la cama, a mi lado.

—Tu madre me ha repetido hasta la saciedad que no quería mucha pompa para la boda. No quiere ni que decoremos la sala, pero cuanto más lo pienso menos me gusta la idea, por lo que he pensado que podríais ir hasta el pueblo y ver si podéis conseguir algunas flores o algo para engalanar un poco, nada exagerado. Le

pedí a Marge que se encargara de elegirle un ramo. Lo digo por si quieres llamarla para saber qué ha escogido.

Marge y John era los mejores amigos de mis padres. Tenían una gestoría en el centro del pueblo, también eran los padres de Harry… y del innombrable.

Sacudí la cabeza para desprenderme de aquel giro de pensamientos.

—Tengo que llevar el coche al taller de Isabel, y después habíamos dicho de ir a dar una vuelta por el pueblo, podemos aprovechar.

—Cuente con ello. —Le aseguró Jean.

Teníamos una tarea a realizar y eso requería concentración y tiempo a dedicarle. Era perfecto para ahuyentar todo lo demás (y que me negaba a poner nombre).

—Gracias. Por el coche no te preocupes, yo me encargo.

—Perfecto, gracias —dije y luego se me ocurrió algo—. Estoy pensando que podrías hablar con Harry para que prepare algo de música.

Era el melómano de la familia, conocía todo tipo de género y solía ser el que hablaba de nuevas canciones y quien nos preparaba las listas de reproducción, y antes de eso, los cedes para el coche.

—Oh, buena idea, se lo voy a decir —dijo levantándose de golpe.

—Papá —lo llamé cuando ya llegaba a la puerta.

—¿Sí?

—Espera a que se levante. —Reí y oí a Jean copiarme.

—Eh, claro, disculpad la intromisión y gracias.

22

En cuanto oí el clic de la puerta al cerrarse, de forma sigilosa para que nadie supiera que había estado en la habitación, me dejé caer para atrás y escondí la cara entre las manos.

Noté como el colchón cedía cuando me copió y se mantuvo en silencio hasta que exploté.

—Lo siento, es algo entre los dos. Siempre viene al amanecer.

—Ni él se acordaba de mí, ni yo de dónde estaba.

Me sentó fatal, con lo bien que estaba yo acurrucadita contra su cuerpo y él… roncando.

—¿Lo he soñado o hemos dormido abrazados? —preguntó, después de un bostezo.

Asentí con la cabeza sin mirarlo.

—¿Por qué vas sin camiseta?

Por un momento me imaginé a mí, en un ataque primitivo sexual, arrancándole la ropa para poder morderlo sin impedimentos.

—Tenía calor, creo que voló a media noche. —Los dos la buscamos con la mirada, había aterrizado al lado de la ventana.

—Bueno, sin querer —dije para especificar que no era consciente de mis actos— hemos creado el escenario idóneo: abrazados, yo babeando sobre tu pecho… la imagen ha *colao*.

Ladeé la cabeza para verlo mejor, se miró el pecho y luego a mí. Se echó a reír de una forma cómplice y natural, muy bonita.

—Buenos días —susurré cuando se dio la vuelta y volvimos a quedar cara a cara.

La luz del amanecer bañaba la habitación con una luz tenue y rosada. Me miró con vehemencia y se me olvidó hasta la halitosis matinal.

—Hola. ¿Has dormido bien?

—Fatal —exageré—. Eres de los que se quedan dormidos al segundo de apoyar la cabeza en la almohada. No lo entiendo, ¿es que no pensáis en nada? No sé en facturas por pagar, si habéis tendido la ropa, desear estar en alguna playa paradisíaca tomando el sol, planes para el sábado… La paz mundial… Algo… Pero eso de desconectar tan rápido del mundo no me parece sano. Y roncas.

Se hizo el ofendido, pero acabó sonriendo de medio lado.

—Dice la que duerme como una estrella de cinco puntas en un mar de sábanas…

Nos reímos flojito, intentando no hacer mucho ruido.

—He dormido de maravilla. —Alargó la mano y me apartó el pelo de la cara, en un gesto tierno—. ¿Y tú?

—También —balbuceé sonriendo, en cuanto dejé de sentir sus dedos en mí, lo eché de menos. Quería más.

—Te lo dije, son los beneficios de dormir acompañado. ¿Ves como la cama no era tan pequeña? —bromeó.

Claro, porque habíamos acabado casi el uno sobre el otro.

Preferí cambiar de tema.

—¿Te molesta que tengamos que buscar flores para la decoración? Puedo entender si prefieres quedarte, puedes hacer el perezoso en la cama, bajar a la biblioteca del hotel, dar una vuelta por la finca… Hay bicis en el cobertizo, lo que te apetezca.

Me silenció poniendo su dedo en mis labios y, aunque no me atreví, me entraron ganas de mordisquearlo, lamerlo…

¡Dios, ese hombre despertaba mi parte más salvaje y caníbal!

—Estoy deseando que me enseñes el pueblo, como habíamos acordado. Y me encantará ayudarte en la tarea de buscar la mejor decoración… Por cierto, conociendo un poco a tu madre y viendo que parece ser una mujer con las ideas claras, ¿crees que es buena idea?

Me eché a reír, la había calado rápido.

—Seguro que se quejará, es propensa a ello; pero en el fondo opino como él, sé que le hará ilusión que queramos hacer lo posible para que sea un día bonito.

—Pues será mejor que nos vayamos levantando, tenemos trabajo.

—¿Quieres ir tú primero al baño?

—Eh… mejor si vas yendo tú… —Y miró hacia abajo sonriendo. Sin mediar palabra me levanté escopeteada sin querer pensar en su insinuación.

23

Aquel sábado de finales de mayo amaneció radiante. Habíamos desayunado solos, parecía que el resto de los habitantes de la casa habían madrugado más que nosotros, lo bueno fue que nos habían dejado la mesa repleta de comida. Zumos, fruta, el famoso *porridge* de la abuela. El *cottage* ese fin de semana estaba cerrado así que imaginé que mis padres estarían ocupados con los preparativos de la boda.

Cuando salimos mi coche ya no estaba allí, fuimos al cobertizo a por las bicis pero tampoco estaban, seguro que June y Harry las habían cogido. Llevaban un tiempo que los dos habían dejado de fumar y para compensar los kilos que estaban cogiendo habían empezado a correr e ir en bici. Y parecía que le habían cogido el gusto porque ese mismo verano pensaban participar en su primer duatlón.

Jean sugirió que fuéramos a pie, la temperatura era primaveral e incitaba a pasear y disfrutar del sol. Y ahí estábamos entonces, uno al lado del otro, caminando hacia el centro del pueblo que quedaba a escasos cinco minutos. Le conté anécdotas de mi infancia como aquella vez que June encontró un erizo (tenía un radar para encontrar todo tipo de animales) al volver de la escuela y quiso llevarlo a casa.

—Según ella el bicho «tenía hambre y frío». Hasta ahí de lo más normal con June, pero cuando vio que no podía llevarlo en las manos no se le ocurrió mejor transporte que meterlo en una de mis nuevas botas de lluvia. Eran verdes con topos amarillos y me

encantaban. Como hermana pequeña, estrenaba muy pocas cosas, todo solía ser heredado. Yo debería tener unos cuatro años y no le vi mayor problema, y más cuando al quedarme descalza me prometió que me llevaría en brazos hasta casa. Me gustaba que me llevaran a cuestas, y hacía tiempo que no lo hacían porque decían que ya era mayor, a pesar de que se pasaban la vida diciendo que era un alambre y que tenía que comer más. Sobre todo la abuela. En fin, llegamos a casa… y bueno… resulta que un erizo es peor que una mofeta, que la castigaron una semana sin tele y yo tuve mi primera rabieta cuando me dijeron que me quedaba sin botas porque aquel tufo no había forma de quitarlo.

Reímos con la anécdota y se burló de mí, aunque ahora soy incapaz de recordar qué me dijo, un instante después me quedé paralizada y con la boca abierta cuando noté sus dedos enlazándose con los míos. Cuando me vio, él también se paró.

—Por si alguien nos ve —dijo guiñándome un ojo.

—¿No te estarás aprovechando? —De un paso eliminé la distancia entre los dos y alcé las manos a la altura de nuestros pechos.

Aquella mañana estaba realmente atractivo, mi padre solía decir «hoy tienes el guapo subido» y era exactamente lo que le pasaba a Jean. Llevaba unas zapatillas Munich (en tonos grises y *beige*), unos vaqueros que por el desgaste reflejaban que debían ser unos de sus favoritos y una camiseta sencilla de color azul marino. Me di cuenta de que solía vestir con colores oscuros y no me sorprendió porque realzaban sus ojos… A todo él a decir verdad.

—¿Y si fuera así? —murmuró sobre mi mejilla, como si me contara un secreto que no quería que nadie más oyera.

—Te pediría que no dejes de hacerlo.

Cuando se apartó, sus ojos buscaron los míos atrapándolos en su red. El pulso se me aceleró por las repentinas ganas de besarlo que me entraron. Y creo que a él le ocurrió lo mismo porque su mirada se deshizo de la mía para concentrarse en mis labios, donde noté un cosquilleo, como si pudiera sentir cómo me besaba mentalmente.

Era la primera vez que me ocurría y me desconcertó tanto que sacudí la cabeza y emprendí el paso de nuevo.

No podía dejar de pensar en cómo me había sentido al despertar encima de él, había sido tan natural que me tenía del todo desconcertada. Me pregunté si sería normal, si solo era la sensación por dormir junto a un cuerpo caliente o era mucho más. Y no sé cuál de las dos opciones me daba más miedo.

El pueblo tenía el mismo encanto que cualquiera de la zona, aunque no fuera tan conocido como podía ser Bibury (y su callejuela al lado del río Coln que era una de las imágenes más representativa de los Cotswolds) o Castle Combe; otro al que solían acudir muchos turistas era Stratford Upon Avon para visitar la casa de Shakespeare.

En Kingham todas las casas eran de ladrillo (algunas incluso seguían manteniendo el tejado de paja), con jardín, tanto delantero como trasero, y muchas flores decorando el paisaje. Lo que más sorprendía a los forasteros era que no había ningún edificio alto; lo mismo ocurría en el resto de los pueblos de la zona. No había nada que desentonara y hacía que fuera fácil imaginar que un siglo o tres atrás, la imagen sería la misma.

Fuimos a la única floristería que había, que más bien era un *garden*. La dueña, Ms. Robinson, había sido la primera novia de papá cuando tenían dieciséis años y aunque solía ser muy simpática, a veces sacaba el rencor a pasear. Y solía ser de lo más inoportuno, como lo fue aquella mañana. La mejor amiga de mi madre, Marge, que era muy mística y estaba enganchada al yoga solía decir que Ms. Robinson tenía el don para desordenarle los chacras.

Nada más entrar se acercó a saludarnos y después de las preguntas de rigor, porque hacía tiempo que no nos veíamos, le conté lo que buscábamos. Fue asintiendo con la cabeza y sonriendo hasta que soltó:

—Qué cosas, eso de volverse a casar… Pensaba que la próxima boda en esa casa sería la tuya…

Y allí estaba la pulla que soltó como si nada, pero que yo noté como se me clavaba aquella flecha directamente entre las costillas.

—Pronto —salió Jean en mi defensa, pasándome un brazo por la cintura y besándome el pelo—, entonces, ¿sobre las flores?

Ella le sonrió, y de repente volvió a ser amable y servicial, como se la conocía en el pueblo.

—Lo siento, chicos, pero tengo muy poca cosa. Estamos a sábado y al ser festivo el lunes no he repuesto la mercancía. Pero podemos echar un vistazo y a ver qué se nos ocurre.

Hice como ella, me tragué las ganas de marcharme y pensé solo en mis padres, antes de soltar un «gracias».

Ella asintió y nos invitó a dar una vuelta por la tienda. Tenía razón, las mesas que normalmente estaban llenas de flores, estaban vacías excepto una. Había plantas de interior, pero no veía nada como para una decoración nupcial.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Jean.

—En las hogueras de San Patricio —respondió ella por mí y luego empezó a enumerar en voz alta las ideas que acudían a su cabeza—: tréboles, duendes, cerveza…

—¡No veo a duendes verdes en una boda!

—Pero podríamos hacer unos ramos altos con helechos y hojas grandes muy verdes y darle un toque de color con flores… —Siguió la florista.

—Podríamos poner velas que simbolizaran la hoguera —añadió Jean.

Aplaudí, contenta.

—¡¡Oh, me gusta, es perfecto!!

Y así fue como pasamos las dos horas siguientes; a pesar del malicioso comentario inicial luego la florista fue de lo más amable, hasta nos dejó que nos encargáramos nosotros de diseñar los ramos.

Al salir le di un beso en la mejilla y le agradecí, no solo que estuviera allí, sino como me había defendido dentro y su buen gusto e ideas a la hora de diseñar una decoración para la boda de «sus suegros».

—Tengo la sensación de no saber nada de ti —dije cuando empezamos a andar. Nuestras manos se buscaron de nuevo, como si ya fuera una costumbre. Era agradable y reconfortante.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Por una vez yo escucho y tú hablas? —Reí.

—Entonces será mejor que te invite a comer.

—Me parece bien, ya hemos terminado con nuestro encargo. Pero invito yo, me parece lo mínimo después de que te niegues a que te pague los regalos de ayer. Deja que llame a casa…

Durante el desayuno había insistido en pagarle aunque fuera una parte de los regalos, pero no había conseguido que aceptara.

—No hace falta. Mientras estabas en la ducha, he abierto la ventana y he visto a tu abuela, hemos hablado un rato y le he dicho que te invitaría a comer.

—¿Entonces? —pregunté con el ceño fruncido.

—Solo era una excusa. —Tiró de mi mano y cuando vio que no sabía la dirección volvió a detenerse—: ¿Izquierda o derecha?

Reí de nuevo y esa vez fui yo quien tiró de él hacia la derecha.

24

—¿No lo echas de menos? —me preguntó después de despedirnos de la tercera persona con la que nos deteníamos a hablar desde que habíamos salido de la floristería. Hacía meses que no paseaba por el pueblo, las últimas veces que había ido no había salido del *cottage*. Era un pueblo de mil habitantes donde todos nos conocíamos, para lo bueno y para lo malo.

—¿El qué?

—Vivir aquí.

Vi *flashes* de mi infancia y adolescencia en cada rincón en el que fijaba la vista. Aquellas calles y mucha de la gente con la que nos cruzábamos formaban parte de mis recuerdos.

—Siempre me ha gustado, soy más de campo que de ciudad. June es de las tres la que tenía claro que no se quedaría.

—¿No has pensado en volver?

—A veces. Cuando me imagino el futuro… Me crie jugando en el jardín, explorando los alrededores… y me gustaría darles lo mismo a mis hijos.

—¿Metiendo erizos en las botas?

—No te burles, que es un trauma. Me encantaban aquellas botas… —suspiré melancólica y divertida a partes iguales.

—Todo el mundo merece una niñez así.

Asentí antes de preguntarle por la suya.

—La recuerdo bonita. Las gemelas lo revolucionaron todo. Ya en el embarazo con la llegada de la abuela. Después al nacer prematuras necesitaron mucha atención y pasaron más de un mes

en el hospital, con mis padres yendo y viniendo siempre hechos un manojo de nervios. Recuerdo el día que llegaron a casa, era tan pequeñas… ¡mi prima tenía muñecas más grandes! Todos nos volcamos en ellas y reconozco que desde siempre han jugado esa baza y se han aprovechado, sobre todo conmigo. Pero nunca me importó que mi Black Panther o Thor fueran los nuevos Ken, porque este nunca les gustó. Ahora que lo pienso desde canijas que han tenido un gusto algo… curioso.

Estaba muy mono cuando hablaba de su familia, su rostro mostraba esa ternura y sus palabras tenían ese cante a recuerdos bonitos.

Llegamos a The wild rabbit, nombrado el mejor *pub* en 2015 por la Guía Michelín. El pueblo, a pesar de ser pequeño tenía dos gastropubs de muy alta calidad y reconocidos en todo el país. El exterior seguía el estilo de todo el pueblo; la fachada principal, igual que en casa, estaba prácticamente cubierta por glicinas que en aquella época del año estaban exuberantes y su fragancia resultaba embriagadora. El interior tenía un estilo rústico (muy cabaña de montaña), con una gran chimenea. Siguiendo el estilo de los *pubs* británicos, las mesas y sillones formaban pequeños rincones que hacían que te sintieras un poco como en casa.

Tuvimos suerte y encontramos una mesa vacía en la terraza, el ambiente era de lo más distendido y tenía un toque floral de las jardineras que lo rodeaban. El camarero llegó enseguida, pedimos dos pintas Bobby (una cerveza hecha en los Cotswolds) y nos dejó la carta que consistía en un menú de temporada con productos de la zona.

—¿Y tú has pensado en volver? —pregunté cuando volvimos a quedarnos solos.

—A día de hoy solo se me ocurren motivos para quedarme. Los echo de menos, pero me gusta mi vida aquí.

El camarero nos trajo la bebida y nos tomó nota de nuestro pedido.

—¿Los ves a menudo?

—Me escapo en vacaciones o viene alguno de ellos. Estar fuera tiene sus ventajas, pocas peleas, te miman cuando vas… Es diferente pero no por ello malo.

Cuando nos trajeron los segundos platos: trucha de Bibury marinada y curada con remolacha patrimonial, *wasabi* inglés y berro amargo (para él) y *risotto* de tomate Heritage, queso Berkswell, habas con rábano (para mí) tenía toda la sensación de estar en una cita. La forma que tenía de hablarme o de mirarme, en cómo me ofrecía su tenedor para probar su plato… Y no puedo negar que me sentía de lo más halagada con sus atenciones.

—¿Estás tonteando conmigo? —pregunté después de probar su trucha.

—Estamos en los Cotswolds de viaje de novios. —Cogió su pinta para darle un buen trago.

—Nadie nos ve —susurré mirando hacia los dos lados.

—No me importa. ¿Puedo confesarte algo? —Se inclinó hacia delante.

—Lo estoy deseando.

—Algunos estudios dicen que cuando se finge es cuando somos realmente nosotros porque nos quitamos los prejuicios y que, en realidad, solemos llevar una máscara la mayor parte del tiempo.

—¿Esa era tu confesión? —le pregunté; tenía la sensación de que había algo que se callaba.

—No, es esta: la verdad es que llevo tiempo sin pareja y desde ayer es como si volviera a revivir un poco esas sensaciones y me he dado cuenta de que las echaba de menos.

Sabía que había venido con una beca de Erasmus y que se quedó por una chica. Quise saber todo de ella.

—¿Cómo se llama?

Vi la fracción de segundo que tardó en saber de quién le hablaba.

—Hannah. —Y parecerá idiota, pero envidié la dulzura con la que dijo su nombre—. Estuvimos juntos casi siete años, y éramos felices, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que no nos imaginábamos una vida juntos. Ella lo vio antes que yo, para ser sincero.

Me gustó cómo hablaba de ella, se notaba cariño y nada de rencor. Seguimos degustando la comida mientras me contaba cosas sobre ella, como que también era psicóloga y que se había especializado en las mujeres maltratadas. Que se había mudado a Bristol y que hacía poco se había casado con un hombre diez años mayor que era viudo y tenía un hijo de seis años. Seguían en contacto, aunque cada vez fuera más esporádico.

—¿Así que has pensado aprovechar estos días para quitarte el mono? —continué cuando terminamos de comer.

—Algo así, pero con tu beneplácito, claro. —Con el dedo índice acariciaba el borde de la jarra, de forma tan delicada que deseé ser yo la quien la recibiera.

Me estaba dando cuenta de que la sinceridad y la ausencia de tapujos podía ser de lo más provocador.

—Pero no es real.

—La realidad está sobrevalorada.

Se dejó ir hacia atrás, apoyando la espalda en la silla.

—¿Un psicólogo puede decir eso?

—Solo es algo subjetivo.

—¿Cómo va a ser la realidad algo subjetivo? —Apoyé el codo sobre la mesa y lo miré con el ceño fruncido.

—Porque…, por ejemplo: tú y yo no somos pareja, pero es una realidad para ellos. Para mí cuando te cojo de la mano —dijo alargando el brazo sobre la mesa y cogiendo la mía—, o cuando ayer nos besamos. Esta conversación también lo es. Todo es real. En la vida hay tanta mentira que podemos llenar esta «farsa» con mucha realidad.

Sonrió.

¿Qué demonios tenía aquella sonrisa?

Solo era una boca abierta, unos labios carnosos y dientes blancos. Solo eso…

Una simple sonrisa.

Pero conseguía que no pudiera apartar los ojos de ella.

¿Cómo era posible que no me hubiera fijado antes?

—¿Y qué pasa cuando te pierdes y ya no sabes lo que es real y lo que no? —susurré y después solté un jadeo cuando, como había deseado tan solo unos instantes antes, me empezó a acariciar el interior de la muñeca con el pulgar.

—En el fondo lo sabes —musitó y su voz sonó algo más rasgada y aterciopelada—. Y si no la vida ya se encargará de mostrártelo. Esto también forma parte del juego.

Eso significaba el batacazo del siglo. Me vi caer por un precipicio, inacabable y cada vez más oscuro, pero sin llegar al suelo. Desterré aquel pensamiento de inmediato.

—¿Y en esta farsa-real entra el sexo? —Me eché un poco hacia adelante como si lo que le decía fuera el mayor secreto.

—Pensaba que no podíamos hablar de sexo —susurró imitándome y acercándose él también.

—Solo era curiosidad. —Me encogí de hombros y terminé la cerveza—. Me pregunto hasta dónde llegarías.

—Yo también tengo curiosidad, aún no me has contado cómo nos imaginaste ayer en tu habitación.

Solté una carcajada y volví a sentarme erguida. El camarero vino a retirar los platos y nos dejó la carta de postres. Una vez solos, chasqueé la lengua antes de seguir hablando:

—Dejaré que te hagas tu propia idea.

—No sabes lo sugestiva que puede ser esa frase.

—Puedo imaginarlo —confesé.

Al mirarlo a los ojos, su iris se transformó en una pantalla de cine donde nos vi a los dos desnudos, jugando sobre mi cama. Me pregunté cuál sería su punto erógeno, si sería un amante más convencional o de los que te enloquecen mil veces antes de dejarte

tocar el cielo. Imaginé la sensación de tener su cuerpo sobre mí, de sentirlo entre mis piernas… Entonces tuve claro dos cosas:

Una, que me gustaba mucho el *frogeater*.

Dos, que lo deseaba de una forma bastante visceral.

Cuando volví a la realidad choqué con su mirada, una cargada de significado, y sentí una nueva certeza: el deseo era mutuo.

A la hora del café, todo se esfumó en un pitido. El que hizo mi teléfono con la entrada de un mensaje. Lo miré pensando que sería mi familia, pero no era de ellos:

Levi: Estoy deseando verte.

Noté claramente como mi corazón daba una sacudida antes de ponerse a temblar.

—¿Algo importante?

—No. —La mentira salió con demasiada facilidad. Por culpa de él sí mentía y con tanta asiduidad que ya era algo innato.

Al alzar la vista hacia Jean supe que sabía que le mentía. Era terapeuta así que podía leer mi expresión, pero en lugar de insistir me dio el silencio que le pedía sin mediar palabra. Cogí la taza, al acércarmela a la boca olí el café y dejó de apetecerme. Maldito Levi, seguía teniendo el poder de estropearlo todo.

25

La… magia que había hasta entonces se esfumó. Salió el conejito del sombrero y se cerró el telón antes de lo esperado y de una forma que deslució la mañana tan bonita que habíamos pasado.

Volvimos a casa y aunque no dejamos de hablar, no fue lo mismo. No intentó cogerme la mano en el camino de vuelta ni yo eché de menos que lo hiciera.

Solo podía pensar en el después, en cuando llegara el momento de volver a verle. El motivo por el que aquella boda no me apetecía en absoluto.

En él. Levi.

Su nombre seguía despertando mi cuerpo, ya no eran las mariposas en el estómago de una quinceañera, ni las hormonas de una de dieciocho. Era un cúmulo de furia adulta. De decepción.

Me había prometido no volver a darle el poder de controlar mi vida, pero ahí estaba de nuevo y me sentía tan cansada de batallar con el mismo fantasma de siempre que ni me molesté en regañarme. Me dejé llevar y Jean lo respetó.

Lo respetó… hasta cierto punto. No sé si lo ganó la vena terapeuta o la de amigo, pero en cuanto llegaron las flores y nos pusimos a decorar, cambió. La sala que solíamos utilizar para las fiestas y convites eran las antiguas caballerizas. Hacía años que las habíamos reformado para ese fin. Había una parte toda de cristal (que daba la sensación de estar en medio del jardín, pero protegidos del tiempo, que ya sabemos cómo se las gasta el clima inglés) que era donde se celebraban las ceremonias. El resto era una sala

grande, diáfana, de estilo rústico con las paredes de piedra y las vigas a vista y una gran cúpula de cristal en el centro. Jean me provocaba, quería animarme, bromeaba buscando mi sonrisa y si al principio me molestó su intromisión en mi fiesta privada de compasión, con el paso de la tarde lo aprecié y me rendí a él. Como dijo la noche del jueves, traerse al psicólogo tenía ventajas; y eso que no habíamos hecho terapia o puede que sí, una de choque. Una que decía: ¿te das cuenta de lo patética que eres llorando aún por ese imbécil mientras te pierdes todo lo bonito de tu alrededor?

Prohibimos a mis padres que entraran para que así al día siguiente fuera una sorpresa. Mientras nosotros nos encargábamos de la decoración, Harry y June estaban en la zona del escenario, una tarima de una altura de cincuenta centímetros y dos de ancho y fondo. Papá le había pedido a su yerno que se encargara de la música y este llevaba rato buscando, entre los cedés que mis padres coleccionaban para esas ocasiones, lo que sería la banda sonora de la boda. Desde *Mama Said* de The Shirelles pasando por Amy Whinehouse y su *Back to Black*. Parecía disfrutar con el encargo, iba seleccionando discos, los apartaba y nos iba poniendo canciones para amenizar la tarde.

—¿Pero qué clase de música estás seleccionando? —grité para que me oyera por encima de los Bee Gees y su *Stayin' Alive*.

—*Padawan* es una boda, todo está permitido. Por cierto, ¿vuestros padres tienen canción?

—Una cursilada de Michael Bolton —contestó su mujer.

—*Said i loved you… but i lied* —respondí al mismo tiempo que ella.

—En las canciones de boda es el único lugar en el que se permite ser cursi —dijo Harry mientras seguía buscando.

—Ves, nosotros tenemos al Rey del *rock* como cursilada —me susurró Jean que acababa de bajar de una escalera para colgar unas cortinas de luces de las típicas navideñas.

Mientras, June sentada en el borde con las piernas colgando había pensado en hacer un Powerpoint con imágenes de la familia. A

su lado había una decena de álbumes de fotos. De tanto en tanto levantaba una foto y me gritaba:

—¿Te acuerdas de esto?

Las bodas de todos ellos, cumpleaños, viajes de vacaciones, navidades, fiestas en casa… Esa que justo me enseñaba en ese instante era de una noche de cine y palomitas en el jardín. Una June de unos doce años, no recuerdo el motivo por el que se había enfadado, había decidido marcharse de casa. La *lista* dijo que, como aún no tenía edad para trabajar, se mudaba al jardín. Había montado la tienda de campaña ella sola y a mí me tenía loca todo el día pidiendo a gritos que le trajera desde un libro a algo para comer. Si fuera por mi madre la habría dejado continuar hasta que se cansara. Si June tiene algo es que se enfada en dos minutos y tarda cinco en desenfadarse, pero siempre lo hace, en el fondo no es nada rencorosa. Pero a papá le molestaba saber a su hijita fuera, a pesar de ser verano y que la finca estaba bien vallada y protegida. Al final, el segundo día, al anochecer, tendió una sábana blanca en el tendedero y montó el proyector recién comprado. Extendió frente a ella un montón de toallas de playa y viejas mantas. Hasta recogió todos los cojines de la casa y los llevó fuera. Fue una gran noche en la que dormimos los cinco en el jardín. A la mañana siguiente le dijo que si ella no volvía dentro nos quedábamos todos fuera. Fue la primera en entrar.

—¿Eso es de la vez que te mudaste al jardín? —le preguntó Jean, entre risas.

—¿Le contaste eso? —me recriminó mi hermana asesinándome con la mirada.

—Puede —dije enigmática, encogiéndome de hombros porque la verdad es que no me acordaba de haberlo hecho.

—Traidora.

—No es ningún secreto —afirmó Harry—. Tu padre suele contar esa y otras peores.

—¿Como cuáles?

—Ahora no me acuerdo de ninguna. —Harry era inteligente, y lo acababa de demostrar. Todos soltamos una carcajada.

Había terminado de tender los manteles sobre las cuatro mesas redondas. No seríamos muchos, solo la familia más allegada y los mejores amigos de mis padres, los Brown.

Jean estaba a mi lado, colocando las sillas mientras yo las decoraba con una lazada a la espalda de tela de esparto. Parece una tarea sencilla, en la escuela solíamos hacer bastantes trabajos manuales, pero aquellos nudos se me resistían y la culpa era de Jean. Me distraía viendo como al cargar sillas y mesas su musculatura se contraía y provocaba que la tela de la camiseta se le pegara a la piel. De aquellos vaqueros que se ajustaban a sus muslos y trasero… No podía apartar la vista de él. Nunca había tenido una distracción tan *sexy* y atractiva.

—Oye, ¿cómo sabes tanto de mí? —le pregunté, acercándome.

—Tú me lo contaste.

—¿Todo eso te conté el jueves por la noche?

—Algunas cosas sí, otras durante nuestras sesion… citas —rectificó.

—¿Recuerdas todas las anécdotas de tus pacientes?

—Claro que no.

—¿Entonces? —Alcé la vista hasta sus ojos que me atraparon curiosos y sonrientes.

—Porque quiero hacerlo. —Me acarició la mejilla con el pulgar, de forma sensual. Mi cuerpo cedió hacia su atracción…

Iba a pasar, estaba segura de que iba a besarme y no había nada que deseara más.

Pero el momento se esfumó al oír los gritos de Luke y April entrando en la sala:

—¡Ya estamos aquí!

26

No podía estar más contenta y orgullosa con el resultado. La decoración era sobria, pero romántica e íntima, lo que imaginé cuando mi padre nos pidió que nos encargáramos. Las mesas estaban engalanadas con los viejos manteles bordados que la abuela seguía guardando como reliquias. Los centros de flores hechos con los helechos y las flores blancas de muguete (a conjunto con el ramo de mi madre), y las velas sobre cuencos de agua. En las paredes había cortinas de luz y fotos de su primera boda.

Cuando terminamos de organizarlo todo, hasta la música y el pase de fotos, dejamos a los chicos tomando una cerveza en la mesa de hierro que teníamos bajo el manzano y las tres hermanas subimos a mi habitación a probarnos los vestidos. Lo que no recuerdo es cómo escogimos mi cuarto si era el más pequeño. Supongo que fue June y su innata curiosidad. Solo de entrar ya hizo el comentario que olía diferente. Me giré hacia ellas y las vi moviendo la nariz como si fueran unos chuchos rastreadores.

—Huele a perfume masculino —continuó April.

—Yo no noto nada —mentí, llevándoles la contraria. Pero sí, la esencia de Jean Pierre se notaba en el ambiente. Y me gustaba. Y a mis hormonas también.

—Me ha caído muy bien —dijo June tumbándose en la cama.

—Hacéis muy buena pareja —añadió April que se acercó a la ventana y la abrió.

—Gracias —murmuré sin saber muy bien qué decir.

Había optado por el «menos es más», cuanto menos hablara la posibilidad de fastidiar y cargarme la mentira disminuiría. O eso esperaba.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —me preguntó April.

—¿El qué? —Me hice la ignorante, sabía lo que vendría ahora y tenía ganas de chincharlas un poco.

—El qué dice, ¡pues sobre tu relación! —exclamó June.

—Pues porque es muy reciente y no quería… Es pronto.

—Pero lo has traído a la boda —continuó mi hermana mayor.

—Eso fue cosa de mamá…

—Sea como sea, me alegro de conocerlo y lo dicho, hacéis buena pareja, me gusta para ti —admitió April.

Mientras June le contaba cómo había ido la cena y el resto de la velada a nuestra hermana (minuto a minuto como si fuera un comentarista retransmitiendo un partido), yo me desvestí delante de ellas sin ningún pudor y me probé el vestido que tenía pensado para la boda. Era de un color verde botella clarito, con un toque *brilli-brilli*, con cuello corazón y tirantes espagueti. El corte era de cintura alta y me llegaba a medio muslo. Pensaba ponérmelo con las sandalias plateadas y recogerme el pelo. Y por si te lo preguntas, sí, el vestido también lo había comprado en una de esas noches de insomnio.

—¿Qué os parece? —Di una vuelta sobre mí y posé cómo solíamos hacer cómo si estuviéramos en la alfombra roja, June era la experta en *Patakys*.

—Estás perfecta. —Aplaudió April.

Oímos un ruido extraño, me giré hacia la cama para ver cómo mi hermana mayor se levantaba de un salto y corría hacia la ventana.

—Joder, la almohada apesta —exclamó June sacando la cabeza.

Su reacción no me sorprendió, no había conocido nunca nadie tan teatrera como ella.

—¿Apesta? Eres una exagerada.

—Son las hormonas —murmuró, y aunque la brisa suave se llevó su voz, todas la oímos.

—¡Ni que estuvieras embarazada! —añadió April, riendo.

La única respuesta que obtuvimos fue una carcajada y cuando se giró lo supimos.

—*Ohh*… —Fui incapaz de formular una palabra, ya ni hablemos de una frase.

—No puede ser —exclamó mi otra hermana.

—¿Cómo que no? Sabemos lo de la semillita y te juro que mi bebé va a salir perfecto porque sus padres han practicado mucho para que así sea —respondió jocosa June.

April se acercó y se sentó en el sillón, apartando antes nuestros pijamas:

—Yo también lo estoy.

El silencio se instaló dejando esas palabras rebotando entre las paredes hasta que asimilamos la noticia. La primera en hacerlo fue June que gritó, dejándonos medio sordas, y corrió hacia ella saltando.

Yo, por el contrario, me senté en la cama, mirándolas, intentando hacerme a la idea.

—¿De cuánto estás? —le preguntó agachándose delante de April y poniéndole las manos en la barriga.

—De 8+6. El miércoles fuimos al ginecólogo y oímos el latido. Es lo más maravilloso que he oído en mi vida —suspiró con la voz tomada.

June se dejó caer para atrás y empezó a reír de nuevo. Creo que por una vez no exageraba, simplemente no podía retenerlo. Nuestra hermana mediana me miró esperando que yo entendiera algo. Solo fui capaz de encogerme de hombros. Mientras se descojonaba, sacó su móvil buscó algo y se lo pasó a April.

—Yo también fui el miércoles… Tenemos la misma fecha de parto.

—*Oh my god*…

Se abrazaron y April también sacó su móvil para enseñárselo, imaginé lo que sería una foto de la ecografía. Poco a poco fui asumiendo la noticia.

Iba a ser tía por partida doble, de golpe. Y por lo visto, sin pretenderlo y ni hecho a posta les habría salido tal carambola porque tenían todos los números para nacer el mismo día.

La abuela saltaría de alegría. Bueno, saltar no, que sus caderas ya no estaban para tanto movimiento, pero llevaba esperando ser bisabuela desde que nos vino la regla, sin exagerar.

—Ven aquí —me pidió April, y me uní al abrazo grupal, felicitándolas y asegurándoles que sería la tía más guay del planeta.

Habían pasado de las risas al lloro en un instante. Y yo me abstuve, aunque el pellizco de celos me arrebató una bocanada de aire.

Las dos parejas tenían pensado decirlo en la cena, darles la gran noticia como regalo y así evitar que, si las veían solo tomando agua, nadie se adelantara a la sorpresa.

Mientras se ponían a hablar de náuseas, dolores… me acerqué a la ventana. Tenía siete meses para hacerme a la idea. Era mi turno para coger aire, pero se me quedó atragantado en la garganta cuando vi el espectáculo que había en el jardín trasero.

—Joder… —exclamé tapándome la boca y rezando para que no me hubieran oído desde fuera. Por suerte no pasó, pero mi grito sí alertó a mis hermanas lo suficiente para ponerse en pie y acercarse.

Ninguna de las tres fue capaz de pronunciar palabra. Nos quedamos como atontadas, mirándolos. Nuestros «hombres» se habían desnudado y corrían hacia el lago.

Había sido una de las ideas descabelladas de papá. Primero lo hizo con Harry y luego años después cuando April nos presentó a Luke como su novio oficial. Se le había ocurrido decir que el lago era mágico, que en él vivían hadas de agua, traídas por un tatarabuelo directas de la cueva de Merlín en Tintagel. Decía que según la leyenda, una que él mismo se había inventado sobre la marcha (según nos contó a las tres aquella misma noche y bajo el más sagrado secreto), solo podrían salir con las mujeres de la familia si las hadas daban su conformidad, para eso debían meterse en el lago

y solo si eran capaces de salir por su propio pie, merecían formar parte del clan Clark.

El lago era un charco de agua verdosa y el paraíso de ranas y sapos que solían acompañarme durante todo el verano con su croar.

Lo de que Harry y Luke volvieran a meterse era una novedad.

Lo de hacerlo desnudos, también.

Mis ojos no se despegaban del cuerpo de Jean. De las piernas atléticas de tanto correr, de su cintura estrecha y hombros un poco más anchos. Del poco vello en su pecho que se iba estrechando en una línea fina bajando por la cintura hasta… *Madredelamorhermosoooooo*…

En cuanto llegó a la orilla del lago, encogió las piernas y se dio impulso para tirarse de cabeza.

—Está loco —exclamé, con cara de asco, pero sin apartar los ojos de allí.

Salió unos metros más allá, casi en el medio, y se alzó sacando medio cuerpo fuera como si fuera un jugador de waterpolo y lanzando un grito de victoria que haría temblar hasta a los Old Blacks. Los otros dos lo imitaron, desafiando la temperatura del agua y su poca salubridad. La *Haka*, a su lado, me pareció una canción de cuna.

—¿Te acuerdas del perro de tía Olivia? —me preguntó June abrazándome la cintura.

Me acordaba de él, tenía un sabueso al que había bautizado con el nombre de unos dulces tradicionales galeses.

—¿Welsh? —contesté sin saber a qué venía aquello y menos cuando me despistaba de mi gran tarea que era ver salir a Jean del lago y correr hacia el porche. De correr no solo tenía unas fuertes piernas también lo era su… «Oh, déjate de remilgos y di claro que hablas de su culo». Pues eso, tenía un culo perfecto para hincarle los dientes.

—Miras a tu chico como aquel chucho lo hacía a las salchichas. Estás enamorada de él y me alegro de que lo hayas superado —murmuró dándome un beso en la mejilla.

27

Me había hecho a la idea de que sería un fin de semana complicado, emocionalmente hablando, y no me equivocaba; al contrario, me había quedado muy corta con mis pronósticos. Aún no habíamos celebrado la boda, aún no me había encontrado con él y ya estaba deseando subirme al coche y marcharme al refugio que era mi pequeño apartamento en el Londres oeste.

Déjame que haga un inciso, no es que no me alegrara por mis hermanas, la llegada de un nuevo miembro de la familia siempre es un motivo de celebración y más cuando es buscado, pero así de golpe y las dos… En aquel preciso fin de semana, fue un cúmulo.

Uno que me recordaba que yo no tenía nada de aquello.

Nada.

Aunque tuviera al lado un hombre que olía de maravilla y al cual la camisa azul marino que llevaba le quedaba tan bien que daban ganas de cogerla y arrancársela de un solo tirón.

Aunque estuviera más atento que nunca cuando se enteró de la noticia y me abrazó, me dio un beso en la mejilla y no apartó su brazo de encima de mis hombros si no era estrictamente necesario.

Aquel apoyo silencioso era tan reconfortante que aligeraba un poco el dolor. Los celos, sobre todo. Sentía que me iba encogiendo en mi silla, volviéndome diminuta. Pero él no me dejó desaparecer. Fue un ancla a la que agarrarme. Y me concentré en desear que muy pronto aquellas caricias vinieran de alguien que me quisiera y yo a él.

Aquella noche también entendí que Jean, a pesar de fingir, dejaba el listón muy alto para el que viniera detrás de él. La guinda llegó cuando en los postres salieron las preferencias sobre el sexo de los bebés y posibles nombres.

—Por favor, no les pongáis nombres como los nuestros.

—¿Qué tiene de malo tu nombre? —me preguntó Jean ladeándose hacia mí.

Cogí la copa y me terminé lo que me quedaba de champán. Una botella que April había traído para celebrar la noticia, aunque ellas dos brindaran con agua.

—Que me gustaría uno más corriente —admití. Todos sabían que no estaba muy conforme con él.

—Pues a mí me encanta —dijo con un tono melifluo.

—¿Ah sí? —pregunté, y mi voz reveló la sacudida que me había provocado su voz.

—Sí, tanto como tú. Winter suena a lo mejor de la niñez y la Navidad. A pequeños placeres como leer frente a la chimenea o a tardes lluviosas de pelis y manta. El silencio de la nieve. A las noches más largas y las mañanas más perezosas. Tu nombre solo me hace pensar en cosas que me hacen sentir bien. Es reconfortante.

Algo me golpeó en el estómago y subió hasta el corazón donde se quedó anidando.

—Un brindis por el francés que sabe cómo dejar sin palabras a *baby*. —Brindó Luke, que solía ser el más callado y discreto de todos nosotros.

No, no había nadie mejor para acompañarme aquel fin de semana que él. Y lo demostró cada vez que tuvo la oportunidad.

28

Decidieron salir igualmente a tomar una copa. Por un momento pensé que al estar embarazadas rechazarían la propuesta de Jean de invitarlos, pero no, dejando claro que la única que estaba deseando meterse en cama era yo.

En cuanto cerré la puerta de la habitación, a la que habíamos subido para coger los abrigos y prepararnos para salir, la frustración contenida durante la cena salió disparada. Lancé un cojín con toda la mala leche.

—Ehh… —Jean se había acercado tan silenciosamente, o estaba tan desconectada, que no lo oí llegar. Puso una mano en mi hombro y sé que quería consolarme, pero no podía.

—Ahora no.

—Solo quería darte un abrazo. No hace falta hablar si no quieres.

—No puedo. Te lo agradezco, pero si lo haces me derrumbaré y la noche aún no ha acabado. Nos esperan en cinco minutos en el vestíbulo.

—Date la vuelta y mírame. —En aquel momento me molestó que se preocupara tanto por mí, necesitaba un solo instante sola; al final hice lo que me pedía sin ocultar mi mala cara—. No es un «ellas sí yo no» es un «ellas, ahora sí». Esto no conlleva que tú no llegues a casarte o ser madre. Sé que es mucho para solo un fin de semana, pero sé que eres fuerte y podrás con ello.

Siguió hablando, pero desconecté porque me quedé como hipnotizada viendo su boca moverse, como curvaba las comisuras hacia arriba en un conato de sonrisa o en la punta de su lengua

rozando el interior del labio superior… Imaginé esa boca recorriendo mi cuerpo, besando, lamiendo, mordiéndola… Me desperté del trance cuando me quedé sin aire y tuve que carraspear para liberar la tensión de la garganta.

Me miré en el espejo del armario para alisarme la minifalda negra que había combinado con una camisa plumeti del mismo color.

—¿Preparada? —repitió tendiéndome la mano.

Se la cogí y la apreté buscando que me transmitiera un poco de su fuerza. Cerré los ojos. Al abrirlos me acerqué a él y le di un pico.

—Gracias —susurré aún sobre sus labios.

—Por mucho que me guste besarte no vas a conseguir que nos quedemos aquí.

—Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera convencerte a base de sexo.

—Te prometo que por un «tú y yo follando» sería capaz de cualquier cosa, pero también te digo que si nos acostamos será porque realmente lo deseas y no como una forma de distracción y de ignorar lo que te carcome.

Iba a abrir la boca para replicarle, pero no sabía qué decir, pues aquella teoría ya se me había pasado por la cabeza un par de veces. Que aquel repentino deseo por el psicólogo solo fuera una vía de escape de la realidad que estábamos viviendo. Aquello era un claro ejemplo de lo que alguna vez en su consulta había denominado como «evasión clásica». Pero porque siempre hay un «pero», la culpa era de él por ser tan irresistible, si fuera un ogro desagradable no hubiera caído en esa escapatoria.

La voz de June insistiendo en que nos diéramos prisa nos interrumpió, cortando allí la conversación.

29

Reconozco que lo estábamos pasando realmente bien, mejor de lo que esperaba. Las embarazadas alternaban los zumos con el agua, el resto éramos fieles a la cerveza. Estábamos sentados en una de las mesas redondas del *pub*. Aquella noche, los encargados de amenizarla con música era un grupo de chicas de un pueblo vecino que hacían *covers* de las canciones de pop británico más conocidas.

—Oh, mira qué monos —dijo April al ver la foto que Jean tenía como inicio en el teléfono.

—Te lo dije —exclamó, dándome un toque con la cadera—. Gané.

—Lo has hecho a posta —contesté dándole un golpe en el hombro. Había comprobado que no es de esa gente que siempre deja el móvil en la mesa y está pendiente de él a cada minuto. Por eso, que lo dejara allí y boca arriba, era una trampa para ver si caían—. Además, al final no dijimos qué apostábamos.

—Menudo fallo.

—¿De qué iba la apuesta? —nos preguntó June, curiosa.

—Cosas de pareja —respondí.

Y mi voz quedó amortiguada porque de repente todo el *pub*, que estaba bastante concurrido, se puso a cantar. Aquella noche las chicas lo estaban dando todo y consiguieron que el público se pusiera en pie y cantara a voz en grito cuando tocaron *Song 2* de Blur. Uno de los miembros de la banda se había mudado al pueblo, había comprado una granja y hacía quesos de oveja (galardonados con diferentes premios), también escribía para diferentes publicaciones.

Con las últimas notas nos sentamos de nuevo.

—Dios, qué calor —dijo Harry, abanicándose con la carta de cervezas.

—¿Quieres darte otro chapuzón? —le contestó su mujer.

Los tres la miraron como si hubiera descubierto un gran secreto.

—¿De verdad pensabais que nadie os había visto? —continuó June.

—¿Nos viste?

—OS VIMOS —admitió April, riendo sin abrir la boca.

Soltamos una carcajada y ellos se miraron entre sí, «pillados». Sentí los ojos de Jean calentándome parte de la mejilla y del cuello, cuando me giré hacia él me reí por su expresión. Alcé un par de veces las cejas hasta que bajé la mirada hacia su cuerpo. No se abochornó, ni se tapó la cara (como hubiera hecho yo porque no cabía bajo la mesa para esconderme), en lugar de eso sacó pecho y se removió en un cadencioso y sutil movimiento de caderas que me sacudió las entrañas.

—¿Qué hacíais bañándoos en esa charca de agua putrefacta? —pidió April con cara de asco.

—¿No es algo así como una prueba iniciática de la familia? —me preguntó Jean.

La carcajada fue unánime y bastante escandalosa.

—Algo así —contesté—. Papá se lo hizo a Harry la primera vez que vino a casa como «novio» de June. Pero nadie dijo que fuera ni de cabeza ni… desnudos.

Jean miró a sus compis de aventura y los otros se echaron a reír y alzaron sus jarras al aire brindando antes de dar un buen sorbo.

—La ocasión lo requería, es el novio de *padawan* —dijo Harry que siempre actuaba conmigo de forma fraternal.

—¿Y vosotros por qué queríais volver a meteros en… en… eso? —siguió April.

—Por defenderos a vosotras, *ladies* —gritó Harry, levantándose y todo.

—No podíamos dejar que JP se llevara solo la gloria —continuó Luke, que también se puso en pie y se golpeó el pecho con el puño—. Cuando le contamos que tenía que bañarse y desnudo por una vieja leyenda, no habíamos terminado de contársela y ya se había quitado la camiseta y se estaba desabrochando los pantalones.

—Estáis locos —exclamé riendo.

—Loco por ti —susurró pegado a mi pelo y chocó con mi copa.

Volvimos a brindar y a darle un buen trago a nuestras bebidas.

—¿*Jeipi*? —repitió April, copiando a su marido que había acotado el nombre de Jean Pierre.

—Sus amigos le llaman «*jipé*», pero nos ha dado permiso para utilizar la versión inglesa, así que le hemos bautizado como «*Jeipi*».

Yo había estudiado francés en la escuela como lengua optativa y pronunciaba bien su nombre, pero hasta entonces no me había dado cuenta de que muchos lo nombraban a la inglesa «*jeen*».

—Por «*Jeipi*», el nuevo fichaje. —Brindó de nuevo Harry.

Después de darle otro sorbo a mi cerveza, me volví hacia Jean que me observaba de una forma entre felina y curiosa. Me recosté en el banco y el brazo que Jean tenía extendido sobre él acabó rodeándome los hombros. Se acercó y percibí su aliento en el cuello antes de notar sus labios en el lóbulo de la oreja.

—Así que ya has visto las joyas de la corona.

Me di un poco más la vuelta hacia él que también se movió dejándome atrapada entre el banco y su cuerpo que hacía de barrera con el resto de la mesa dándonos un poco de intimidad.

Su olor acabó de envolverme y alejarme de la realidad que nos rodeaba.

—Pensaba que los franceses y la monarquía no se llevaban muy bien.

—Se me ha pegado mucho eso de «Dios salve la reina».

—Reyes y sexo… muy de Versailles. ¡Eso sí que es francés!

—¿Crees que en las otras cortes no era una orgía tras otra?

Me miraba de una manera que me hizo sentir que no había mujer más hermosa en toda la galaxia.

—Seguramente. —Hablar de sexo y orgías con su rostro a un escaso palmo del mío era de lo más excitante—. ¿Por qué acabamos siempre hablando de lo mismo?

—Dímelo tú.

—¿Por frustración? —Jugué.

Ese hombre era mi perdición.

—O como parte de unos preliminares. —Su risa sugerente pedía a gritos un mordisco.

—Preliminares —repetí.

Ese hombre me tentaba a perder la cabeza.

—Sí. Muy largos, pero igual de efectivos…

Y si hubiera sido atrevida habría alargado la mano hasta su bragueta para confirmarlo, pero es que ni me hizo falta, todo lo que quería saber se reflejaba en su retina más dilatada. La forma de morderse el labio por dentro, hasta vi la punta de la lengua rozándolos.

—Muy efectivos —admití. El francés estaba resultando ser una peligrosa mezcla de picardía y *charme*.

Sí, estaban resultando ser los prolegómenos más largos de la historia. Las ganas de saber dónde nos llevaría todo aquello me estaban matando.

—Con el sol te han salido nuevas pecas… —murmuró pasando un dedo por debajo de los ojos y rodeando la nariz.

Como atraídos por una inercia incontenible nuestros alientos ya se besaban en cada respiración. Jadeé cuando terminó la caricia sobre mis labios.

—El erotismo se basa en la imaginación. No hace falta enseñar nada, solo basta con dejar intuir… y el cerebro hace el resto. Eso de que los hombres piensan con la polla no deja de ser una forma de hablar, toda excitación nace en el cerebro… Puede que los hombres lo tengan más condicionado que las mujeres, aunque para mí no deja de ser un mito, solo depende de la predisposición de cada uno…

Y sus ojos descendieron, deteniéndose primero en mis labios para seguir hacia el escote con tanto descaro que activó dos alertas, a la espera de que las calmara con la boca. Con sus dedos…

—Llega tarde, mi hermano y su impuntualidad es algo digno de estudio. —Oí de fondo que decía Harry.

Tardé unos instantes en asimilar esas palabras, pero cuando lo hice mi cuerpo se crispó y cerré los ojos.

—¿Has invitado a Levi? —contestó June con un nudo en la garganta. Era la única que sabía lo mío con él.

—Sí. Quedamos que nos veríamos aquí después de cenar.

Cuando abrí los ojos vi que Jean apretaba los labios en una fina línea, como si supiera que nuestro momento se había roto y que en nada él estaría allí con nosotros.

—Vamos a bailar. —Tiró de mi mano.

El resto nos aplaudió y June hasta silbó. Creyeron ver una repentina muestra de amor cuando era todo lo contrario. Tiró de mí para alejarme de ellos y poder refugiarnos durante unos minutos entre los otros bailarines. El grupo de chicas había terminado la actuación y a continuación habían puesto música que incitaba, a los menos vergonzosos, a bailar. Estaba tan nerviosa que no estoy muy segura de qué canción sonaba, pero creo que era alguna de Norah Jones.

—Sonríe como si dijera algo divertido, no nos quitan los ojos de encima.

No lo hice, solo recosté la cabeza en su hombro y busqué su latido y perfume para concentrarme en ellos e ignorar la invasión de recuerdos (buenos, malos y pésimos) a los que caí rendida. Esa noche estaba muy guapo, llevaba las mangas de la camisa azul marino remangadas hasta los codos y el pelo algo revuelto. Estaba muy atractivo. Cuanto más lo conocía más me gustaba, no solo físicamente, también me sentía atraída por su forma de ser. Era detallista, atento, culto y divertido… Y peligrosamente *sexy*.

La mano que tenía en mi espalda me acercó más a él, y cuanto menos aire entre nosotros, más segura me sentí.

—Creo que deberíamos establecer unas pautas. ¿Cómo quieres que me comporte, como un novio celoso, cauto, ignorante?

—Sé tú —murmuré.

—¿Y eso significa…?

—Que hasta ahora lo estás haciendo de maravilla y yo no sé ni cómo comportarme como para que te diga a ti cómo debes hacerlo. Hace dos años que no lo veo…

—Eh, tranquila, no estás sola. —Lo escuché decir, antes de que me mirara con una sonrisa llena de ternura.

Suspiré. Quise marcharme lejos. Desaparecer de allí. Pero tenía claro que fuera donde fuera quería que Jean se viniera conmigo.

—No sé qué haría si no estuvieras aquí.

—Pues afrontarlo cómo la mujer increíble que eres. Solo que como me sabes a tu lado, dispuesto a soportar parte de la carga, te dejas mimar y compartir.

—¿Y eso es malo?

—No, significa que confías en mí y me halaga y satisface que sea así.

30

Levi Brown.

Levi.

El innombrable.

Él.

Desde siempre.

Desde que tengo uso de razón siempre ha sido mi *él*.

O mejor dicho, fue.

Llevaba dos años sin verlo y ya no sabía cómo definir ni a Levi ni lo que sentía por él.

Mi padre y John Brown eran amigos de toda la vida, se habían criado juntos en el pueblo y cuando se casaron, sus mujeres también se hicieron íntimas amigas.

John y Marge Brown tuvieron dos hijos, Levi y Harry.

Ellos y mis padres solían bromear sobre lo bonito que sería que sus hijos se juntaran con sus hijas. Harry y June, de la misma edad, siempre jugaban juntos y cuando fueron mayores cambiaron el tipo de juego, pero siguieron juntos.

Lo que nadie sospechaba, porque me cuidé de esconderlo bien, fue que la pequeña de la tribu se enamorara de Levi, diez años mayor que ella.

Me recuerdo enamorada de él desde siempre, no puedo decir si fue a los cinco, a los diez o cuándo. Solo sé que si me hablaban de novios yo siempre pensaba en él.

Era ese tipo de amor platónico, envuelto en papel de regalo de amistad. Para todos siempre había sido la *baby*, y no sé a qué se

debía pero todos sentían por mí una especie de necesidad de protección.

Con Levi me molestaba porque no quería que me viera como una hermana a la que cuidar, quería que me viera como una mujer; la que me estaba convirtiendo delante de sus narices.

Nos gustaba hablar de libros y música, podíamos pasarnos horas charlando en el porche del cobertizo mientras los demás jugaban al críquet en el patio trasero. Solía bromear sobre que era un juego de abuelos, a mí solo me importaba que él prefiriese quedarse conmigo sentado en uno de los escalones.

Pocos días después de que cumpliera los quince me dio la noticia de que se iba a vivir a los Estados Unidos. Para él era una gran noticia, para mí fue una auténtica debacle. Levi tenía veinticinco, había terminado la universidad y le había salido la posibilidad de trabajar de bróker en Nueva York. A pesar de decirle que era una gran oportunidad por dentro sentí que se me acababa el mundo.

Había recién cumplido los diecisiete cuando Levi volvió a casa por Navidad. Me preguntó que quería de regalo y le dije que mi mayor deseo sería pasar el verano en Nueva York. Llevaba tiempo con la idea en la cabeza, quería hacer un viaje antes de ir a la universidad y visitar la Gran Manzana era el primer destino de la lista. Que él viviera allí solo era un aliciente más. Entre todos convencieron a mis padres para que me dejaran ir, Levi les prometió que cuidaría de mí.

Y así fue como pasé el mejor verano de mi juventud.

Fueron casi dos meses. Mientras él trabajaba yo me iba a descubrir la ciudad. Los fines de semana aprovechábamos para escaparnos. Solía bromear con que era la más guapa del local o que mi compañía era la envidia de todos los chicos que nos rodeaban. En la calle, me cogía de la mano o pasaba su brazo sobre mis hombros, y a mí cada uno de sus gestos me hacían volar. Mucho. Y muy lejos. Había días que había visto muy de cerca los anillos de Saturno.

La última noche antes de marcharme me lancé. Salimos a cenar y nos pasamos un poco con la bebida. Al llegar al apartamento, en cuanto cerró la puerta detrás de él, me tiré a sus brazos y empecé a

besarlo. Me respondió cogiéndome de la cintura, abrazándose a mí como si fuera su tabla de salvación y eso me hizo enloquecer.

Por fin ocurría.

No me lo podía ni creer.

Tantos años soñando con sus besos y al final se hacía realidad. Rodeé sus caderas con mis piernas cuando me empotró contra la madera de la puerta. Gemí. Empecé a quitarle la camiseta. Mi vestido era una franja negra en la cintura. Con los dientes me bajó el tirante del vestido, no llevaba sujetador.

Pero ahí se quedó.

Recé para que no se detuviera.

Que solo fuera para coger aire.

Pero supe que había terminado cuando apartó la cabeza y me ayudó hasta que mis pies tocaron el suelo. Despacio como una metáfora de bajarme del sueño hasta tocar la realidad.

Juntó su frente con la mía, con la respiración entrecortada.

—No podemos… eres tan… —jadeó en un susurro tan débil y derrotado que sentí que me partía en dos.

—Tengo casi dieciocho años.

—Lo sé. —Suspiró profundamente y os juro que sentí los engranajes de su mente yendo a mil por hora—. Prometí que cuidaría de ti.

—Y lo has hecho. Pero Levi yo… te quiero… —confesé desesperada.

No estaba llorando, solo una única lágrima me resbaló por la mejilla. Una sola para cargar con toda aquella pena.

—Por favor, no lo hagas más difícil. No puedo. —Su rostro se contrajo en una mueca.

Se alejó dejándome allí sola.

Y lo odié con todas mis fuerzas. Por parar.

Y lo quise aún más por respetar aquel juramento que le había hecho a mi padre y por mantenerse firme en un momento como aquel en el que los dos ardíamos de deseo.

Por la mañana me llevó al aeropuerto, cuando nos despedimos ni me dio un beso, solo me cogió de la mano y me pidió que lo perdonara.

Pasamos un otoño raro en el que los *e-mails* y las llamadas eran frecuentes, aunque no hablásemos mucho. Era como si no quisiéramos perder el contacto, pero sin saber cómo reaccionar a lo ocurrido, a lo que ninguno de los dos hacía nunca referencia.

Aquella Navidad cumplí los dieciocho y Levi volvió a casa. En Nochevieja, mientras el mundo celebraba el nuevo año nosotros estábamos desnudos, sudorosos y disfrutando de nuestro primer orgasmo juntos. No sé si fue en un acto de rebeldía y mi forma de celebrar mi mayoría de edad, o que ya íbamos tan borrachos que fue imposible negarnos aquel deseo. Lo hicimos en el cobertizo que su madre había acondicionado para su práctica de yoga y relajación. Envueltos en una especie de zona *chill out*, llena de cojines y velas… Fue mi primera vez y la recuerdo muy bonita. Él fue tierno, más que hacer el amor sentí que me adoraba. Estuvo perfecto.

Y así seguimos durante cuatro años, hablando por teléfono o *e-mail* y acostándonos cada vez que nos veíamos, que realmente eran poquísimas veces. Entre su trabajo, mi carrera, con más de tres mil cuatrocientas millas y todo el Atlántico por el medio era complicado encontrarnos. No hablamos nunca de «novios» ni de otro tipo de etiqueta.

Entonces llegó la boda de nuestros hermanos (June y Harry), y él volvió y se quedó durante toda una semana. Cada noche nos escapábamos para vernos y liarnos, un par de noches nos fuimos a un hotel. Esa vez sí hablamos de algo más concreto para el futuro, cuando ese verano terminara la carrera iría a verlo y volvería a pasar el verano en Nueva York con él.

Seis semanas después me hacía una prueba de embarazo que daba positivo.

Tenía veintidós años.

El mismo día del resultado, que me tenía en *shock* y me hacía actuar como una marioneta, mi hermana y Harry se iban de luna de

miel y la primera parada era Nueva York. Se quedarían con Levi unos días antes de hacer la Ruta 66 en moto.

Mi hermana me llamó dos días después para contarme que, aprovechando que estaban allí y era enfermera, Levi le había pedido consejo sobre una cosita… Esa cosita era una infección ETS por la que tuvieron que acudir a urgencias.

Nadie sabía que estábamos liados.

Aquella noticia me destrozó como un huracán. Hacía poco más de tres horas que había tenido la primera visita con el ginecólogo y me habían dicho que sí, que estaba embarazada, pero que era un huevo huero. Había que provocar un legrado.

Dolor. Dolor. Dolor.

Soledad. Soledad. Soledad.

No quise saber nada más de Levi. Cuando llamó le dije que había conocido a alguien. Fue lo único que se me ocurrió para que me dejara en paz.

Cuando supe que aquel verano volvía a casa, me inventé un viaje a Escocia y me fui a recorrer a pie una parte del *West Highland way* desde Glasgow hasta Fort William.

Después, con la complicada separación de mis padres, nos veíamos muy poco con los Brown.

Pero llegó la boda de April y Luke. Y allí apareció de la mano de una americana, Stephanie. Venía con ella y con la noticia de que pensaban instalarse en Kingham.

Y yo me busqué un trabajo en Londres y me marché para no toparme con él en el pueblo. Y así habíamos pasado dos años.

La terapia con Jean me ayudó a darme cuenta de que volqué sobre Levi, no solo mi desamor, sino también la pérdida del bebé y la separación de mis padres. Todo se había juntado en muy poco tiempo y él acabó siendo el cabeza de turco. No digo que no tuviera su parte de culpa, claro que la tenía, pero no toda la que le echaba.

Jean me ayudó a separar las emociones y encasillarlas donde tocaban. A pensar en ellas, desmenuzarlas hasta hacerlas asumibles. Toda la frustración, la rabia, el rechazo, la traición, sin nombrar toda

la pena que me provocó lo del bebé. No me veía siendo madre tan joven, pero tenía claro que nunca hubiera abortado.

Y había avanzado mucho en la terapia, pero Levi seguía siendo un tabú para mí porque no sabía cómo tratarlo después de todo lo que había ocurrido. Tenía la sensación de no conocerlo, que durante buena parte de mi vida lo había idealizado tanto que había perdido la realidad de vista.

31

Estaba tan distraída que cuando noté dos manos más cogerme de la cintura, grité.

—Eh… solo soy yo.

Quise decirle que ese era un buen motivo para gritar y salir huyendo, pero en lugar de eso me giré para saludarlo. Le di dos besos que se alargaron porque me envolvió con sus brazos y me dio un abrazo, el mismo que años atrás soñaba con que me diera pero que en aquel momento me hizo sentir incómoda.

—Por fin, tenía tantas ganas de verte —susurró pegado a mi pelo, y me estremecí recordando nuestras charlas interminables en mitad de la noche.

Me aparté, incómoda.

—Levi, él es Jean Pierre.

Los presenté y se saludaron con un apretón de manos. Al contrario de la cara risueña de Levi, la expresión de Jean era seria y sus ojos no se despegaban de mí, como si temiera por mi vida.

Le cogí del antebrazo en un gesto que quería decir: «estoy bien, pero no me sueltes».

—¿Os venís a la mesa?

—Me debe otro baile, luego —le contestó Jean antes de cogerme de nuevo por la cintura y dar un paso hacia atrás.

Vimos cómo se alejaba y saludaba al resto al llegar a la mesa, una camarera llegó con su pedido; era lo más normal viviendo en un pueblo, nos conocíamos tan bien que ya ni hacía falta pedir, solo entrar ya te servían tu bebida favorita.

—Gracias por darme unos minutos —le agradecí, porque la historia de que le debía otro baile era solo una excusa para no volver a la mesa con todos.

—He creído que los necesitarías —dijo escueto JP.

Sonaba *Slow Dancing in a burning room* de John Mayer, me encantaba aquella canción y bailarla pegada a Jean la hizo más especial.

Parece que no puedo abrazarte como quiero
para así sentirte en mis brazos.
Nadie va a venir a salvarte…

—Actúa como si no pasara nada. —Rechiné entre dientes, sin dejar de mirar hacia la mesa, disimuladamente, pero no podía evitarlo.

Levi seguía igual de impresionante. Los hermanos Brown no destacan por su altura, comparado con Luke o Jean, pero eso no les restaba atractivo. Sus ojos verdes, su mata de pelo espesa y castaña, sus hombros anchos o su mandíbula diamante cubierta siempre por una incipiente barba eran sus bazas. Además, Levi tenía ese toque salvaje en su forma de mirarte que se acentuaba por la cicatriz alargada que tenía en el labio superior, se la hizo a los trece cuando se subió por primera vez a una moto. Era como si el tiempo no hubiera pasado por él.

—Tú has hecho que sea así. Le dijiste que tenías nuevo novio y que lo «vuestro» había acabado. Nunca le contaste la verdad.

Me dolieron sus palabras, pero también supe que tenía razón. No podía culpar a Levi de comportarse como siempre si no sabía por qué yo me sentía traicionada. Los recuerdos salieron a la superficie de mis pensamientos, cerré los ojos deseando, obligándolos, a desaparecer de igual modo que habían aparecido.

Yo era como tú siempre soñaste,
tú eras la que yo siempre había tratado de dibujar,
¿cómo te atreves a decir que no es nada para mí?

—¿Crees que debería hablar con él? —pregunté con la voz estrangulada solo con pensar en hacerlo.

—Es tu decisión. Él solo actúa según su versión.

La canción terminó y aunque estar bailando (o más bien estando abrazados y moviéndonos lo mínimo) era realmente lo que me apetecía, los dos sabíamos que no podíamos continuar porque, por muy agradable que fuera, solo era una táctica de distracción, una huida de la verdad y realidad.

Éramos demasiado mayores para estar jugando al gato y ratón.

—Será mejor que volvamos a la mesa —murmuré.

32

Me dio un beso en el pelo antes de ir hacia allí, la sensación era la misma que si me hubiera dirigido al matadero porque una parte de mí había tomado una decisión y la otra estaba haciéndose a la idea.

Cuando llegamos ni me senté, di un trago larguísimo a mi cerveza, aunque ya estaba caliente, y la terminé.

—¿Salimos a charlar un rato? —le dije a Levi tocándole en el hombro.

Noté los ojos de Jean en mí y su forma de mirarme me decía que había tomado la buena opción, él era partidario de sacar todos los pesares, de no guardarse palabras dentro. Secretos que teñían el día a día y acababan envenenado la vida.

Me guiñó un ojo y yo le respondí encogiéndome de hombros de forma sutil.

Levi también miró a Jean para ver si le parecía buena idea, y él le sonrió. Conocía a Levi y sé que no le estaba pidiendo permiso para salir a hablar con su novia, sino más bien un gesto de respeto entre caballeros. Cogió la botella y me siguió hasta la puerta que estaba bastante concurrida de gente entrando y saliendo.

Fuera la noche era cálida y un cielo repleto de estrellas engalanaba la noche. Andamos hasta el murete de la entrada. El olor que desprendían los rosales y la lavanda flotaba en el aire y los farolillos bañaban el espacio con su cálida luz.

Lo miré en detalle y me di cuenta de que sí había cambiado, pero como el buen vino los años le habían perfeccionado los rasgos. Tenía un aspecto… bohemio. Llevaba el pelo más largo, hasta taparle las

orejas, y la ropa —vaqueros y camiseta— quedaba lejos de los trajes negros (con chaleco incluido) y la camisa azul celeste que solía llevar para ir a trabajar a Wall Street. Tampoco quedaba rastro de las gafas negras que le daban aquel aire intelectual que me volvía tan loca… Sacudí la cabeza tan fuerte que la melena me rozó la barbilla haciéndome cosquillas.

Empezamos a hablar de banalidades, cómo estaban sus padres, mi trabajo y vida en Londres. Me contó que Stephanie y su madre se habían ido a un retiro de yoga y que no volvían hasta la mañana siguiente para acudir a la boda.

—Dios, ¡pero ¿cuánto hacía que no nos veíamos?, parece una eternidad! —dijo cuando terminamos de ponernos al día.

—Dos años, más o menos.

Hacía tiempo que había dejado de contar los días, las horas… hasta los minutos.

—¿Para la boda de April y Luke?

—Sí. —Fue uno de los días más complicados de mi vida; por suerte, June estuvo todo el rato a mi lado evitando que me desmoronara cada vez que lo veía con Steph.

Mi cabeza buscó una distracción y se concentró en la música que llegaba desde el *pub*. Era *One number away* de Luke Combs.

Y estoy a un número de teléfono de llamarte.
Dije que había terminado, pero me estoy muriendo por dentro.
Tengo un lío en la cabeza, chica,
Confieso que mentí cuando dije: me voy y no vuelvo…

A una llamada de distancia, eso habíamos sido nosotros.

Dio un trago a su cerveza, tranquilo sin saber la bomba que iba a lanzarle. Alargué la mano y le cogí la botella para dar uno yo también, necesitaba una mecha. Le gustaba la cerveza negra, y al darle un sorbo recordé sus besos.

«Dios…».

—¿Recuerdas la boda de Harry y June? —pregunté en un hilo de voz.

Ladeó la cabeza hacia mí y su sonrisa me arrastró hasta aquella primera Nochevieja que pasamos juntos. No era momento para evocar el pasado.

—¿La boda o a nosotros?

Cerré los ojos cuando su voz volvió a tomar aquel tono suave y ronco… Recordé las madrugadas que me despertaba a besos… De repente volví a aquellas noches y a tener veinte años.

Alcé la cabeza como si en el cielo nocturno fuera a encontrar el arrojo que me faltaba. Empecé a temblar ligeramente.

—Nosotros. —Cogí aire y sin siquiera expulsarlo pronuncié aquellas palabras que llevaba demasiado tiempo guardándome dentro—. Yo… me quedé embarazada.

No lo miré, seguí con la vista fija en las estrellas. A pesar de estar en medio del pueblo se podían distinguir algunas de ellas, divisé la Osa mayor cuando oí el golpe del cristal de la botella colisionando con el suelo haciéndose añicos. Joder, cuando mi hermana me llamó y me contó su visita a urgencias, mi corazón había sonado igual al romperse.

Se puso en pie, recogió los cristales más grandes y los tiró a la basura.

Lo conocía y sabía que necesitaba unos segundos para digerir la noticia.

Cuando se sentó de nuevo empecé a hablar.

—Lo supe el mismo día que acompañé a June y Harry al aeropuerto. Horas más tarde hablamos, pero no me atreví a decirte nada. Estaba tan acojonada… Dos días después fui al médico, era anembrionario. No había… —A pesar del tiempo transcurrido, fui incapaz de decir la palabra. Levi se dio la vuelta y me cogió la mano como dándome su apoyo a continuar. Cogí aire—. Programaron el legrado para unos días después. Dije a todos que me iba a Londres con una amiga a la que la había dejado el novio y que necesitaba compañía.

—¿Estuviste sola? —preguntó en un hilo de voz que no escondió cómo le estaba afectando mi declaración. Afirmé con un ligero

movimiento de cabeza.

El silencio se instaló entre nosotros, sabía que tenía que seguir, pero… Dios, qué complicado era confesar todo aquello.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Lo vi tan conmocionado que se me formó un nudo en la garganta.

—Porque mientras a mí me hacían una eco y me daban el diagnóstico, tú estabas en el hospital por una infección ETS.

Noté como todo su cuerpo se crispaba de tensión.

—Joder, te lo contó.

—Sí.

Se refería a mi hermana. Levi no pudo irlos a buscar al aeropuerto porque estaba con fiebre; cuando llegaron June, y su vena enfermera, se pusieron a cuidarlo. Al día siguiente se levantó meando sangre. Ella fue quien lo acompañó al hospital. Y aunque le pidió que no se lo contara a nadie, ella me lo dijo sin saber lo que había entre Levi y yo. Un secreto que solo sabíamos nosotros pero que fulminó lo nuestro. No fue hasta meses después que le confesé a mi hermana que estábamos liados.

Dejé que el silencio tomara el relevo, dándonos una tregua, a él para asumir lo que acaba de confesar, a mí para reponerme un poco. Llevaba dos años esperando aquella conversación.

—Lo siento, si pudiera volver atrás… —empezó a decir, pero lo interrumpí.

—Pero no podemos. Tú y yo nunca hablamos de futuro ni de una relación estable como para pedir monogamia. —No lo hice porque no lo creí necesario, lo di por sentado. Igual que no habíamos puesto etiquetas pero para mí él era mi novio. Secreto, eso sí.

—Me gustabas, mucho, pero lo nuestro era tan complicado… No solo por la edad, nuestros padres son amigos íntimos, tanto que parecemos familia. Tú estabas aquí y yo allí… Me invitaron a esa fiesta y se desmadró…

—Bastante, visto cómo acabaste… —terminé por él cuando no continuó, y soné demasiado a reproche. Al volver a hablar intenté dosificar—. Después fue cuando te llamé y me inventé lo del novio.

No quería decirte la verdad y fue lo único que se me ocurrió para alejarte.

—Lo conseguiste. Lo nuestro me resultaba tan comecocos que me agarré a ello sin pensar en nada más.

—Fue lo único que se me ocurrió sin meter a nuestras familias; era nuestro error, no tenía porque afectarles.

—Tiene lógica. Fui un auténtico capullo, lo siento.

El silencio se instaló entre los dos y en él encontré por fin la paz, Jean tenía razón, era liberador.

—¿Crees que hubiéramos sido buenos padres? —preguntó al cabo de un rato.

—Estoy segura de que lo hubiéramos hecho lo mejor que sabíamos.

Me eché a llorar por la pena, y por la paz de habérselo confesado. Allí comprendí que él era la otra mitad de aquel asunto y que tenía el mismo derecho que yo de estar al corriente. De estar afectado por lo que no llegó a ser, pero que siempre estaría con nosotros. Me rodeó con sus brazos y nos consolamos mutuamente.

—Con Steph llevamos un año intentándolo, después de infinidad de pruebas nos han dicho que la única solución que tenemos es la ovodonación, pero ella esa solución no la ve. Así que iremos a por la adopción. Ahora sí que se va a casar conmigo, necesitamos los papeles.

Conocía muy poco a Stephanie, porque había evitado cualquier contacto (no quería que en algún momento explotara y dejara salir a la Winter celosa). Sabía que era vegana. Amante de la naturaleza y de los animales. Que le encantaba Kingham y su sueño era vivir de lo que cultivaba. Era profesora de yoga, vendía sus hortalizas y mermeladas en el mercado y también impartía clases de cocina. Era demasiado perfecta. Sabía de ellos por mi madre, fue la que me contó que cuando John se puso enfermo, Levi no dudó en volver a casa y Steph lo acompañó, feliz con la idea de vivir en la campiña inglesa.

—¿No quiere casarse?

—Decía que era solo un papel, burocracia. Uno que ahora es un pase para ser padres —dijo y su voz denotaba tristeza.

—Lo siento.

Nunca hablamos de hijos, ni de si quería ser padre, pero en aquel momento vi a un hombre que deseaba serlo con una mujer que no podía dárselo de forma natural y una ex que acababa de confesarle que había perdido a uno.

—Durante estos años te culpé, estaba rabiosa contigo. Me sentí traicionada, abandonada…

—Winter, si lo hubiera sabido…

—Ya no importa —lo interrumpí.

—No es verdad, sí que importa. No recuerdo que lo hiciéramos sin preservativo, así que fue un accidente. Pero te juro que si lo hubiera sabido nunca te habrías sentido sola.

—Gracias —dije apoyando la cabeza en su hombro.

—Siento haberme comportado como un capullo todo este tiempo.

—Jean dice que si no lo sabías era imposible que actuaras de otro modo.

—¿Él lo sabe?

—Sí, es el único al que se lo conté todo. June solo sabía que nos habíamos liado.

Chasqueó la lengua. Se puso en pie. Resopló. Dio un par de pasos hacia un lado, luego al otro y acabó de nuevo a mi lado.

—Lo siento, pero necesito estar solo.

—Claro.

33

Levi, antes de marcharse, pasó por el *pub* y salió con un cubo y una escoba para recoger los cristales. Él era así. Por eso sabía que hubiera sido un buen padre. Que habría cuidado de mí. Puede que hasta hubiéramos sido una de esas parejas por las que nadie da nada y pasan su vida juntas. Nunca lo sabremos.

Si Levi tenía una cualidad era la de cuidar de los suyos, por eso no me sorprendió cuando mi madre me contó que cuando volvió, dos años atrás, lo hizo para quedarse cuando supo que John ya no podía hacerse cargo de la gestoría que había creado su abuelo. Y desde entonces era contable y esporádicamente hacía de asesor financiero. Solía decir que ya había llegado a lo más alto de su carrera y que Wall Street era demasiado exigente como para tener una vida. Él había escogido vivir.

Me quedé un rato allí sola, pensando en él. En nosotros. Fue entonces cuando me di cuenta de que había cariño, que sentía el afecto de un viejo amor, pero ya no estaba enamorada. No solo había sido mi amor platónico de niñez, le quise como se quieren a las personas con las que haces planes de futuro y que no solo quieres que estén en tu vida, sino que quieres que sean felices. Lo quise así. Pero ya no. Ni en mis sueños de futuro él era el protagonista, como lo fue durante más de quince años. Y eso me desconcertó porque no había sido consciente de cuándo había ocurrido.

Me alejé del pueblo, renuncié a fines de semana en casa, a comidas familiares por miedo a reencontrarme con Levi. Tenía miedo

a estar frente él y no refrenar las ganas de abrazarlo, besarlo y al mismo tiempo de pegarle por haber roto el «nosotros».

Pero todo aquello había acabado siendo pasado. Aquella noche, después de la charla, ya no quedaban restos de rabia ni de odio. Fui una idiota retrasándola tanto. Podría haberme evitado mucho dolor y lágrimas si lo hubiera afrontado mucho antes.

Levi pasó del cajón de «no quiero ni pensar en él» a mudarse al de «recuerdos bonitos». Al que siempre que acudía conseguía sacarme una sonrisa.

Tampoco me sorprendió que, en cuanto Levi se fue, Jean saliera a ver cómo y qué pasaba. Lo vi en cuanto cruzó la puerta, con las manos en los bolsillos y sin saber si atreverse a acercarse. Al verme sola se acercó sin dudarlo.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó en un susurro, de pie a mi lado. Se había acercado a las jardineras y miraba hacia la calle. Se mostró cercano, pero dándome mi espacio.

—Mejor de lo que esperaba. Se ha ido un poco tocado.

Sentía que todo mi cuerpo era un nudo de sensaciones que se habían enroscado unos con otros y era imposible saber donde empezaba uno y terminaba otro. La boda de mis padres y la envidia que me despertaban. Inventarme un novio. Conocer al verdadero Jean y gustarme lo que descubría de él. Afrontar por fin a Levi. Contarle nuestra pérdida… Era demasiado.

—Es normal, dale tiempo. Entonces, ¿todo solucionado?

—Sí —dije poniéndome también en pie—, gracias por «obligarme».

—No te obligué.

—Ya me entiendes, gracias. —Y las lágrimas se adueñaron de mis ojos y resbalaron por las mejillas, incontrolables. No lloraba de pena, lloraba porque por fin había cerrado aquella etapa de mi vida.

Y eso también me hizo reír, de alivio. Sentía que había llegado a la cima. Ganado una batalla, una que me había dejado heridas ya

cicatrizadas, una que en lugar de hundirme más me impulsaba como un cohete hacia mi futuro.

—Perdona, parezco una loca; ya ni sé cómo me siento.

Dio un paso más hacia mí y me secó una lágrima con el pulgar. Solo ese roce hizo vibrar cada una de mis células.

—¿Y qué? —susurró y su acento afrancesado se hizo más notable—. Nada es blanco o negro. ¿Qué hay más bonito que reír hasta llorar? O llorar y al instante sonreír. La felicidad sin miedo pierde sentido, solo es plena cuando sabes que es fugaz. Nunca te guardes ni una risa ni un lloro. Ni te disculpes por mostrarte humana.

El silencio se apoderó de nosotros unos instantes.

—Están saliendo —dijo entre dientes.

Yo estaba de espaldas a la puerta y sus palabras me pusieron en tensión.

—Mierda, no quiero que me vean llorar.

Jean eliminó la distancia que había entre nosotros y me rodeó con sus brazos y me besó. Era como recordaba: cálido y anhelante. Separé los labios antes de que me lo pidiera, y él entró en mi boca. Fulminó cualquier otro pensamiento que no fuera lo mucho que lo deseaba. Escondí las manos bajo su camisa, allí donde tocaba encontraba la perfección. Se volvió más ávido, aumentó el calor y la desesperación. Con aquel beso me pedía que le arañase la espalda. Pedía más, mucho más.

—Eh, parejita, nos vamos a casa —exclamó Harry después de carraspear para informarnos de su presencia.

—Id tirando —le contestó Jean escondiéndome.

—No volváis tarde o mamá se enfadará —dijo April, en su tono serio.

—No lo haremos. No queremos que vuelva a pasearse desnuda.

Solté un gruñido barra grito barra risa histérica. Se refería a una anécdota que pasó el verano de mis trece años. Eran las fiestas y nos dejaron salir juntas prometiendo que volveríamos a las diez de la noche. Prometo que a menos cuarto empezamos a despedirnos de

la pandilla, pero nos entretuvimos. No sé cómo pasó, solo sé que al final nos dio la medianoche. Cuando llegamos al camino de grava vimos a mamá que salía en nuestra búsqueda. El problema no fue saber que nos habíamos metido en un gran lío al ser pilladas, el problema era que estaba completamente desnuda. Muy seria se puso delante de nosotras y nos dijo: «la próxima vez iré así hasta el pueblo y no solo os dejaré en ridículo delante de vuestros amigos, además vuestro padre se enterará y tendréis que ser consecuentes con vuestros actos». Nunca más, ninguna de las tres, rebasamos la hora de vuelta porque no había nada que le temiéramos más que a papá y sus castigos que nos recordaban a Rapunzel encerrada en la torre dejándose crecer el pelo con la única idea de escapar.

—¿También te contó eso? —aulló April, habíamos prometido que nunca se lo contaríamos a nadie.

Su voz me llegaba distorsionada por la camisa de Jean que olía demasiado bien. Imaginé que si el paraíso olía de alguna forma se parecería a su fragancia.

—Joder, Winter… —añadió June, aunque en su voz no había ni un ápice de reproche.

Saqué un poco la cabeza y les dije que se fueran para casa.

Los oímos alejarse entre risitas y comentarios jugosos.

Una vez solos, alcé la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Siento haberte besado así, no se me ocurrió otra cosa para esconderte.

Mis manos seguían alrededor de su cintura, sonreí y negué con la cabeza, quitándole importancia.

—Me gusta que me beses, pero me molesta que solo lo hayas hecho por eso —confesé bajando de nuevo la cabeza, quería esconderme y su pecho me parecía el mejor refugio, por paradójico que fuera.

Con el pulgar bajo mi barbilla me incitó a alzarla de nuevo.

—Solo desde esta mañana, ¿cuántas veces has pensado en besarme?

Sonrió insolente, alzando más la comisura del lado derecho y lo copié.

—Desde esta mañana… *hmm*… déjame que piense… —Me hice la despistada cuando me di cuenta de que me faltaban dedos de las manos y pies para contarlas—. No sé, puede que un par… —mentí y sus ojos brillaron porque lo sabía.

—Pues yo no pienso en otra cosa. —Subió la mano desde mi espalda hasta el pelo y con la otra me acunó la mejilla, sus dedos me rozaron esa zona tan sensible bajo la oreja, convirtiendo mi piel en fuego.

—Esto es una locura —jadeé agarrándome de la tela de su camisa.

Mi cuerpo estaba partido en dos, el deseo y el sentido común luchaban entre ellos.

—Locura… ¿por qué? —Arrugó el ceño.

—Dímelo tú, que eres el terapeuta.

Chasqueó la lengua antes de responder en un susurro:

—Ahora mismo solo soy un tipo afortunado por estar abrazando a la chica que desea. Te deseo y no veo el inconveniente ni la locura ni en decirlo ni en sentirlo.

—¿Cómo haces para que todo resulte tan sencillo?

La respiración se volvió más pesada, ya no sabía si por sus palabras o por sentirlo tan cerca.

—Es un claro ejemplo de la navaja de Ockham, la respuesta más probable suele ser la más sencilla. —Inclinó un poco más su cabeza acercándola a mi rostro, tanto que notaba su aliento sobre mis labios—. Te deseo debajo de mí, abierta de piernas y jadeando mi nombre.

—Y yo a ti —jadeé.

—¿Estás segura?

—Quiero sentirte —confesé escondiendo las manos bajo la camisa y sintiendo por primera vez mis dedos recorrer la piel de la espalda.

Entonces fui yo la que eliminó la distancia y lo besé con ansia. Me puse de puntillas para tener más disponibilidad, su lengua reclamó la mía para retozar juntas en un baile sensual. Sus labios presionaban los míos con tanto deseo que me robaba el aire.

—Vámonos de aquí —pidió mordiéndome el labio inferior.

34

Volvimos a casa sin dejar de tocarnos, paramos en cada farola para hacerla partícipe de nuestros besos y deseo. Era incapaz de apartar mis manos de su cuerpo y las de él en el mío; aún no sé ni cómo llegamos a casa, supongo que por arte de magia, o con las alas que te da el sexo. Antes de abrir la verja de hierro, me apoyó contra el muro y rodeé su cintura con una pierna. Empecé a besarlo en la boca, seguí por la mejilla rasposa por la barba, tracé su mandíbula y ascendí hasta su cuello donde descubrí su sabor con los labios mientras su risa anhelante vibraba bajo mi lengua.

—Winter… —Puede que fuera mi imaginación, algo espesa por la cantidad de lúpulo que se estaba fermentando en mi estómago, o por mi charla con Levi y que me tenía muy a flor de piel, pero juro que había sonado a súplica. A una imposible de resistirse.

Alcé la cabeza en busca de aire cuando sentí la noche directamente sobre el pecho desnudo, me había desabotonado la camisa sin que me diera cuenta. Al verse liberado de mis besos fue su turno para volverme loca con su lengua jugando con un pezón, sobre todo cuando noté el tacto de sus dedos acariciarme el muslo e ir subiendo despacio, pero con garra, hacia el borde de mis braguitas. Se detuvo y cuando busqué sus ojos para obtener una respuesta sonrió antes de besarme y esconder un dedo en el interior de mi ropa interior. Fue tan exacto, tan bueno… Estaba tan excitada. Había pasado tanto tiempo de sequía y con el morbo que me producía estar en un lugar público que estaba levitando muy rápido, supongo que lo notó porque su forma de tocarme se volvió más

certera. Dentro, fuera, y en el momento exacto me pellizcó el pezón con los labios aumentando la sensación.

—Dios… —balbuceé sin aliento.

Recuperé la conciencia en cuanto entramos en la habitación. Nos lanzamos de nuevo en un beso que borraba un ser de otro hasta el punto de no saber de quién era la lengua o los labios. Nos fundimos. Jean sabía a locura. A vida. A futuro limpio. Quería verlo. Tocarlo. Sentirlo. Me alejé lo mínimo para desabrocharle la camisa. Él me ayudó en la tarea desabrochándose el cinturón y los pantalones.

—¿Estás segura? —preguntó junto a mi oído cuando se quedó solo con los bóxers.

—Menos *bla bla* y más *mua mua*, señor terapeuta.

Echó la cabeza hacia atrás y rio, su risa sonó rasgada y profunda y noté como me provocaba un espasmo, una réplica a menor escala del orgasmo anterior.

Mis manos volaron hacia su pecho, aquel sobre el que había amanecido aquella mañana, sin saber que horas después lo descubriría peca a peca, beso a beso. Mi estómago se encogió en una especie de convulsión anunciadora de un placer mayor que estaba por llegar.

Mi lengua, junto con dientes y labios seguía el camino que dibujaban mis manos. Su pecho, las tetillas, bajando hacia el abdomen… noté su piel erizarse. Me alcé de puntillas y aspiré su gemido.

—No grites. Nada de ruido… —pedí mordiéndole el mentón.

Me cogió de la mano para darme la vuelta. Su excitación encajó en mi espalda, entre las nalgas. Marcando el camino de no retorno. Me bajó la cremallera de la falda, con sus labios sobre mi clavícula, nunca había sentido mi piel tan hipersensible. Dejó caer la ropa y el contacto del aire y su piel hicieron que la mía ardiera y empecé a temblar de ganas. Él también fue consciente de esa intimidad porque me mordió el hombro. Lo deseaba de una forma salvaje y

primitiva. Pocas veces me había sentido tan viva. Volvimos a besarnos, con la lengua recorrí su labio inferior, le mordí para calmarlo después. Tiró del sujetador hacia abajo pinzando el pezón hasta provocarme ese dolor que pide más y humedece. Me deshice del resto de mi ropa interior. No poder gritar ni sollozar pidiendo más aumentaba los cinco sentidos; él reinaba en todos. Solo podía oler su piel, solo percibía su sabor, solo necesitaba tocarlo a él, oír sus gemidos encarcelados en su garganta. Para mis ojos no había nada más que Jean Pierre. Hasta para mi sexto sentido, ese que había despertado un poco más abajo del corazón, lo reclamaba como su único dios al que venerar.

No llegamos ni a la cama. Cedí sobre la alfombra cuando las piernas dejaron de sostenerme. Me di la vuelta y lo arrastré conmigo quedando él sobre mí. En cuanto mi espalda tocó la mullida tela, decidió recorrerme entera con su lengua siguiendo mi cuerpo que serpenteaba pidiéndole más mientras lo dirigía hacia el centro de todo.

Aparte de Levi, me había acostado con un par de chicos más; la lista no era muy larga, pero tampoco era de extrañar dado mi historial. Con él fue especial por ser el primero, por ser mi amor platónico. Con los otros dos tengo que confesar que, a pesar de gustarme, habían sido algo así como una prueba, una demostración para saber si lo había superado, cuando no era así porque las dos veces las pasé comparando y recordando cómo y qué habría hecho Levi en esa situación. Ninguno de los dos fue capaz de borrar ni por un segundo su huella.

Pero aquella noche con Jean Pierre no pensé en Levi ni en ningún hombre que no fuera el francés. Él lo ocupaba todo. Con su saber hacer de adulto, de un hombre que sabía cómo darte placer y conseguir desmoronarte en sus brazos. Un hombre que no buscaba someter sino compartir. Era sexo del bueno que da la experiencia mezclado con ese deseo que hace perder la cabeza, casi adolescente. De no importar si habíamos llegado a ese punto a partir de una farsa. Ni de que estábamos en casa de mis padres y de que

alguien podía oírnos. Y cuando me penetró se hizo un fundido a negro y llegué a un nuevo universo, con su propio mapa estelar. Quise gritar de éxtasis, pero me silenció con la mano que se la mordí mientras sus penetraciones se fueron haciendo más largas, más profundas, más rápidas. Oír sus gruñidos contra mi piel en el cuello, pegado a mi oído, era lo más sensual que había escuchado en mi vida. Nos concentramos tanto para hacer el mínimo ruido que todo cobró otra dimensión cuando explotamos juntos.

La noche fue larga. Repetimos otra vez sobre la alfombra y una vez más al llegar a la cama. No paramos de amarnos hasta que nuestro cuerpo se agotó de sentir, de lamer, de besar y satisfacer al otro.

—¿Quieres que hablemos de ello? —me preguntó Jean casi cuando me estaba quedando dormida.

—Claro.

Sabía que hablaba de mi charla con Levi, de cómo me sentía, pero estaba tan exhausta y satisfecha que mi cerebro estaba completamente desconectado.

—Dime qué piensas, sin filtro —continuó cuando vio que era incapaz de hablar.

Sonreí en la semioscuridad.

Lo que pensaba era que no tenía ganas de pensar en la charla ni en Levi, que había cerrado ese episodio. Y me alegraba de haberlo hecho. No quería pensar si había esperado demasiado en hacerlo. En cómo estaría él después de tal confesión. Porque la verdad era que aquella noche en mi mente solo había un protagonista y era él, Jean Pierre. Que solo habíamos pasado un día juntos, pero había descubierto a una persona que me atraía muchísimo. Y que por primera vez me pregunté qué sería de nosotros cuando volviéramos a la ciudad. La respuesta de que seguiríamos como hasta ahora se me antojó tan insulsa y pobre que sacudí la cabeza para ahuyentarla…

¿Pero quería más?

¿Lo quería él?

—Que solo quiero pensar en el presente —declaré, interrumpiendo mis propios pensamientos—. Ni pasado, ni futuro. Solo ahora.

—Solo ahora. —Y por alguna razón inexplicable, sé que me había entendido perfectamente.

35

Me despertó el inconfundible olor del té. Por un momento no supe si lo soñaba, pero la realidad se fue colando entre mis pestañas. De lo primero que fui consciente fue de que seguíamos abrazados, tenía la cabeza sobre su pecho y mi respiración iba a juego con sus latidos. A pesar de ser el día de la boda, el que tanto temía, me sentí… etérea. Estaba en paz, una que hacía años que no experimentaba. Sabía que en parte era porque por fin había hablado con Levi y me había quitado aquella pesada culpa, pero el resto, la mayor parte se debía a Jean. Él era el autor de aquella maravillosa sensación de estar viva y en armonía. Casi no lo conocía, pero en cambio, tenía una confianza ciega en él, conocía detalles de mi vida que nadie más sabía. Era desconcertante y atrayente al mismo tiempo. Jean Pierre era fascinante.

Cuando la alcé vi que sobre la mesita había dos tazas humeantes. Me puse nerviosa y me subió cuatro tonos el color de la piel de vergüenza. Desnudos, la ropa estaba esparcida por toda la habitación y el olor a cochinadas —que decía April— seguro que aún permanecía pululando por allí. Aún me sentí más ridícula cuando me di cuenta de que no me avergonzaba haber ido a casa con un novio falso y mentirles, sino que supieran que me había acostado con un hombre.

Suspiré agotada de mí misma.

Cuando me tumbé hacia atrás vi que Jean estaba despierto y me miraba aún con el velo del sueño. Debo confesar que lo encontré

muy atractivo y deseé despertar cada mañana con un hombre mirándome como él lo hacía en ese momento.

Alargó la mano y me acarició el pelo.

—Me gusta el olor de tu pelo y cómo se ve a contraluz del amanecer…

«Podría acostumbrarme a esto, es demasiado fácil», pensé pero no llegué a decirlo en voz alta.

—Buenos días —farfullé con la boca algo pastosa.

Me contestó apoyándose en el codo para darme un pequeño beso en los labios.

Él me dio uno, yo respondí con dos, cada uno más largo que el anterior.

Me sentí extremadamente cómoda estando desnuda bajo las sábanas. Mis manos se aferraron a su pelo y tiré de él hasta colocarlo sobre mí. En cuanto nuestros cuerpos volvieron a encontrarse nos desprendimos de la pereza. El calor y la suavidad de su piel me hizo gemir.

—Jean… —jadeé y la excitación empapó mi voz. Su aliento calentaba mi piel al deslizar, con deliciosa lentitud, sus labios sobre ella.

Estaba dibujando espirales con la lengua en mi estómago cuando se alzó y olfateó el aire.

—¿Huele a té? —preguntó con el ceño fruncido.

Me incorporé apoyándome en los codos e incliné la cabeza hacia mi mesita para que viera las dos tazas.

—Mi padre.

Se apartó de golpe poniéndose hasta de pie y a mí al verlo me entró un ataque de risa, que no me impidió recrearme en detalle de su desnudez.

—Baja la voz —me riñó, lanzándome el pijama que habíamos dejado sobre el sillón, y que seguían en la misma forma en la que April los había apartado para sentarse la tarde anterior.

—Si no te ha matado al entrar, dudo que lo haga después.

—¿En serio no te molesta que haya entrado y nos haya… bueno, imaginado?

Me puse también en pie y caminé hasta él.

—Confieso que al primer momento sí, pero luego… no. Soy adulta.

Rodeé su cuello y le di un beso con la intención de tranquilizarlo, pero no lo logré. Nuestros cuerpos se adaptaron al otro, a la perfección. Mis pechos quedaron aplastados y su erección dio un respingo al sentirse pegada a mi piel. El deseo nos fulminó como un rayo ardiente. El beso se volvió algo descontrolado y salvaje, tanto que acabó levantándome por las nalgas y con mis piernas en su cintura.

—¡Arriba todo el mundo, que hoy me caso! —gritó mi madre desde el pasillo.

La carcajada que soltamos nos hizo romper el beso y me dejó en el suelo. Le di un cachete y lo insté a vestirse. Se nos había agotado el tiempo, de momento.

Nos pusimos los pijamas, y quedó claro que cuanto más feos, más cómodos son. Además, ahora las tiendas de ropa los habían, como quien dice, modernizado. Salir en Instagram en pijama era una moda, una que hasta tenía cierto glamur. En nada podríamos salir a la calle con ellos puestos y nadie nos miraría raro. La comodidad, como era la moda de las zapatillas, por fin empezaba a ser tendencia. ¿Quién hubiera dicho hace unos años que llevar una falda con tutú y zapatillas sería sinónimo de estilo? Os burláis de que los ingleses a la hora de vestir somos «especialitos», como dijo Jean hace tiempo en una cena de profesores porque un día vio a una chica en pleno mayo con chanclas, peto vaquero con falda a medio muslo, con un jersey de manga larga por debajo y un gorro de lana. Yo no le veo el problema, yo si tengo frío es en la cabeza no en los pies. Estos franceses… se creen que gobiernan el mundo de la moda…

Cuando llegamos a la cocina ya estaban todos. Cada uno con una tarea distinta y organizados a lo militar. Té, el *porridge* de la abuela, tostadas, huevos, salchichas, fruta, preparar la mesa… Desayunamos todos juntos entre risas y anécdotas. Por cierto, aquella vez los ganadores fueron papá y mamá que se habían puesto como pijamas unos atuendos más típicos de principios de siglo XIX. El de mamá era de satén blanco, con un montón de lazos y blondas… sin duda un camisón perfecto para la noche de bodas o la luna de miel. El de papá también era un camisón blanco hasta las rodillas, incluyó calcetines de rombos y el gorrito de pico largo con borla al final.

36

Creo que nunca he llorado tanto en una boda, ni nunca lo haré. Tenía las emociones a flor de piel, o mejor dicho abiertas en canal y supuraban sin control. Podía ser consecuencia de acudir y ser partícipe de la boda de mis padres, la segunda, después de haberlos visto pelear, divorciarse y volver a juntarse. Puede que fuera por verlos tan felices, después de todo lo ocurrido en los últimos años, y tan mimetizados uno con el otro; era amor y del bueno. Y habían sabido luchar por él.

Puede que también fuera una consecuencia de una noche de buen sexo, de sentir a Jean siempre presente. Si estábamos cerca, me cogía de la mano o de la cintura, me hablaba en susurros pegando sus labios a mi oído; si estábamos separados, aunque fuera cada uno en una punta de la sala, sentía las caricias de sus ojos sobre mi piel.

Lo presenté al resto de la familia y amigos más cercanos antes de la ceremonia. Un gran momento fue cuando mis padres entraron en la sala y vieron la decoración, papá nos guiñó un ojo, contento con el resultado. Mamá se echó a llorar, ese día más de una estaba sensiblera, de hecho, las tres hermanas nos pusimos a llorar cuando escuchamos los votos y se dieron el «sí, quiero». Papá, en su declaración, había hecho la comparación de un jardín con la vida y con regar la flor más bonita y cuidar de ella; fue bonito y algo más poético que el que había hecho Harry, que como friki de Stars Wars había hablado del poder de la fuerza, de no caer en el lado oscuro, de surcar el universo cada noche…

Papá llevaba un elegante traje negro de tres piezas con camisa blanca; mamá había escogido un mono ceñido de color blanco perla, la parte de arriba era bordado con tirantes y pantalón largo. Encima, llevaba una chaqueta larga hasta los pies, parecía una capa que se ceñía en su cintura con un cinturón de la misma tela y la hebilla era de plata con un dibujo celta. Estaba impresionante.

El único momento… digamos tenso, fue cuando llegó la hora de las fotos, antes de comer. Era mediodía y hacía un sol radiante en un cielo azul sin nubes. Un día de primavera vestido de verano que hacía sentir que todo era posible. Decidieron hacer las fotos en el jardín aprovechando de la floración de los rosales y demás plantas y al fondo una de las paredes de la casa cubierta de glicinias. Jean me apartó con disimulo y me preguntó si quería que él saliera en ellas. Que podía buscar una excusa.

—Piensa que son fotos de recuerdo, y yo… solo soy un postizo.

—Jean, mírame —lo insté cogiéndolo de la corbata negra—, quiero que salgas junto a mí porque no importa el motivo, estás aquí y soy feliz de que así sea. Quiero mirar esas fotos y recordar este gran fin de semana. Punto.

Estaba tan guapo vestido con aquel traje negro y camisa gris que me dieron ganas de tirar de él y volver a encerrarnos en la habitación. Noté una punzada en el pecho, a la altura del corazón, cuando pensé en mis palabras: nuestro fin de semana tenía las horas contadas; fue la primera vez, de muchas durante todo aquel domingo, que pensé que no deseaba que terminara.

Me acunó la cara con sus manos y me dio un beso en los labios mientras sonreía. Uno lleno de complicidad y muy íntimo. Me sorprendió para bien sentirme tan cómoda a su lado. Una cosa era en la intimidad de una habitación a puerta cerrada, pero parecía que fuera de allí y rodeados de mi gente estábamos igual, y eso sabía que a la larga me iba a traer problemas. Era demasiado fácil enamorarse de un hombre como Jean Pierre.

—Me gusta besarte mientras sonríes.

—A mí me gustan tus besos. Punto —contesté. Me daba igual si era casto o lleno de furia y pasión. Me daba igual si era en medio de una sonrisa, una palabra o un gemido.

La comida fue excepcional, acompañada de risas y jolgorio. Cada vez que me fijaba en las flores, en los grandes helechos o en las velas que decoraban las mesas y la sala, sonreía para dentro, contenta y feliz de haber venido. Un día que me dio tanto miedo cuando supe de él había dado un giro de ciento ochenta grados y es uno de los más bonitos que he vivido. Después de los postres llegaron los brindis, papá le dedicó unas preciosas palabras a mi madre y algunas para nosotras tres. De nuevo las lágrimas y las risas me acompañaron durante un rato. Igual que lo hizo la mano de Jean cogida a la mía y su pulgar dibujando en mi muñeca trazos de lo que deseé fuera mi futuro.

Después fue el turno de mi madre, pero ella, en lugar de decir unas palabras cogió el ramo y en cuanto la vi, supe que venía a por mí. Cruzó por el medio de la pista con todo el mundo pendiente de ella y de mí. Me puse en pie cuando llegó a nuestro lado y la abracé con fuerza. Me sentía feliz y una auténtica farsante, a partes iguales. Oí los gritos y vítores, pero si una voz sobresalía más que ninguna era la de mi abuela. Alcé el ramo al aire mientras mi madre abrazaba a Jean. Tragué saliva, incómoda por la mentira y el tamaño tan descomunal que estaba cogiendo todo aquello sin darnos cuenta.

Cuando ella volvió a su sitio la gente nos pedía a gritos que nos besáramos, Jean me cogió de la cintura inclinándome sobre su brazo para darme un beso de película que hasta yo me lo creí. Al separarnos, sonreí, con la cabeza enturbiada entre la realidad y la farsa. Mis ojos quedaron atrapados por su forma de mirarme. ¿Se puede fingir muchas cosas, pero una mirada? ¿Y de ese tipo?

Pasamos buena parte de la tarde bailando. Hasta lo hice con Levi.

—Parece un buen tío —dijo hablando de Jean.

—Lo es.

—Me alegro mucho por ti. Te mereces lo mejor.

—Stephanie también es perfecta para ti. Espero que lo consigáis, serás un padre estupendo.

—¿Entonces podemos contar con tu carta de recomendación?

—Por supuesto.

El silencio se apoderó de nosotros, pero había algo que llevaba tiempo callándome y creí que era el momento perfecto.

—¿Te arrepientes? —le pregunté en un susurro, con miedo a su respuesta.

—¿De lo nuestro? —Asentí—. Nunca podría. Me vino grande tu amor, tanto que no estaba preparado para ello y me comporté como un idiota, pero no me arrepiento de nada de lo que hemos compartido. Aunque debo decir que tu confesión de ayer me ha dejado un poco tocado, tengo sentimientos encontrados referente a ello. Es cuestión de tiempo, supongo.

—Espero que puedas perdonarme —le pedí con la voz tomada. Aún me costaba creer que por fin hubiera cerrado aquella herida y que estuviéramos allí los dos, bailando rodeados de nuestra familia y hablando de algo tan personal.

—¿Y tú a mí? Quiero que sepas que mi intención nunca fue hacerte daño. Si lo hubiera sabido… yo…

—Levi, ya lo hice. Te perdoné. —Y fue al decirlo en voz alta que sentí que lo había hecho hacía tiempo, aunque no lo asumiera hasta aquel momento.

El resto de la canción, *Sacrifice* de Elton John, la pasamos en silencio. Fue bonito como llenamos aquellos escasos cinco minutos de miradas que hablaban de los grandes momentos compartidos. De abrazos que curaban viejas heridas y unas manos unidas que se perdonaban por las lágrimas derramadas.

Cuando nos separamos, vi que la abuela había cogido a Jean de la mano después de que bailara con tía Olivia. Era entrañable las buenas migas que habían hecho los dos. De nuevo, acudió aquel desagradable pensamiento de qué iba a decir a la vuelta. Cuánto esperaría para contarles que ya no estábamos juntos. Y cómo se lo tomaría la abuela. Cómo me gustaba complicarme la vida…

Me senté a la mesa al lado de June y le pregunté si estaba bien.

—Perfecto. Pero estoy agotada y me duelen los pies.

—¿Pero a quién se le ocurre ponerse esos taconazos? —dije, señalándolos, eran unas sandalias con un tacón de aguja de diez centímetros.

—Mientras pueda, ya llegará el día que no me vea ni los pies y me pasearé en chanclas. —Se calló un instante y después miró hacia donde estaba Levi, que hablaba con Steph y su madre—. ¿Lo habéis arreglado? ¿Ya no habrá más mal rollo?

—Solucionado.

—Me alegro, esta situación era insostenible. No poder juntarnos todos y ahora con el bebé, odiaba pensar en las fiestas… —La voz se le empañó, pero sacudió la cabeza para recomponerse—. Nada, es pasado y ya no importa.

Sabía que mi comportamiento hacia Levi afectaba en parte a las dos familias, pero entendía que para June lo fuera más porque era la única que sabía lo que había ocurrido, y encima era su cuñado. Y más con el embarazo, saber que dos de los tíos estaban enfadados entre ellos tensaba la situación y complicaba aquellos futuros momentos familiares.

—Lo siento, sé que para ti tampoco ha sido fácil.

—Olvídalo. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

Sí, lo mejor era pasar página.

—Es como ellos —dije mirando a nuestros padres bailar—, se les ve tan felices que hace que olvide por todo lo que hemos pasado.

—Sí, espero que esta vez sea para siempre. Y tú, ¿eres feliz?

Ladeé la cabeza hacia ella y después busqué con la mirada a Jean que reía con la abuela, la cara de ella me dijo que merecía la pena aquella farsa solo por verla así, a pesar de que a cada minuto que pasaba era consciente de que cuando llegara a Londres, donde me esperaba mi vida real, me llevaría un buen batacazo.

—Podrías marcarte un *papás* y tirártelo en el baño, creo que el reverendo Joe ya se ha marchado —susurró entre risas.

—Loca —gemí, antes de soltar una carcajada.

—Pero la idea te ha tentado.

—Demasiado.

Pero en lugar de eso me puse en pie y me acerqué a ellos pidiéndole el siguiente baile.

—Estás preciosa.

—A ti el traje te sienta tan bien que tengo ganas de arrancártelo.

—Esto promete… —murmuró pegado a mi oreja. Su voz rasgada conseguía derretirme por dentro.

Las primeras notas de la siguiente canción empezaron a sonar y aún tardé unos instantes en reconocerla, cuando lo hice se me puso la piel de gallina. Era *Can't help falling in love*, de Elvis.

—¿Crees en el destino? —pregunté.

—¿Por? —Me apretó más a él, me encantaba la sensación de su cuerpo acoplado al mío.

—¿Cuántos millones de canciones puede haber en el mundo? De todas ellas, la que está sonando ahora mismo es la nuestra.

—No dudo de la fuerza del destino pero en este caso es por Harry, me pidió cuál era nuestra *canción cursi*.

—Da igual el motivo, me gusta.

—Y a mí.

Aquella farsa empezaba a abrumarme, y por la forma en que sus dedos recorrían mi nuca me pareció entender que él estaba igual.

La magia de la voz de Elvis nos envolvió en una especie de cápsula excluyéndonos del resto del mundo. Jean hacía que la vida, a su lado, resultase fácil y bonita. Ya había perdido la noción de lo que era real y de lo que no. Solo sabía que no quería que aquella

fantasía terminara. No solo me gustaba Jean, también me encantaba la Winter que era a su lado. Me acurruqué contra su cuello en ese rinconcito que ya había hecho mío. Escuché la letra atentamente:

Los hombres sabios dicen que solo los tontos se precipitan,
pero no puedo evitar enamorarme de ti.
¿Debería quedarme?
¿Sería un pecado si no puedo evitar enamorarme de ti?
Como un río que fluye con certeza hacia el mar.
Querida, así es, algunas cosas están destinadas a suceder.

Me pregunté si nosotros también seríamos algo destinado a suceder. Hacía solo cuarenta y ocho horas de nuestro primer beso, y yo ya me planteaba un futuro con él. Hasta los virus tardan más en incubarse. Era de locos. Pero qué bonita era aquella locura y qué bien me sentaba.

No quería pensar en sus besos, en la noche compartida, en aquella intimidad, y no solo cuando estábamos desnudos, la naturalidad que había entre nosotros… No quería pensar. Tenía miedo a que me explotara la cabeza por darle tantas vueltas a aquella farsa, tan real en algunos sentidos, que temía que también me explotara el corazón al volver a casa y despedirnos de aquella fantasía.

—¿Puedo pedirte algo? —susurró sobre mi pelo.

—Hasta la luna si quieres —admití contra la piel de su cuello antes de darle un beso.

—Antes debes prometerme que no harás preguntas.

Sus palabras me sorprendieron y me despegué de mi rincón para poder mirarlo. Asentí porque había algo en su retina, o puede que fuera aquella media sonrisa la que me dijo que, fuera lo que fuera, era algo bueno.

—Recuerda este instante, céntrate en él. La luz, la música, los olores, tú y yo… memorízalo todo porque un día te pediré que vuelvas a él.

—¿Por qué? —dije obviando lo que acababa de prometerle, con el ceño fruncido, sorprendida y expectante.

—Sin preguntas. ¿Lo harás? —Me quedé atrapada en su mirada y en el paraíso que me prometía.

Hice lo que me pedía. No fue difícil porque llevaba todo el día memorizando cada detalle, como marcando coordenadas en un mapa para volver a esos recuerdos con la mayor facilidad.

—Sí. —Le pasé los brazos por el cuello, sus manos me agarraron con más fuerza pegándome a él e impidiendo que el aire se colara entre nosotros y nos besamos para sellar aquel pacto.

37

Y la velada se alargó tanto que pensé que nunca acabaría, y a cada hora que pasaba más ganas tenía de encerrarme en la habitación con Jean y estar los dos solos. Aunque una parte de mí odiaba que los minutos pasasen y nos acercaran más al lunes y a la despedida. Después del baile llegó el karaoke, el partido de críquet al anochecer y el juego de las películas después de la improvisada barbacoa.

El día fue perfecto y me alegré de haber ido, pero todo quedaba un poco eclipsado por mi francés. Desde la noche anterior el deseo seguía tan presente que éramos incapaces, los dos, de esconder lo que sentíamos. ¿Quién se acordaba de que era solo una farsa? Yo no, y cada vez que ese pensamiento acudía a mi mente lo mandaba lo más lejos que podía.

En cuanto entramos en el cuarto y cerró la puerta, la oscuridad nos engulló. De tantas ganas me quedé paralizada, mientras los dedos de Jean dibujaban el contorno de mi rostro, bajando por la mejilla, hacia el hueco entre el cuello y el hombro. La cadencia con la que me tocaba era inversamente proporcional al latido de mi corazón. Cuando llegó al borde del vestido la sensación era electrizante. No quería ni respirar para no moverme, no quería ni pensar para no distraerme.

Bajó la cremallera y cuando sentí caer el vestido a mis pies la sensación era que todo mi interior se había derretido. Tuve que agarrarme a sus hombros para seguir manteniéndome en pie.

—Eres jodidamente *sexy* —murmuró rodeándome la cara con las manos mientras me acariciaba las mejillas con los pulgares.

Su voz sonaba espesa, la mía ya ni me salía.

Con las ganas que habíamos ido almacenando en todo el día pensaba que una vez solos nos comeríamos la boca y arrancaríamos la ropa en un visto y no visto. Pero Jean parecía tener otros planes, en aquel momento admiré su templanza, como estaba controlando aquella fiera que me había enseñado la noche anterior.

Alargué la mano y terminé de quitarle la camisa. Hacía horas que se había quitado primero la chaqueta y luego la corbata. Como el resto de los hombres había terminado con la camisa medio por fuerza y dos botones desabrochados. Los mismos que me dejaban entrever un trozo de piel, una que deseaba besar con todas mis ganas. Mis dedos siguieron con la tarea desabrochándole el cinturón y luego el pantalón. En un movimiento él se quitó los zapatos, quedándose solo con los bóxers.

—Winter… —Me gustó como sus labios dibujaron mi nombre.

Tenía su boca tan cerca que si hubiera sacado la punta de la lengua hubiera rozado sus labios. Dejamos que fueran nuestros alientos y las ganas quienes se besaran antes, alargando la espera. Un instante eterno después su boca reclamaba la mía, y si en un principio parecía seguir con aquella inquietante lentitud pronto fue imposible detener aquella avalancha. Fuimos vencidos por el deseo. De pronto fue como si fuera a acabarse el mundo. Como si fuéramos a morir en cualquier momento. Como si no dispusiéramos de más tiempo. Nuestros cuerpos encajaron, y cada célula de mi cuerpo fue invadida por su calor. Deslicé mi boca por su mandíbula hasta la base de la garganta. Sentí su pulso bajo mi lengua. Inhalé su aroma, lamí, saboreé, mientras mi mano le quitaba la ropa interior y tomaba su glande entre mis dedos. Arriba, abajo. Volví a subir. Tiré hacia arriba de la piel, como había descubierto que le gustaba, consiguiendo que volviera a oír mi nombre en un jadeo.

—Vas a matarme…

Me levantó en un rápido movimiento y nos tumbó en la cama. Sentir su peso sobre mí hizo darme cuenta de cuánto lo había echado de menos durante todo el día. Como cuando te quitas los

esquís después de un día de nieve y al andar sigues con esa sensación. Yo me había pasado el día añorando el cuerpo de Jean sobre el mío. La sensación de su piel contra la mía, oír como se nos acompasaba la respiración. O el retumbar de su latido pegado a mi oreja.

Siguió besándome mientras me acariciaba desde la base del cuello hasta el muslo, sin dejarse ni un solo milímetro sin recorrer. Su boca hizo el mismo recorrido, con los labios pinzó el pezón al mismo tiempo que sus dedos hábiles me arrancaban un jadeo que ahogué mordiéndome el labio. Era incapaz de controlar nada.

—Jean… por favor —rogué, tirando de su pelo para que me mirara e hiciera caso.

Me sentía hasta mareada. Me faltaba el aire. Me faltaba él. Como si me hubiera pasado con el alcohol, Jean estaba resultando ser más efectivo que cualquier psicotrópico.

Tras alejarse para ponerse un preservativo, volvió a tumbarse sobre mí y su dureza se clavó en mi entrada. Y volvió la espera, la angustia vestida de deseo. Cogió su pene y lo arrastró sobre mi clítoris hasta la entrada, me removí, iba a enloquecer. Iba a morir por combustión. Me alcé para acariciarle la espalda y cuando llegué a sus glúteos le di una palmada agarrándome y buscando por mí misma lo que se negaba a darme.

Rio y me besó mientras se hundía por fin. El mundo se volvió más bonito. Más brillante. Todo era color, luz. Me pregunté si alguna vez podría cansarme de lo que me hacía sentir. Y el ritmo se volvió primitivo, incrementando el placer hasta un nivel que nunca creí real. Su boca silenció mis ganas de gritar y mis besos se bebieron sus jadeos. Estaba al límite, pero aguanté alargando el instante hasta que lo noté tensarse y entonces lo arrastré conmigo hasta descubrir que había luz más allá del universo conocido.

38

Ni el jaleo de entrada a la ciudad después de un puente de tres días fue capaz de despertarme de aquella maravillosa sensación que me había producido aquel fin de semana tan especial, tan raro, tan loco.

Todo el mundo se levantó tarde, como si se nos hubieran pegado las sábanas. Éramos demasiado mayores para trasnochar, o eso repetía Luke desde que bajó a la cocina. Las tazas de té se tomaban dobles y las palabras iban caras, por lo que el silencio era el reinante.

Mis hermanas fueron las primeras en marcharse, June y Harry cogían un vuelo que salía a las dos, April y Luke era quienes los llevaban al aeropuerto.

Nuestro viaje de vuelta no fue cómo esperaba y es que mi madre le había regalado a mi padre un viaje por la isla de Islay y su vuelo salía de Londres al día siguiente, por lo que se vinieron con nosotros y dormirían en mi casa. Durante quince días el *cottage* estaría cerrado por «luna de miel», como rezaba el cartel que colgaron en la puerta antes de subirnos al coche.

Aquella mañana, antes de marcharnos, pude hablar un rato con la abuela. Me dijo que le gustaba mi novio, que había escogido bien y repitió sus ganas de vernos casados. Ella, que meses atrás me había dicho que no podía ser tan selectiva con los hombres, que podía serlo con un perfume o unos zapatos de tacón, pero en lo referente a los hombres había que aceptar que no eran perfectos, ahora me decía que Jean era perfecto para mí. Cuando la abracé quise decirle la verdad, pero al final me negué a chafarle aquella

ilusión. En el fondo creo que a la única a la que no quería desencantar era a mí misma, quería mantenerla viva unas horitas más.

Las dos horas de viaje se pasaron en un suspiro, mis padres iban detrás, los oía cuchichear, darse besos… Cada dos por tres miraba por el retrovisor para asegurarme que eran ellos, los mismos que años atrás se habían lanzado *scones*[5] por la cabeza, y no es una forma de hablar, es literal.

Jean, sentado a mi lado en el asiento del copiloto, de tanto en tanto me rozaba la mejilla y el cuello con un dedo, o me cogía la mano cuando cambiaba de marchas. Era algo solo para nosotros, porque estaba segura de que sabía que mis padres no le prestaban ninguna atención, concentrados como estaban en ellos dos.

La primera intención fue ir primero a dejar a Jean a su casa, pero mis padres lo obligaron a venir con nosotros y cenar en el apartamento. Pedimos *sushi*, como teníamos la costumbre de hacer cuando ellos venían a la ciudad ya que a mi madre le encantaba y no era algo fácil de encontrar en un pueblo de la campiña inglesa.

Fue curioso ver a mi padre y al francés interactuar entre ellos, ya me había dado cuenta durante la boda, pero allí estaban los dos, hablando de política tan tranquilos. Mientras yo despejaba la mesa frente al sofá, Jean se fue a la cocina y empezó a coger los platos y las copas.

—Para llevar poco más de un mes juntos te mueves por la casa con mucha naturalidad.

—Papá… —Lo regañé muerta de vergüenza.

—Solo digo…

—Todos sabemos lo que insinúas —lo cortó mamá—. Además, tampoco hace falta mucho tiempo para aprender donde está cada

cosa, este apartamento es del tamaño de aquella casita de muñecas que teníais y que os regaló Marge unas navidades.

—Para mí es suficiente —respondí.

Estaba orgullosa de poder vivir de lo que me gustaba y en una ciudad con tantas posibilidades como Londres. El pueblo me encantaba, pero la experiencia de la gran ciudad era algo que no cambiaría.

—Claro que sí, cariño. Es solo que me gustaría tenerte más cerca.

—Puede que algún día —le respondí a mi madre, pasando mi brazo por sus hombros.

—Y tú, Jean, ¿te imaginas viviendo en el pueblo? —le preguntó cuando llegó a su lado y le cogió los platos para ir colocándolos.

Gruñí, iba a responder que era demasiado pronto, pero la imagen de los dos paseando por un camino de tierra cogidos de la mano y vigilando a un par de niños que iban en bicicleta delante de nosotros me distrajo y Jean tomó el relevo.

—Yo me imagino viviendo con Winter, el sitio me da lo mismo, pero Kingham me encantó.

Me lo quedé mirando y es que parecía tener el don para decir siempre lo correcto, lo más bonito y le salía así de natural, como si ni siquiera tuviera que pensarlo. Obviando que cada palabra que decía estaba bajo una farsa.

Cuando vio que me había quedado mirándolo embobada, alargó la mano y me rozó la mejilla en ese gesto de intimidad que había hecho un par de veces en el coche.

—¡Ves, tienes que volver! —exclamó mi padre sentándose en el sofá. Siempre había dicho que le encantaría que viviéramos todos en el *cottage*, hasta había comentado de hacer casas individuales para cada una aprovechando el terreno—. Seguro que pronto encontraríais trabajo de lo vuestro, niños y *chiflaos* hay en todas partes.

—Dios… —Me llevé las manos a la cara y me tapé, negando con la cabeza. Mi padre era único.

Al final todos nos echamos a reír, y duró hasta que llegó el repartidor con nuestra cena.

39

Jean se negó a que lo llevara en coche hasta su casa e insistió en coger un taxi. Aunque dijo que no era necesario, lo acompañé hasta la calle, quería aprovechar al máximo los últimos minutos. Sentía que aquel fin de semana había llegado a su fin y una parte de mí se negaba a creerlo.

En cuanto pisamos la acera, los dos nos miramos y nos echamos a reír, cómplices, y sin saber muy bien qué decir.

—¿Nos veremos mañana en la escuela? —solté una pregunta banal porque tenía la cabeza tan hecha un lío que no sabía cómo afrontar el momento.

—Es martes, estaré allí a primera hora.

—Perfecto.

Asentí sin saber qué más decir. Miré hacia la puerta del edificio, escapando de su mirada, me estaba poniendo muy nerviosa. Lo veía a él, tan tranquilo, cómodo, controlando la situación como si supiera qué estábamos haciendo y qué ocurriría después.

Se oyó una sirena a lo lejos. Una pareja de ancianos pasó por nuestro lado cogidos del brazo y paseando a dos caniches color canela. Un repartidor de *pizza* aparcó justo delante y cuando pasó por nuestro lado, con dos cajas grandes en las manos, el olor a queso fundido nos envolvió. Al instante recordé la noche del jueves y la lasaña, cuando todo empezó. Era casi irónico que las dos noches, el inicio y el final tuvieran el mismo olor. Noté un pinchazo en el pecho que me robó el aire.

Volví mi atención a Jean, estaba segura de que actuaba como en una de sus sesiones, cediéndome la palabra, esperando a que yo pusiera en orden mis pensamientos y sentimientos. Cosa imposible.

Di un paso hacia delante y recorté la distancia que nos separaba, al menos la física.

—Gracias por hacer que este fin de semana haya sido perfecto —murmuré, alargando la mano y poniéndola sobre su pecho. Él puso la suya sobre la mía y la estrechó.

Habían sido tres días en casa, con él haciendo de mi novio. Aún no sé cómo me atreví a aceptar tal locura. Pero lo había hecho y solo con pensar en lo que podía haber salido mal, en las consecuencias que podía haber provocado si se descubría aquella farsa, el corazón se saltaba un latido.

—Eso ha sido porque has afrontado tu mayor miedo y lo has vencido. Como tu terapeuta estoy muy orgulloso de ti.

—No lo hubiera conseguido sin tu ayuda.

—Claro que sí, de eso no tengo ninguna duda.

—Y gracias por hacerte pasar por mi novio, la farsa… y aguantar a mi familia…

—Lo he pasado genial, me caen muy bien. Tienes suerte de tenerlos.

—Lo sé.

Y ahí estaba el «sí pero no». El «ahora no, quizá mañana». El «debes asimilar todo lo que ha pasado».

Sentí que mis sentimientos eran tan enormes y brillantes, tan descontrolados que estaba segura de que él podía verlos, era imposible que no lo hiciera.

—Sobre lo de fingir… Winter, te lo dije. Cada beso, cada caricia ha sido porque la sentía.

El taxi escogió ese momento para llegar, rompiendo el momento, o eso sentí. Puede que solo nos diera una tregua.

—No he fingido que me gustes —continuó.

Espera… ¿qué estaba diciendo?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? —balbuceé.

Jean abrió la puerta, dejó la maleta en el asiento y se giró hacia mí.

—Esto es real, tanto que ni el más cuerdo duda de esta locura.

Me dedicó una sonrisa, una que me decía que él ya había descubierto todos los enigmas del mundo y esperaba que yo lo siguiera.

—¿Qué haces? —le pregunté con la voz tomada por los nervios, cuando lo vi mirar hacia el cielo.

—Buscar una estrella fugaz. —Sus ojos azules se posaron en mí, era la mirada más penetrante que había visto en toda mi vida—. Aunque pensándolo mejor, soy de los que creen que los deseos se piden a las personas, no a las estrellas. Tú eres la única que puede hacerlo realidad.

—¿Qué deseas?

—Deseo que todas mis semanas sean de siete martes —murmuró sobre mis labios antes de darme un beso.

Se subió al coche y cerró la puerta, dejándome allí plantada y con la boca abierta, procesando aquellas palabras que quedaron suspendidas en el aire esperando que las recogiera.

Hasta que no perdí de vista el taxi al final de la calle no entendí su última frase. Los martes era el día que nos veíamos en la escuela y que además por la tarde yo iba a su consulta porque tenía terapia. Era nuestro día.

Fue su forma sutil de decir que quería más.

40

El martes, cuando papá se levantó, no solo me encontró despierta y sentada en el sofá, sino que tenía el portátil en el regazo y estaba mirando las fotos de la boda. Bueno, más bien las fotos en las que salía Jean. Casi no había dormido nada en toda la noche, no encontraba la postura y no tenía nada que ver con la comodidad del sofá. Tenía calor, después frío… No me costó comprender que lo que tenía era un enganche de francés que me tenía del todo trastocada.

Habían sido solo tres días fingiendo ser novios. Hubiera podido salir todo mal. Todo, pero no fue así. Había salido tan bien que hasta me había colgado de él, ya no tenía ni una duda.

Papá bajó de la cocina con dos tazas de té y se sentó a mi lado. Me dio un beso de buenos días en el pelo y se fijó en la foto que había en la pantalla. Salíamos los dos, poco después de que mamá me diera su ramo y justo antes de darnos el beso.

—A pesar de ser francés… debo decir que me gusta, buena elección.

—Creo que me he enamorado —dije echando la cabeza hacia atrás y soltando un hondo suspiro.

—Yo también lo creo. Y él está igual.

—¿Tú crees? —pregunté con la boca pequeña, ladeando la cabeza hacia mi padre.

—¿Dudas de sus sentimientos? —continuó extrañado por mis palabras y entonces fue cuando me di cuenta de lo que acababa de insinuar.

Pensé en callar, pero las mentiras y yo no nos llevamos nada bien y delante tenía a mi padre, con quien tenía una relación estrecha y ese momento, al amanecer, siempre había sido muy nuestro.

Así que di un sorbo al té, suspiré y le conté todo. Desde mi historia con Levi (obviando el embarazo porque no creí que fuera necesario) y la farsa con Jean Pierre.

Vi en sus gestos como iba asumiendo mis palabras. Cuando terminé se pasó la mano por la cara, como si necesitara un instante para saber qué decir.

—Levi, nunca imaginé que vosotros… De hecho, creo que a nadie se le había pasado esa posibilidad por la cabeza.

—No queríamos que lo supierais y mezclar nuestros problemas con la familia. Y mucho menos que Harry o June se sintieran incómodos.

—Lo entiendo y te prometo que guardaré el secreto, aunque ahora que lo sé me den ganas de darle un par de collejas.

—Papá…

Sacudió la cabeza, desconcertado por mi declaración.

—Siento que te vieras en la obligación de mentir. No era nuestra intención, solo queremos que seas feliz.

Me miró y aunque durante unos instantes se mantuvo serio al final sonrió y me abrazó con fuerza como solía hacer cuando era pequeña solo para chincharme, pero aquella mañana, en lugar de sacudirme para escapar, lo rodeé y me agarré a él como un koala.

—Sobre Jean… A veces las cosas no empiezan como esperábamos, pero el final es el mismo. A ese chico le gustas, no esperes y ve a por él. Por ti soy capaz de ignorar que es francés.

—Te compró tu *whisky* favorito, quería ganarte —balbuceé sin despegarme de su pecho.

—Ahí te equivocas, quería ganarte a ti. Fue su forma de decirte que sabe que somos importantes para ti y lo acepta. Que te escuchaba en las sesiones. Que hace tiempo que está pendiente de ti.

Y sus palabras prendieron la llama de una ilusión materializándose.

Recordé el sábado por la tarde cuando le pregunté si se acordaba de todos los detalles que le contaban todos los pacientes, y me respondió que no. Que solo era conmigo y porque quería. Como decía mi padre, todo apuntaba que los sentimientos de Jean venían de tiempo atrás, mucho más de aquellos últimos tres días.

La ilusión prendió y sonreí para dejarla escapar, era imposible contenerla.

—Tal como lo dices parece…

—Solo lo sabrás si tienes el coraje de afrontar lo que sientes y perseguirlo.

Me dio un beso en el pelo y se fue a la ducha.

Aún seguí mirando la foto de la pantalla unos minutos más. Recordé que en una de las sesiones Jean me había comentado que si tenía dudas sobre una decisión que me lanzara a ella si: no me dejaba dormir y/o me daba miedo.

Cogí el teléfono, temblando.

41

—¿A ti también te resulta raro? —preguntó Jean sin rastro de sueño en la voz.

—¿El qué? —Había sido yo quién lo había llamado, pero me sorprendió que me preguntara eso nada más descolgar.

—Despertar sin mí a tu lado. Casi no he pegado ojo en toda la noche. Te he echado de menos, *estrella de cinco puntas* —confesó y mi corazón hizo una triple pirueta para acabar boca arriba viendo como el sol salía en una nueva etapa de mi vida.

No me costó imaginarlo tumbado en su cama, con la sábana tapándole solo las piernas hasta la cintura. Fantaseé con su pecho y a mí recostada sobre él mientras sus dedos se enredaban en mi pelo. Cerré los ojos y disfruté de la visión.

—Te llamaba por eso. —Hice una pausa sin saber muy bien cómo empezar—. Acabo de hablar con mi padre y se lo he confesado todo.

—¿Me lo cuentas como pura información o es un aviso de «prepárate que va a por ti»?

Reí nerviosa.

—¡No! Le caes bien.

—¿Te lo ha dicho él, con esas palabras?

—Sí.

Oí su risa, mezclada con un «qué alivio».

—Fuera bromas, ¿cómo estás? —Su voz tomó ese cariz protector que tan bien conocía.

—Bien, pero no dejo de pensar en algo que me ha dicho y es referente a ti. A mí. A nosotros.

—Me gusta como suena ese nosotros, lo sabes. ¿Y qué es lo que te ha dicho para que te animes a llamarme cuando no son ni las ocho de la mañana?

—Que no importa cómo empiezan las cosas, sino cómo acaban. Y en mi mano está que este fin de semana sea solo un capítulo más de mi vida o sea realmente el prólogo de nuestra historia.

—Un hombre listo —susurró y fue como si me lo dijera tumbado a mi lado.

—Quiero… he pensado… que podríamos…

—Sí —me interrumpió cuando yo no encontraba las palabras para seguir. Todas me sonaban demasiado pobres para todo lo que le quería decir.

—¡Pero si ni siquiera sabes lo que iba a decir! —Reí y me tapé la cara con el brazo.

—A una pregunta sobre nosotros siempre diré que sí.

Suspiré; estaba tan eufórica que me imaginé mirándome en el espejo y viendo corazones dibujados en las retinas.

—Quería invitarte… —Carraspeé buscando mi voz que ya se había ido hacia su casa con unos *croissants* en una mano y en la otra un par de cafés—. A lo mejor podríamos salir esta noche, tener nuestra primera cita.

—Acepto, ¿has pensado en algo?

—Aún no —confesé. Mi voz ya había llegado a su casa y estaba quitándose la gabardina quedando desnuda frente a él.

—¿Qué te parecería dar un paseo en barco por el Támesis al anochecer? Después podríamos ir a cenar al Fromagerie como imaginamos en el viaje de ida. Hacer de verdad aquella primera cita.

—Me gusta el plan.

—Pues dalo por hecho; yo me encargo de organizarlo todo. ¿Te recojo a las seis?

—Perfecto.

—Winter…

—¿Sí? —dije sin querer colgar, deseaba seguir hablando con Jean.

—Solo quiero que sepas que te pediré que te vengas a dormir a mi casa. Lo digo por si quieres prepararte y que no te coja de sorpresa.

—Me sigue pareciendo buen plan.

—Una cosa más —dijo y noté que estaba riendo. Quise besar esa sonrisa.

—¿Sí?

—Olvídate del pijama, no lo vas a necesitar.

Era totalmente inesperado. De todo lo que había imaginado que podía ocurrir en aquel fin de semana, la gran mayoría de las hipótesis que barajaba eran catastróficas y alguna que otra aún peor, lo único que no se me había pasado ni una sola centésima por la cabeza fue que me enamorara.

Epílogo

21 diciembre, 7 meses más tarde

Los novios bailan en medio de la pista mientras familiares y amigos los rodean haciendo de coro, pero ellos se hallan aislados del mundo por una neblina de esencia de flores y notas musicales enredadas en melodías que danzan en el aire, mezcladas con las risas y las voces. Sus pies se mueven por inercia, sin seguir ningún patrón, solo se balancean, abrazados.

El novio es incapaz de dejar de mirar a su mujer mientras juguetea enroscando un mechón del cabello en su dedo. Siempre le ha gustado sentir la suavidad y el olor que desprende. Sonríe al pensar que esa fragancia va a estar impregnada para siempre en su almohada.

Ella cierra los ojos, necesita concentrarse un minuto para poder asimilar todo lo que siente. Como la mano de su reciente marido en la espalda, donde esta casi pierde su nombre, ciñe aún más sus cuerpos o su cálido aliento haciéndole cosquillas en la frente. Es tal la felicidad que la embriaga que siente que se expande por toda su piel y que esta brilla en contacto con los últimos rayos de sol que se filtran por la cúpula de cristal. Es la boda perfecta, la que todas las niñas sueñan tener.

Y es la mía.

La nuestra.

Nunca quise pensar mucho en cómo me hubiera gustado que fuera el día de mi boda, aunque confieso que en Pinterest y su

mundo de «por soñar que no quede» tenía un álbum con ideas, fotos que me gustaban pero era incapaz de hacer una imagen total de ese día. Sabía que sería en el *cottage*, con la familia y amigos más cercanos, y eso hemos hecho. La decoración es rústica con el toque invernal, velas, ramas con musgo, y para darle un toque de color flores de pascua, rojas. Como mi vestido de corte imperio. Y la corbata de Jean. En las paredes cuelgan círculos de madera con cintas en medio, como si fueran atrapasueños, donde la gente cuelga sus fotos y deseos en la parte posterior. Hay un carro antiguo, que papá ha restaurado hace poco, donde hemos puesto todo un surtido de bombones y del que tía Olivia parece no alejarse más de tres pasos.

También tenía muy claro lo que esperaba sentir, felicidad, pura y absoluta. Y se ha cumplido. Creo firmemente que esa felicidad es compartida con cada uno de los presentes:

Con la abuela que al final me ha visto casada, sin que antes le dé un infarto. Por si acaso sus rezos tienen algo que ver, gracias, Judas.

Con mis hermanas, ahora madres, que acunan a sus hijos (June, un niño llamado Charly y April, una niña llamada Emma) mientras se ríen porque al final yo también me he casado con veintisiete años, porque hoy es sábado 21 de diciembre y hasta las diez de la noche no es mi cumpleaños oficial.

Con mis padres que desde su boda parece que viven en una luna de miel perpetua.

Hasta con Levi que hace un rato me ha confesado que les han aceptado los papeles para la adopción y ahora solo les toca esperar.

Con la familia de Jean, que han venido para la boda y se han integrado perfectamente con la mía. Y que no me han reprochado que su hijo no quiera volver a Francia.

Y con él. Con Jean. Mi marido. Con el que desde aquel martes por la noche que tuvimos nuestra primera cita, oficial y de verdad, no nos hemos vuelto a separar. En verano recorrimos todo Francia, y pasamos una semana en casa de sus padres y celebramos con ellos

su cumpleaños. A la vuelta me mudé a su piso, era lo más sencillo teniendo en cuenta que allí también estaba su consulta.

—Hace justo siete meses te pedí que memorizaras un momento, ¿lo recuerdas? —La voz de Jean me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

—Sí, ¿por fin voy a saber por qué?

Asiente antes de darme un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué recuerdas de él?

—Todo, tal y como te prometí. Que bailábamos nuestra canción, como ahora, tu forma de mirarme… Creo que ya entonces mi cuerpo había caído rendido a tus pies. A mi lento cerebro le costó un poco más asumirlo.

—Hay una cosa que nunca te he confesado y es que cuando cogí el teléfono y me hice pasar por tu novio, no fue por sacarte de un apuro, que también. Fui un egoísta y lo vi como una oportunidad para acércarme a ti y que nos conociéramos mejor porque ya me gustabas. Pero aún no había encontrado la forma de acercarme y confesártelo. El fin de semana fue perfecto, pero cuando bailamos, en aquel momento supe que me había enamorado de ti y que quería esto exactamente. Por eso te dije que lo recordaras, para que supieras en el momento exacto en que te imaginé siendo mi mujer y mi compañera de vida. En el que deseé levantarme cada mañana oliendo tu pelo y disfrutar de tus besos con risas de por medio. Y desde entonces mi cerebro está segregando ese coctel de sustancias que me tiene loco por ti. La dopamina me tiene eufórico, la adrenalina hace que mi latido sea acelerado y me quite el sueño, aunque eso no es malo que ya sabemos los dos cómo combatir las noches de insomnio…

—Señor Martel… —lo interrumpo, con el corazón descontrolado por su declaración, poniendo mi mano sobre su boca que se lleva un beso de propina.

—¿Sí, señora Martel?

—Solo tú eres capaz de hacer una declaración de amor preciosa y acabar hablando de reacciones químicas del cerebro.

—Pensaba que te gustaba —susurra mordiéndome el lóbulo de la oreja, sin importarle que seamos el punto de mira de todos nuestros invitados.

—Y me encanta, pero es el baile de nuestra boda así que cállate y bésame.

Me coge de la nuca mientras su otra mano me ciñe la cintura pegándome más a él, su boca busca la mía, de forma lenta, en un dulce suplicio; percibo el beso en todos los rincones de mi cuerpo.

—Gracias —murmura sobre mis labios.

—¿Por qué?

—Por concederme mi deseo. Porque a partir de ahora todas mis semanas serán de siete martes.

Imaginar es rellenar el resto de la historia.
Te animo a inventar el resto de la mía.

Agradecimientos

Llegado este punto solo queda dar las gracias, y es una de las partes más complicadas porque cuesta poner en palabras cuánto les agradezco a cada una de ellas que formen parte, no solo de esta aventura literaria, sino de mi vida.

A mis fieles sevillanas (Lorena y Tamara), porque año tras año, historia tras historia siguen ahí, a un WhatsApp de distancia. Os adoro.

A Ester, mi tocaya del sur, tenemos tantas cosas pendientes que toca ir buscando un hueco en la agenda.

A mi familia gallega que cada día aumenta y no puede hacerme más feliz:

A Lara, deseando celebrar contigo el estreno de París.

A Lore, por todo lo que nos queda por compartir. (Incluidos audios de 5 minutos sobre comentarios de lectora 0).

A María, porque nuestros cafés se han vuelto mi vicio favorito.

A Yoli, por las casualidades bonitas y tú eres una de ellas.

A mi querida Blas, Norma Estrella, no imagino este mundo de las letras sin poder compartirlo contigo.

A mi marido, por ser mi inspiración. Y por nuestros viajes que de alguna forma siempre acaban siendo los protagonistas de alguna historia. TMP.

Y sobre todo a ti, gracias por escogerme para compartir un ratito de tu tiempo y dar vida a este montón de palabras.

Un abrazo enorme,

Dona



DONA TER (España, 1981). Nació en el año 1981 en un pueblo montañero de la provincia de Girona. Aunque estudió una rama de medicina, actualmente se mueve en el sector de la informática.

Ha vivido en diferentes sitios, desde el Pirineo catalán hasta la costa gallega, donde reside actualmente.

Es una lectora compulsiva, y aunque siempre le ha gustado escribir, no fue hasta el año 2014 cuando decidió emprender la aventura de dar forma a una novela y autopublicarla. En 2019 con la novela *Crash Boom Bang* salta al mundo editorial en el sello Zafiro (Planeta).

Notas

[1] Nota de la A: Nombre de una vivienda o casa de campo en el medio rural inglés.

[2] Nota de la A: Referencia película *Durmiendo con su enemigo* (1991).

[3] Nota de la A: Referencia a la canción de Queen y también a la frase hecha: empieza el *show*.

[4] Nota de la A: Referente a la saga Star Wars, es un aprendiz de Jedi.

[5] Nota de la A: Panecillo individual de forma redonda, típico de la cocina del Reino Unido y originario de Escocia.